

**PABLO  
GARCÍA  
MACHO**  
Pasionista

**LA PASIÓN  
DE JESÚS  
EN NUESTRO  
SIGLO XXI**  
recordar y orar



Monte Carmelo

**PABLO GARCÍA MACHO,**

sacerdote pasionista. Realiza sus estudios en Zaragoza, Pamplona, Cambridge, Múnich y Roma. Ha desarrollado su labor pastoral en España, Venezuela, Estados Unidos, Alemania, Austria, Italia... Ha trabajado especialmente en el campo ecuménico, en particular con la Iglesia anglicana y luterana. Tiene publicados muchos libros de espiritualidad, algunos de ellos traducidos al alemán, italiano y portugués.

En nuestra Editorial tiene publicados *San Pablo de la Cruz. Vida y Diario espiritual* (2007), *Santa Gema Galgani. Su vida escrita por ella misma* (2008), *Día a día con Santa Gema Galgani. Momentos orantes* (2012), *Las 7 Palabras de Jesús. Jesús habló y habla "hoy" desde la cruz* (2013), *Diario espiritual, propósitos y promesas de Santa Gema Galgani* (2013), *El gemido de la paloma* (2014) y *Los dolores de María. Meditaciones* (2015).

PABLO GARCÍA MACHO  
Pasionista

**LA PASIÓN DE JESÚS  
EN NUESTRO SIGLO XXI**  
(para recordar y orar)



Monte Carmelo

La cruz y el seguimiento de Cristo .....	72
"Hoy" estarás conmigo en el paraíso .....	75
En el último momento, ¿pidió perdón? .....	77
María al pie de la cruz .....	79
– <i>La Madre Piadosa estaba (Stabat Mater)</i> ....	84
"Tengo sed" .....	87
El abandono de Dios .....	91
El misterioso y gran silencio de Dios .....	96
Nuestro Dios es un... "Dios de los silencios" .....	100
El grito de los marginados .....	103
Papá, ¿por qué le matan? .....	107
La túnica de Jesús .....	111
– <i>Las ropas de Jesús en nuestro siglo XXI</i> .....	113
María recibe en sus brazos a su hijo muerto .....	115
María en el entierro de Jesús .....	119
El rostro de Jesús en su Pasión .....	122
1.- <i>El rostro de Jesús en la oración del Huerto</i> ...	124
2.- <i>El rostro de Jesús al encontrarse con Judas</i> <i>en el Huerto</i> .....	126
3.- <i>El rostro de Jesús ante los que venían a</i> <i>prenderle</i> .....	128
4.- <i>El rostro de Jesús en las negaciones de Pedro</i> .....	131
5.- <i>El rostro de Jesús en la coronación de espinas</i> .....	133
6.- <i>El rostro de Jesús al ser presentado al pueblo</i> <i>por Pilato</i> .....	135
7.- <i>El rostro de Jesús en su camino al Calvario</i> .....	138
8.- <i>El rostro de Jesús en otros momentos</i> <i>de su Pasión</i> .....	140
9.- <i>El rostro de Jesús en el hombre de hoy,</i> <i>en su Pasión</i> .....	143
Jesús resucitó .....	147

Porque Jesús resucitó, ... ..	150
Los discípulos de Emaús en nuestro siglo XXI .....	152
<b>II. PARA ORAR</b> .....	157
Via Crucis .....	159
Invocaciones al señor en su pasión .....	191
La Divina Misericordia .....	195
– <i>En el Antiguo Testamento</i> .....	196
– <i>En el Nuevo Testamento</i> .....	197
– <i>Coronilla de la Divina Misericordia</i> .....	202
Las llagas de Jesús .....	206
Rosario de las cinco llagas .....	208
– <i>Otras intenciones para cada llaga</i> .....	211
Epílogo .....	213

## PRESENTACIÓN

La pasión de Jesús es siempre actual y, al mismo tiempo, diferenciada con el correr de los tiempos. De ahí el título de este libro: *La pasión de Jesús en nuestro siglo XXI*.

Cuando se reunían las primeras comunidades cristianas, proclamaban y celebraban ya, principalmente, la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. Así surgieron los primeros relatos acerca de Jesús. Luego, se fue extendiendo el campo y se fueron recordando también las demás obras y enseñanzas de Jesús. La redacción definitiva nos llega a través de los cuatro Evangelios, cuyas variantes se explican, sobre todo, por las diversas circunstancias de las distintas iglesias de las que procedían y a las que se destinaban.

Las comunidades cristianas de "hoy", del siglo XXI, tenemos sensibilidades y puntos de vista con matices distintos de los de tiempos pasados. Ciertamente hay, en nuestra literatura religiosa, una riquísima producción de obras sobre la pasión

de Jesús, pero, con el paso del tiempo, todo ha de ser revisado, actualizado y adaptado a la mentalidad de cada momento de la historia de la humanidad y de la Iglesia.

Este libro te presenta la pasión de Jesús de un modo nuevo, más incisivo, más actual, más fácil de recordarla meditativamente y con provecho espiritual; no cansa con disquisiciones especializadas y, en cambio, ayuda a entender, a desentrañar y a vivir mejor ese gran misterio de amor que es la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. Se trata del núcleo que sintetiza todo el misterio redentor y ha dado origen a todo el credo cristiano. La Pascua es, en definitiva, la clave de toda la historia de la salvación.

En la celebración de la eucaristía o Cena del Señor, antes de la proclamación del Evangelio, el que preside y toda la asamblea hacen siempre la señal de la cruz. ¿Por qué? Para proclamar que la mejor buena noticia, esto es, el evangelio que proclama nuestra salvación es, precisamente, la cruz, como centro, cumbre y fulcro de la vida y la persona del Salvador, a través de todos los tiempos.

En nuestro siglo XXI encontramos, sin duda, mucho mal y mucho pecado, pero Dios sigue amando al mundo como nos mostró en la vida terrena y en la muerte de su Hijo, y nosotros, como discípulos de Jesús, debemos imitarle también en nuestro comportamiento y colaborar, del mejor modo posible, en ese plan amoroso de Dios sobre el hombre y sobre el mundo.

Según algunos teólogos, la pasión de Jesús y su muerte en la cruz fue *para pagar el resca-*

te por el hombre, cautivo de su pecado; según otros, *para satisfacer a Dios* por la ofensa cometida contra él. La realidad es que toda la vida de Jesús, su pasión, su muerte y su resurrección sucedieron para salvar al hombre por el amor inmenso que Dios le tiene, para rehacer y restaurar con su amor redentor todo lo que el pecado había destruido, para devolver al hombre su dignidad original y hacerle volver a la casa del Padre que tanto le ama. Esta obra de amor, a lo largo de toda la vida de Jesús, fue llevada hasta el extremo en la cruz. Todo para salvar al hijo que se había extraviado, o como lo dejó bien claro el apóstol san Pedro, en su primera carta (3, 18), "*Cristo murió por los pecados... para conducirnos a Dios.*" Y san Pablo: "[Cristo] murió por nosotros, *para que... vivamos con él*" (1Tes 5,10).

Jesús vino e hizo todo esto para cumplir la voluntad del Padre de salvar al hombre y rescatarle de la esclavitud del pecado y de la muerte. En su encarnación se manifiesta, sobre todo, el infinito amor filial y redentor de Jesús, el Hijo eterno. La causa no fue principalmente la actitud del culpable, sino la del inocente y santo. San Pablo de la Cruz llegaría a decir que la pasión de Jesús es la obra más grande y maravillosa del amor de Dios al hombre. Siglos antes lo había dejado también muy claro san Juan en su Evangelio: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16). Con razón, siglos más tarde, escribió san Ireneo que "*la gloria de Dios es el hombre*", el *Dios Hombre* en la cruz, pero también *todos los hombres y mujeres* que están en cruz.

La palabra *pasión* tiene el doble significado de *sufrimiento* (padecer), por una parte, y *sentimiento* y *ardor arrollador*, por otra. El Dios de los cristianos, como el de Israel, es un Dios lleno de pasión por la vida de su pueblo y por la justicia sobre la tierra, en contraposición al "Dios impassible" (Theos apathés) de la filosofía griega.

Hay un sufrimiento activo, que implica disposición voluntaria a abrirse para verse atraído, conmovido, afectado por los otros, lo que significa que es un sufrimiento al que se le podría llamar sufrimiento del *amor apasionado*. Si Dios es amor, abre su ser de Dios al sufrimiento que provoca el amor por otros. Dios no sufre, como nos ocurre a nosotros, por una deficiencia en el ser, sino por su plenitud en el ser y en el amor. En este sentido, Dios puede sufrir, quiere sufrir y está sufriendo en el mundo, con el mundo y por el mundo.

Tanto en la Sagrada Escritura como en la liturgia, se nos presenta con frecuencia a Dios como "compasivo", que "se compadece". La etimología de estas dos palabras nos dice que tanto el adjetivo "compasivo" como el verbo "padecer", precedidos de la preposición "com (con)", significan sufrimiento, pasión "con" otro, en este caso, con el hombre y la mujer de todos los tiempos. También, por lo tanto "con" nosotros, con el hombre y la mujer de nuestro siglo XXI. Su "misericordia" está indicando, igualmente, que nuestra "miseria" y nuestro sufrimiento le llegan a su "corazón" ("cor") de Padre. En Jesucristo, Dios está con todo el que sufre o padece de cualquier modo que sea, y siente por él/por ella *misericordia*, "infinita misericordia".

Las doctrinas de la justificación tradicionales se orientan mayormente a la culpa, al pecado; la moderna teología se orienta más bien a la víctima. Ambos aspectos se unen en un mundo de pecado y sufrimiento, violencia y víctimas.

Dios tomó sobre sí el sufrimiento de Cristo, para estar presente y junto a nosotros en nuestro sufrimiento y desamparo. Si Dios tomó este camino en Cristo, y Dios está donde Cristo, entonces Cristo trae la compañía de Dios a las personas que están rebajadas y despojadas de su identidad, como lo estaba el mismo Cristo.

La cruz de Jesús se alza entre las incontables cruces que bordean los caminos de los poderosos y los violentos, desde los campos de concentración hasta las de tantas veces desapercibidas de las dictaduras. Su cruz se alza entre nuestras cruces como signo de que Dios participa en nuestros sufrimientos. Esta fue la consoladora interpretación de Dietrich Bonhoeffer en el campo de concentración, en que entregó su vida: "Solo el Dios sufriente puede ayudarnos."

Cristo es el hermano de las víctimas y el redentor de las víctimas y de los culpables. "Carga", por un lado, "con los sufrimientos del hombre" y, por otro, con "los pecados del mundo".

La reconciliación, de la que nuestro mundo está tan necesitado a todos los niveles, no es un acto individualista entre "mí y Dios", sino un acto trino entre "Dios, los perpetradores del crimen y las víctimas".

Te invito a leer este libro pausada y meditativamente, y con espíritu de fe, tanto más que ha sido escrito en unas circunstancias en las que se hacía muy de actualidad la participación en la pasión de Cristo, completando lo que todavía falta en su cuerpo místico, esto es, en la Iglesia. Me refiero a los enfermos, especialmente los de cáncer. Este libro ha sido escrito en su totalidad mientras el autor luchaba, a lo largo de todo el primer año, unas veces hospitalizado y otras en casa, para vencer esa tan terrible y frecuente enfermedad, que a tantos está costando la vida.

Una simple mirada a nuestro siglo XXI, suscita en nosotros una conmovedora relectura de la Pasión de Cristo, en la que solo cambian los nombres y las circunstancias. Es evidente que Cristo sigue sufriendo, siendo condenado y amando; María (con diferentes nombres y edades) lo acompaña; Simón de Cirene lo ayuda a llevar la cruz y el Espíritu Santo sigue dando vida y fortaleza. Tampoco faltan los "acusadores" falsos, los Herodes, los Judas, los Pilatos que se lavan las manos pero no la conciencia, las masas manipuladas, los soldados y esbirros agresivos, etc.... Pero aquí prefiero contemplar solo a estos Jesús, a estas Marías, a estos Simón de Cirene... y seguir creyendo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Cada uno de los temas de este pequeño libro te hará, como a mí, *recordar* lo más importante de nuestra fe cristiana: la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Y te llevará a *orar* y profundizar, más y más, en este gran misterio. Por eso lo he dividido en dos partes: "*Recordar*" la Pasión, y "*Orar*"

con el Cristo que sufre en todos los Calvarios, en el primero de Jerusalén y en todos los del mundo, también, y mucho, en los de nuestro siglo XXI.

Esto es, sencillamente, lo que yo he pretendido, en todo momento, al escribirlo. Ojalá lo haya conseguido y que el libro ayude a muchos a leer los relatos de la Pasión en clave de actualidad. Ojalá ayude a descubrir, a quienes lo lean, que la Pasión no es historia solamente, sino que, lamentablemente, es crónica de rabiosa actualidad. Los relatos de la Pasión no son documentos, sino acontecimientos. El documento está en los archivos y bibliotecas; el acontecimiento está en la calle, en la vida. El documento, cuando se tiene acceso al mismo, enriquece nuestro acervo cultural; el acontecimiento nos interpela y debería condicionar nuestra vida.



I

**PARA RECORDAR**

## LO QUE LE COSTÓ A JESÚS LA CENA DE DESPEDIDA

---

Había leído muchas veces la narración evangélica de la cena del Señor. También había meditado mucho sobre ella. Sin embargo, nunca había caído en la cuenta en un detalle que, casualmente, encontré en el libro *Caminhamos na estrada de Jesús*, de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil, sobre el Evangelio de Marcos. Se trataba de la preparación de la cena de despedida de Jesús, con sus amigos más íntimos, los Apóstoles. El evangelista lo describe así:

*El día primero de los ácidos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: "¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la Pascua?"... Y envió a Pedro y a Juan diciendo: "Id y preparadnos para comer la Pascua." Ellos le preguntaron: "¿Dónde quieres que la preparemos?" Les contestó: "Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle, y donde entre, diréis al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala para comer la Pascua con mis discípulos? Y él os enseñará arriba una sala grande, alfombrada y preparada. Hacednos*

*allí los preparativos". Partieron los discípulos y, llegando a la ciudad, lo hallaron como les había dicho y prepararon la Pascua (Mt 26,17-19; Mc 14,12-16; Lc 22, 7-13).*

Yo había pensado siempre que todo esto había sucedido de un modo milagroso, en virtud de la ciencia divina de Jesús y de su poder de mover los corazones. Pero en este libro de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil encontré que no, que todo había sido preparado, cuidadosamente y de antemano, por Jesús. Y que, como quería dar a sus amigos una cena de despedida bien solemne, le había costado mucho. En tiempo y en dinero.

Aquel día se celebraba la Pascua y Jerusalén estaba llena de peregrinos. Encontrar una simple habitación habría sido ya entonces muy difícil y caro. ¿Qué decir de una sala grande, lujosamente amueblada (hasta con alfombra) y todo tan bien preparado para la cena?

Lo que iba a hacer Jesús, el testamento que iba a dejar, los ejemplos que iba a dar eran de la mayor importancia para él y... para nosotros. Por eso puso tanto interés en que esa cena se celebrase a lo grande. ¡Era su cena de despedida!

Recuérdala con cariño y detente un poco a profundizar en los grandes misterios que tuvieron lugar aquella noche en el cenáculo:

- El lavar los pies a sus discípulos;
- El instituir la eucaristía y el sacerdocio;
- El dejarles su testamento y darles la despedida.

Esta Cena, a Jesús le costó mucho, pero mereció la pena. Dios, que primero se había hecho hombre, ahora se hace pan y vino, elevando la Creación al convertir estos seres inanimados en su mismo cuerpo y sangre, esto es, en él, en Cristo. Así logró que la Creación sea para el hombre, el hombre para Cristo, y Cristo, como ápice y cumbre de todo, para su padre Dios.

Pero hemos de recordar que, al día siguiente, a esa misma hora, Jesús habría sufrido ya su pasión, habría muerto en la cruz y estaría cadáver en un sepulcro. Y que él sabía todo esto hasta el más mínimo detalle.

Hemos de tener, igualmente, en cuenta cómo luego se habrían de comportar con él esos mismos discípulos a los que había lavado los pies, y para los que había preparado tan cuidadosamente y con tanto cariño la Cena. También Judas, y Pedro. Y eso que el primero le traicionaría y le entregaría en manos de sus enemigos, y el segundo, Pedro, a pesar de sus protestas de fidelidad, renegaría de él y afirmaría que ni le conocía.

¡Lo que le costó a Jesús esa Cena de despedida, el cariño, el detalle y la generosidad con que la preparó y la celebró con sus discípulos!

¡Y continúa celebrándola también con nosotros a través de los siglos!

¿Cómo se lo pagamos los hombres y mujeres de este siglo XXI?

## EN BANQUETES, COMIDAS, CENAS...

### LA ÚLTIMA CENA DE JESÚS

---

Hoy día, están de moda los banquetes, las comidas y las cenas de trabajo. Todos sabemos que en ellos se traman muchos planes y se hacen no pocos negocios, proyectos, contratos, promesas, etc., que suelen apuntar a satisfacer intereses económicos o propagandísticos: se urden, traman o maquinan muchas cosas. Lo que vemos también en algunos pasajes de Evangelio, por ejemplo, cuando la fiesta o banquete de cumpleaños ofrecido por Herodes, donde Herodías aprovecha el baile de su hija para eliminar a Juan el Bautista, porque condenaba su pecaminosa unión ¿matrimonial? con el rey.

Sin quitar nada de cuanto hemos dicho: que lo de Jesús era una Cena muy especial de despedida de sus discípulos, lo cierto es que en ella se hicieron también negocios, varios, muchos negocios. Fue además una cena de trabajo, de mucho trabajo para Jesús, pero también de gran negocio para él, para sus discípulos, para la futura Iglesia y para el mundo entero. En ella se instituyó la *Eucaristía* y el *Sacerdocio*.

– La *Eucaristía*. “Mientras comían, [Jesús] tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo: Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (Mc 14, 22-24).

– El *Sacerdocio*. A continuación, Jesús dijo a sus discípulos: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19), e instituyó el *sacerdocio ministerial*.

La Cena fue también, podríamos decir, un cursillo intensivo que les dio Jesús antes, durante y después de la comida; un cursillo de:

– *Amor*. “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1).

– *Humildad*. “[Jesús] se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a sus discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido” (Jn 13, 4-5).

– *Servicio*. “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (Jn 13, 15).

– *Ecumenismo*. “[Padre], no solo pido por ellos [los Apóstoles], sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos,

para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17, 21).

Al convertir el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre, para perpetuar en la Iglesia y en el mundo su acción evangelizadora y santificadora, Jesús se entrega, se da, se queda con nosotros para siempre.

Si lo consideramos atentamente, bien podríamos decir que Jesús hizo también aquí un gran negocio, muchos negocios, para sí y en favor de los demás.

Su gran negocio fue el instituir el sacerdocio y perpetuar así su presencia en el mundo. Y esto de dos maneras, ambas sacramentales: en la eucaristía y en la persona de unos hombres que, por la ordenación sacerdotal, serían sus ministros o representantes oficiales a lo largo de los siglos. Por medio de ellos, Jesús continuaría consagrando el pan y el vino, y convirtiéndolos en su cuerpo y en su sangre, respectivamente. Y a través de esos hombres, enriquecidos con su poder y facultades ministeriales, continuaría también bendiciendo, perdonando, consolando, salvando a los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todas las razas y naciones.

¡Vaya si, en la Última Cena, se planificó y cerró un gran negocio, muchos negocios! Para el mismo Jesús, para los discípulos, para la Iglesia que nacería pronto y para el mundo entero.

Todo ello sigue activo y válido también en nuestro siglo XXI y seguirá hasta el final de los tiempos y de la historia de la humanidad.

Y desde la mayor humildad por parte de Jesús, como lo prueba la anécdota que te ofrezco a continuación. Le sucedió al obispo auxiliar de Getafe, José Rico Pavés.

"Siendo seminarista -escribe- visité en cierta ocasión la Capilla Real de Granada junto a compañeros de seminario. Mientras mirábamos algunas piezas del museo, una turista extranjera nos preguntó que era aquello que señalaba. El objeto era un espejo de Isabel la Católica, convertido en custodia para exponer el Santísimo Sacramento. Con palabras sencillas, intentamos explicarle que ahí se colocaba el Cuerpo del Señor. Después de escucharnos, dijo: "¡Qué Dios tan pequeño!" Se dio media vuelta y nos dejó".<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Vida Nueva*, del 25 al 31 de julio de 2015, p. 42.

## UN MODO MUY ORIGINAL DE LAVAR LOS PIES, IMITANDO A JESÚS EN LA ÚLTIMA CENA

---

En un acontecimiento internacional muy importante, el sacerdote norteamericano que presidió la concelebración eucarística aquel día nos contó cómo él aprendió, de niño, a ser bueno y delicado con todos y hasta en las cosas, aparentemente, más insignificantes.

Su padre -dijo- era el encargado del calzado de las bailarinas de una gran sala de fiestas de Nueva York. Y de pequeño, le oyó más de una vez que lo que él hacía con más cuidado y hasta con cariño e ilusión era no el cuidado del calzado, sino el calzar y descalzar a las bailarinas.

Ese padre le contaba que se ponía de rodillas delante de cada una de ellas y, sobre todo, al final de la última sesión de la noche, no solo les quitaba el calzado con el mayor respeto y cariño, sino que, además, acariciaba tiernamente sus pies cansados, sudorosos y a veces hasta con ampollas. Así practicaba él la caridad y el amor fraterno hacia esas mujeres que no pocos tildarían de frívolas, en el mejor de los casos, y hasta se apartarían de ellas para no verse contaminados de su frivolidad.

Pues bien, sabemos por el Evangelio que, en un banquete, una mujer a la que todos tenían por pecadora y con la cual alguno de ellos habría incluso, tal vez, pecado, hizo todo lo contrario con Jesús. Aquí fue ella la que tuvo atenciones y muestras de cariño y veneración para con él: rompió sobre su cabeza un frasco de aromas de lo más caro, para perfumarle, le lavó los pies cansados y polvorientos con sus lágrimas y, luego, se los enjugó y secó con sus mismos cabellos.

El Evangelio no cuenta este detalle, pero ¡cuántas veces la Magdalena le besaría los pies a Jesús! Tampoco dice que Jesús besase los pies de sus discípulos al lavarlos, pero seguramente que lo haría, y muchas veces.

No conocemos si el padre de ese sacerdote norteamericano besaba o no los pies de las bailarinas de esa gran sala de fiestas de Nueva York. Pero lo cierto es que las quería. Y que se humillaba ante ellas. Como cuando Jesús, en la Última Cena, se humilló y lavó los pies a sus discípulos.

Luego, terminado el lavatorio, Jesús les dijo: "Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros" (Jn 13, 14-15).

Hay muchos modos y maneras de cumplir este mandato y de imitar a Jesús, lavándole a él los pies en la persona de nuestros hermanos y hermanas. "Lo que a ellos hicisteis, a mí me lo hicisteis", dice él en su Evangelio. Nos pueden servir de ejemplo la Madre Teresa de Calcuta, las Hermanitas de los

Ancianos desamparados, las madres que cuidan a sus hijos, el hijo o la hija que cuida a sus padres ancianos o enfermos... Más actual todavía y llevado hasta el heroísmo de dar su vida por ellos, los dos Hermanos de san Juan de Dios, Miguel Pajares y Manuel García Viejo, que, por atender a los enfermos de ébola en África, contrajeron dicha enfermedad, que les llevó hasta la muerte.

En el lavatorio de los pies que Jesús hace a sus discípulos, en esta su Última Cena, podemos aprender además otra lección muy importante para nuestra vida: dejarnos también lavar los pies. Por una falsa humildad (o tal vez orgullo y soberbia solapados), Pedro no quería dejarse lavar los pies por Jesús, hasta que este se puso muy serio y le amenazó: "Si no te lavo [los pies], no tendrás parte conmigo" (Jn 13, 8).

A veces, bajo la capa de una falsa humildad, (orgullo o soberbia), también nosotros rehusamos el dejarnos lavar (cuidar, ayudar) por otros; no reconocemos nuestras limitaciones, debilidades y enfermedades; que hemos ido perdiendo fuerzas con la edad, el deterioro de nuestra salud y la reducción de nuestras facultades. Esto sucede, particularmente, a las personas mayores que se niegan a reconocerlo; se creen todavía fuertes y no permiten que se les ayude ni ceden el paso a los más jóvenes; pretenden llevar todavía ellos la casa, la familia, el negocio, etc., y asumen unas funciones y responsabilidades que no les corresponden ya a ellos, sino a los hijos, por ejemplo, en los matrimonios jóvenes, la educación y cuidados de los niños. Algo parecido podría suceder tam-

bién en las comunidades religiosas y en las parroquias o ministerios en la Iglesia.

Si lavas los pies, serás fiel discípulo de Jesús: "En esto conocerán que sois mis discípulos..."

Si te dejas lavar los pies, por más que te cueste, también. Como Pedro.

Al terminar esta meditación, te invito a que examines tu conciencia y te hagas a ti mismo estas preguntas:

- *¿Cuántas veces, cuándo y de qué manera lavo yo los pies a mis hermanos o hermanas, cuándo y cómo les manifiesto mi amor para imitar a Jesús y ser verdadero discípulo suyo?*
- *¿Cuándo, cuántas veces y de qué maneras me dejo yo lavar los pies (ayudar, servir) por los demás, reconociendo mi pobreza, el deterioro progresivo de mis facultades, mis limitaciones, y mi función actual en la familia, en la Iglesia y en la sociedad?*

## NADIE DEBE SALIR DE LA EUCARISTÍA COMO HA ENTRADO

---

En una de sus *Cartas a los jóvenes*, la Beata Madre Teresa de Calcuta les decía: "Nadie debe salir de la iglesia como ha entrado. Algo tiene que cambiar. Nosotros lo llamamos *transustanciación*. El pan y el vino cambian de sustancia y se convierten en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Después, se nos dará en la mano; pero para que, por él, nosotros nos dejemos transformar, y para que, por medio de nosotros, el mundo se transforme también, algo al menos, según nuestras posibilidades."

Muy decepcionado, Jesús tendría derecho a quejarse de no pocos de nosotros y decirnos: "Ya veis cómo he cambiado yo, hasta tomar la apariencia de creaturas inanimadas, pan y vino; vosotros, en cambio, a pesar de tantas eucaristías, seguís siendo siempre los mismos, no habéis cambiado nada, o si algo, bien poco."

Hagamos un examen:

- ¿Qué transformación, que "transustanciación" se ha obrado hasta ahora en nosotros? ¿Y qué transformación o "transus-

tanciación" (cambio de sustancia) hemos obrado en la sociedad y en los demás, a lo largo de tantos años?

- ¿Continuamos siendo los mismos, siempre pan y vino, esto es, materiales, o nos hemos ido transformando según la manera de obrar y el ser de Jesús?
- Y aquellos que, de algún modo, se han relacionado y se relacionan con nosotros, ¿continúan siendo también los mismos, o hemos influido en ellos y puede decirse que, ahora, son ya un reflejo de Jesús, se parecen más a él, son como "carne y sangre" de Jesús?

Fíjate bien en estas dos palabras: *eucaristía* y *carestía*. Riman, ¿verdad? De la *eucaristía* deberíamos salir cambiados, con un gran deseo de compartir y de entregarnos a aquellos hermanos nuestros que padecen *carestía*. Material o espiritual, pero *carestía*.

En esta crisis económica tan aguda y generalizada, que estamos sufriendo a comienzos del siglo XXI, es verdaderamente ejemplar el comportamiento que están teniendo tantos cristianos, ya particularmente ya a través de grandes organizaciones tales como Cáritas, Manos Unidas, Cruz Roja y otras, entregándose, de mil modos y con la mayor generosidad, a aliviar las carencias y necesidades de los más afectados y desfavorecidos, a lo que podríamos llamar su "carestía". No pocos de ellos sacan inspiración y fuerza precisamente de la "eucaristía".



La eucaristía es instituida y celebrada por Jesús en un horizonte vital que se le ha vuelto terriblemente oscuro: precisamente en la noche de su fracaso. Una cena celebrada en esas condiciones parece ser una apuesta esperanzada contra el desastre que ya se ve venir. Porque, pase lo que pase, el amor con que lo vivió Jesús no puede ser vencido y no será nunca vencido.

En este contexto cobra todo su relieve el gesto que realiza, que es inseparable de los materiales de que se sirve Jesús. El partir el pan significa la necesidad humana (de la cual el pan es el remedio más primario y universal). Pasar la copa es comunicar la alegría, de la cual el vino es el símbolo más humano y ancestral. Ambos juntos (compartir la necesidad y comunicar la alegría) son los gestos de la solidaridad suprema de Jesús. Y su realización, la garantía de la presencia del Resucitado, que da luz y vida a nuestra historia.

Para los griegos "cuerpo y sangre" parecen designar el elemento sólido y el elemento líquido de nuestro cuerpo, y así nos suenan también hoy a nosotros. Para los semitas, como es el caso de Jesús, no era así: el cuerpo es la totalidad de la persona en cuanto capaz de relación; y la sangre, la sede de la vida (el alma diríamos hoy). El "cuerpo y la sangre" de Cristo son la *persona* y la *vida* del Resucitado; esa persona y esa vida entregadas a nosotros para que, al nutrirnos de ellas, transformen nuestras vidas y nuestras relaciones personales y sociales.

Al celebrar la santa misa, dice el sacerdote: "[Jesús] tomó pan, lo partió y lo dio a sus discípulo-

los." Cada vez que celebramos la eucaristía, también nosotros deberíamos dejarnos tomar y partir por Dios, para entregarnos a los hermanos, para *compartir su necesidad*, para *comunicar la alegría* de la fraternidad y la de sentirnos tan amados por Dios.

Y cada vez que recibimos la eucaristía deberíamos salir también cambiados. Pero no solo porque salimos dispuestos a dar pan a los demás, sino también a ser pan para ellos, a convertirnos en el alimento que alivia su necesidad. Comer el Pan de la eucaristía nos da fuerza para ser pan.

#### LOS BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL

Pasos silenciosos. Sombras y siluetas moviéndose a lo largo del corredor en penumbra. Cada noche, algo más tarde, los religiosos pasionistas de aquel convento de Daimiel (Ciudad Real) solían levantarse para cantar las alabanzas del Señor. Ahora, estos hombres de Dios van a coronar el canto de alabanza de sus vidas con el "amén" festivo de su radical fidelidad a Cristo.

Uno tras otro, van entrando todos, silenciosos, en la iglesia. Delante del altar, les está esperando el superior provincial, el padre Nicéforo, y su mirada se va posando suave y cariñosamente sobre cada uno de los religiosos, en su mayor parte jóvenes estudiantes de filosofía. Ellos le responden con una mirada de interrogación y de firmeza, como si quisieran decirle: — "Y ahora, ¿qué? Pero no temas, seremos valientes. Contamos con el Señor. Somos pasionistas."

Reunidos ante el altar, el padre Nicéforo les dirige estas palabras, inspiradas directamente por el Espíritu de Dios, y que los que lograron sobrevivir a la tragedia de la guerra civil española (1936-1939), las recordarían textualmente:

- *"Getsemaní, este es nuestro Getsemaní. Conturbada ante la fatídica perspectiva del Calvario, como la de Jesucristo, también nuestra naturaleza, en su parte débil, en su parte flaca, desfallece, se acobarda... Pero Jesús está con nosotros.*

*"Yo os voy a dar al que es fortaleza de los débiles... A Jesús le confortó un ángel, a nosotros es el mismo Jesús el que nos conforta y nos sostiene...*

*"Dentro de pocos momentos, estaremos con Cristo... Moradores del Calvario, ¡ánimo!, ¡a morir por Cristo!"*

Luego, da a cada religioso la comunión y, después de unos momentos de silencio y de acción de gracias, les anima al martirio, recordándoles que debían probar con su vida que eran verdaderos discípulos de Cristo, que eran ¡pasionistas!

A continuación, con solemnidad y misterio, se dirige a las puertas de la iglesia, acompañado de sus religiosos, y las abre de par en par. Fuera y envueltos en la oscuridad de la noche, les esperan unos doscientos milicianos fuertemente armados. El padre Nicéforo se dirige a ellos y les dice: - *"Si quieren matarnos, háganlo aquí, en la iglesia"*.

No lo hicieron pero, expulsados del convento y a partir del día siguiente, en distintos lugares de la geografía española, casi todos fueron martirizados y fusilados por ser religiosos. Son los 26 Már-

ties Pasionistas de Daimiel, beatificados por el papa Juan Pablo II el día uno de octubre de 1989.

¡Qué buen ejemplo, para aprender cómo la eucaristía debe ir transformando (transustanciando – transfigurando) nuestra vida, hasta hacernos unos verdaderos discípulos del que por nosotros la dio en la cruz!

El sacerdote y escritor Pablo d'Ors escribe en el semanario *Vida Nueva* (9 a 15 mayo 2015): "No es casual que una de las últimas palabras de Jesús fuera: *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*. Todo hombre llega a la plenitud de su humanidad cuando dice algo semejante: quiero ser alimento para vosotros, quiero prolongar mi vida en este mundo desde dentro de vosotros, dándoos fuerza. Yo soy el pan de la vida: eso es lo que todos, sin excepción, estamos llamados a decir."

## QUEDAOS AQUÍ Y VELAD CONMIGO

Era el Jueves Santo de aquel año, en que él celebraba las bodas de oro de su ordenación sa-



La oración es como el fuego de campamento en una noche oscura y fría de verano.

cerdotal. Meditando en la noche, ante el monumento, sobre la oración de Jesús en el huerto, cayó en la cuenta, por primera vez en su vida, del significado tan personal de unas palabras de Jesús a sus tres discípulos más íntimos, al comenzar su Pasión, en la Oración del Huerto. Son éstas: *Quedaos aquí y velad conmigo*. Lo cuenta así el Evangelio:

*Cuando (después de la cena) llegaron a un lugar llamado Getsemaní, dijo Jesús a sus discípulos: "Sentaos aquí, mientras yo voy a orar". Luego, tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Comenzó a sentir pavor y angustia, y les dijo: "Siento una tristeza mortal. Quedaos aquí y velad conmigo" (Mc 14, 32-34; Mt 26, 36-38).*

Aquella noche del Jueves Santo, ese sacerdote sintió más que nunca la actualidad del pavor y la tristeza mortal de Jesús ante la situación del mundo, en nuestro XXI; se sintió conmovido e interpelado por Jesús de manera especial, y tuvo la impresión clara y profunda de que esa invitación, más, esa orden que dio a sus discípulos preferidos, se la daba ahora a él personalmente.

Sabía que había dejado mucho que desear a lo largo de su vida sacerdotal y que, tal vez, la oración fuera la asignatura todavía pendiente de su vocación, pues también a él le tiraba más el salir, el moverse, el hacer muchas cosas por Cristo y por el mundo.

Pero aquella noche, durante su oración ante el monumento, tuvo la sensación de que Jesús le invitaba personalmente a *quedarse más con él*, a

*acompañarle más* en su Pasión y a *velar* más, expresión tan frecuente y tan significativa en la literatura del Nuevo Testamento.

*¡Quedaos aquí y velad conmigo!*

En la ya tan lejana noche del primer Jueves Santo, Jesús se lo dijo a sus Apóstoles en el huerto.

Aquella noche santa del año 2000, se lo dijo también a ese sacerdote y hoy te lo dice también a ti: *Quédate más conmigo, haz más oración, estate más en vela.*

El que ora mucho de noche, irradia bondad y santidad de día. Como dice la liturgia de las horas, "éste es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo."

Hoy día, en la Iglesia, se trabaja mucho por Cristo y por los demás en el mundo. Lo que no sé es si se hace también suficiente oración, porque, como dice el Salmo 127, 1, "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas" que la custodian.

## NO SE HAGA MI VOLUNTAD SINO LA TUYA

Acompañando a Jesús en su oración del huerto, meditemos hoy en estas palabras tuyas, tan importantes que los tres Evangelios sinópticos nos las han transmitido: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22, 42; Mt 26, 39-42; Mc 14, 36).

Al describir sus últimos momentos, el apóstol Juan, que estuvo allí presente, nos dice que Jesús exclamó desde la cruz: "Todo está cumplido." O lo que es lo mismo: "He hecho, en todo, lo que mi Padre me había encomendado".

El mundo actual reacciona, frecuentemente, con violencia a toda forma de disciplina, y habla constantemente de "libertad." Es una palabra que a muchos les llena plenamente la boca.

Sin embargo, la sociedad está ya tomando conciencia de que una libertad, en exceso y descontrolada, también puede ser perjudicial al individuo y a la sociedad. No pocas realidades bien actuales confirman, por desgracia, esta afirmación.

Pero hay que decir que la mística de la obediencia no tiene nada que ver con la mera sumi-

sión pasiva de la persona. Tampoco es ningún tipo de narcótico o de postura alienante ante las realidades de la vida. Obediencia se compagina perfectamente con libertad y con responsabilidad.

Precisamente, la palabra "obedecer" ("obedire" en latín) tiene la misma raíz etimológica que el verbo "oír" (*audire*). Así, en su origen, las palabras "oír" y "obedecer" tienen un significado que no se puede separar. Obedecer en la fe —como indica el *Catecismo de la Iglesia universal*, n. 144— significa "someterse libremente a la palabra escuchada" o, lo que es lo mismo, oír con adhesión.

Un ejemplo maravilloso lo tenemos en María, en su diálogo con el ángel, cuando el misterio de la Anunciación. Ella escucha, no entiende y pregunta, cuestiona las cosas. Pero al final tiene la humildad y el valor de adherirse a la propuesta del ángel, diciendo: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). María es una obediente responsable.

Ahora bien, si la mística, tanto de Jesús como de María, fue la de la obediencia a la voluntad del Padre, esa y no otra debe ser también la mística de todo cristiano. Como el divino Maestro, también nosotros deberíamos elevar constantemente los ojos al cielo y exclamar: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad" (Sal 40, 8-9; Heb 10, 7). Y como María, someternos humildemente a Dios y decir: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38).

Contra lo que no pocos piensan, obedecer es propio precisamente del adulto y maduro en su personalidad. Y es propio también del que sinceramente ama. Como Jesús, que por eso, en aque-

llos momentos tan difíciles y en que le costaba tanto, en su oración del huerto, exclamó: "Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero *no se haga mi voluntad sino la tuya.*"

Hay algunas almas inquietas que están constantemente buscando modos y maneras de santificarse y de servir y amar más al Señor. Y leen un libro y otro, y preguntan al director espiritual o al confesor, y van a convivencias, y hacen retiros, y ejercicios espirituales, etc. Y es bien sencillo, para santificarse hay que estar siempre a la escucha de Dios para conocer su voluntad sobre nosotros y cumplirla en el quehacer de cada día. Como escribiría el poeta José María Pemán en su obra *El Divino Impaciente*, "no hay virtud más eminente / que el hacer sencillamente / lo que tenemos que hacer", esto es, lo que Dios quiere que hagamos o *no hagamos*, que padezcamos o *que gocemos* en cada momento de nuestra vida. Así, nos identificaremos totalmente con Cristo, y bien seguros podemos estar que alcanzaremos la más alta perfección.

Al enseñarnos el Padrenuestro, Jesús nos mandó que pidiéramos a Dios: "Padre..., hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Y claro, primeramente en nosotros mismos. Lo que aquí se pide es que, con su gracia, Dios nos ayude a hacer siempre y en todo su voluntad.

En su Evangelio, Jesús nos dice de sí que él había venido, por encima de todo, para hacer la voluntad de su Padre; que incluso su alimento era hacer la voluntad del que le había enviado, esto es, de su Padre Dios.

Cuando más le costó a Jesús hacer la voluntad de su Padre, fue precisamente en su pasión. En la oración del huerto hasta sudó sangre. Pero la aceptó, y sufrió su pasión.

La perfección del alma está, más que en ninguna otra cosa, en parecerse lo más posible a Jesús, también, y sobre todo, en esto: en hacer la voluntad del Padre. No en sufrir, ni en morir por Dios. Menos en hacer maravillas y hasta milagros o en enseñar cosas estupendas, sino en hacer como él, en todo, la voluntad del Padre. Este es también un punto muy destacado en la doctrina espiritual de san Pablo de la Cruz, que, con razón, ha sido llamado no sólo el gran apóstol de la pasión, sino también el gran maestro de la voluntad de Dios.

Escribía a una religiosa: "Gran misterio es este: y es *gran perfección* el resignarse en todo a la divina voluntad; *mayor perfección* vivir abandonada, con grande indiferencia, al divino beneplácito; *máxima y altísima perfección*, el alimentarse con espíritu de fe y de amor, de la divina voluntad" (18 dic. 1743).

Aquí san Pablo de la Cruz presenta una progresión ascendente en la perfección. *El primer* grado es resignarse, aceptar la voluntad de Dios. *El segundo* es ya una entrega, abandonándose con gran indiferencia a esa voluntad de Dios. *El tercero* y más perfecto es buscar, con espíritu de fe y de amor, la voluntad de Dios con el ansia con que se busca el alimento. Es lo que de sí decía Jesús: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió, y terminar su obra" (Jn 4, 34).

A otra alma, dirigida también por él en la vida espiritual, le escribe: "El dulce Jesús permaneció en

su divina oración en agonía hasta sudar sangre, sin exhalar de su boca ni una queja. Sólo dijo algunas veces: *Padre mío, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú* (Mt 26, 39) ¡Oh altísima y dulcísima oración!, ya que en estas pocas y divinas palabras está compendiada toda la santidad" (31 dic. 1768).

Parafraseando aquellas palabras de santa Teresa de Jesús, *O padecer o morir*, san Pablo de la Cruz escribía también (10 julio 1743) a una religiosa: "Creo que la cruz de nuestro dulce Jesús habrá echado más profundas raíces en su corazón y que cantará: *Padecer y no morir*, o más bien: *O padecer, o morir*, y aún mejor: *Ni padecer, ni morir, sino transformarse enteramente en el divino querer*".

Que en nuestra oración, que ante nuestra pasión, en todo momento, exclamemos también nosotros como Jesús en su oración del huerto: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Y que al rezar la oración del "padrenuestro", abramos nuestro corazón a Dios y le digamos con toda sinceridad y con todas las consecuencias: "Padre, hágase tu voluntad".

## LA GRAN DECEPCIÓN DE JESÚS

---

No temas a los enemigos que te critican; teme más bien a los amigos que te adulan. Aprende de lo que le sucedió a Jesús con un "amigo." ¡Qué terrible y escalofriante tuvo que ser para él aquel saludo, aparentemente tan sincero y cordial, de Judas: "Salve, maestro", seguido luego del beso traidor.

Las palabras de réplica de Jesús se encuentran solo en el Evangelio de Mateo (26, 50), y el texto original no deja de ser un tanto oscuro: "Amigo, ¿a qué has venido?"

Por desgracia, entre los que se creen hoy sus discípulos y sus amigos, se dan también, a veces, hechos y comportamientos realmente desconcertantes y que tienen que decepcionar no poco a Jesús. Por ejemplo, quienes van a la iglesia y comulgan, pero admiten el aborto, calumnian y levantan falsos testimonios o promueven discordias, viven del abuso de los débiles y del enriquecimiento injusto y no refrenan los apetitos sensuales, y así tantos otros.

Pero hay además otro pecado que decepcionará también, y muchísimo, a Jesús. Es el sacrile-

gio en personas de comunión frecuente y hasta diaria, que hacen su retiro espiritual, que ocupan cargos importantes en asociaciones o movimientos religiosos, pero que luego, si tienen la desgracia de caer en algún pecado mortal, dicen que se arrepienten y, sin antes recibir la absolución sacramental, se acercan sin más a la comunión.

No basta con un acto de arrepentimiento. Cuando hay conciencia de pecado mortal, antes hay que recibir la absolución sacramental.

Ante esos "fieles" (entre comillas lo de "fieles") que, con todas las apariencias de buenos, se acercan a comulgar así, Jesús les podría también decir: "Amigo, ¿para esto has venido?"

Aunque las palabras de Jesús a Judas suelen traducirse por "Amigo, ¿a qué has venido?", tal vez no haya sido este su pensamiento, sino más bien la expresión de su terrible decepción al ver a lo que había venido Judas, su discípulo, uno de los Doce. De sobra conocía Jesús a qué había venido, ¿para qué, pues, preguntarlo? La traducción sería entonces: "Amigo, ¡a lo que has venido! ¡Con un beso entregas al Hijo del Hombre!" Pensativo y como si le costase creerlo de un... "¿amigo?"

Al llegar a este punto, me viene a la memoria lo que, en carta del 13 de octubre de 1901, santa Gema Galgani escribía a su director espiritual, el pasionista padre Germán de San Estanislao. Hablándole de una aparición de Jesús, le cuenta:

*"Hija mía -exclamó [Jesús] suspirando-, ¡cuánta ingratitud y malicia hay en el mundo! ... Las [almas] fervorosas, poco a poco, van cayendo en la tibieza. Los ministros de mi santuario..."*

Al decir estas palabras, Jesús se detuvo y, luego, prosiguió: "A ellos, a quienes he confiado la continuación de la obra de la Redención..."

Jesús volvió a callar de nuevo... "A esos -prosiguió- tampoco mi Padre puede tolerarlos ya... Ellos, a quienes yo he tratado siempre con particular predilección, a los que siempre he querido como a la pupila de mis ojos"...

Jesús se volvió a callar y suspiró... Estaba muy conmovido...<sup>2</sup>

En esa misma carta, santa Gema escribe también al padre Germán de parte de Jesús: "Mi corazón está siempre triste... Veo que muchos, con semblante hipócrita, me traicionan con comuniones sacrílegas".

Y en la debida proporción podría aplicármelo igualmente a mí cuando, en la iglesia, en la misa o en la oración, no me esfuerzo por estar atento y con devoción. Entonces, Jesús podría decirme también a mí decepcionado: "¿A esto has venido?"

O de este otro modo, que expresaría todavía mejor su decepción: "Amigo, ¿a lo que has venido!"

Porque, a pesar de esto, Jesús todavía te quiere y tú sigues siendo su "amigo".

---

<sup>2</sup> Cartas de Santa Gema Galgani a su director espiritual, padre Germán de San Estanislao, pasionista, traducción, comentarios y notas de Pablo García Macho, Edibesa, Madrid 2015, pp. 255.

## JESUS ES APRESADO Y LLEVADO A LOS TRIBUNALES

---

Hoy día nos despertamos con frecuencia con algunas noticias de este tipo, que luego amplían y completan, a lo largo de la mañana, todos los medios de comunicación social: la prensa, la radio, la televisión y todo tipo de portátiles. Ordinariamente es algo que se ha venido preparando durante algún tiempo, también se realiza de ordinario en la noche, van armados y se llevan preso a alguno o algunos de nuestra sociedad del siglo XXI: drogotraficantes, bandas de delincuentes, alguna célula yihadista, etc. Los agentes van bien armados y, de ordinario, encapuchados para no ser reconocidos.

Con Jesús sucedió también, aquella noche, algo parecido, aunque peor. Ya el profeta Isaías (53,12) había anunciado siglos antes que el Siervo de Jahvé sería contado entre los delincuentes. Así sucedió aquí, así sucedería pocas horas después, al ser no solo comparado sino hasta pospuesto a Barrabás, y así acabaría en el Calvario: entre dos ladrones.



Terminada su larga y penosa oración en el huerto, también Jesús fue apresado, pero no por las fuerzas del orden, sino por una chusma capitaneada por Judas y armada con palos y espadas. Luego, llevado ante los tribunales, amparándose en la oscuridad de la noche. Lo narran así los Evangelios:

*Llegó Judas, uno de los doce, y con él una turba numerosa con espadas y palos, de parte de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta señal: "Aquel a quien yo bese, ese es, prendedle y conducidle con cuidado..." En seguida se acercó a Jesús y le dijo: "Salve, Maestro". Y lo besó. Jesús le dijo: "Amigo, ¿a qué has venido?... ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?"*

*Jesús, que sabía todo lo que iba a sobrevenirle, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le respondieron: "A Jesús el nazareno". Jesús les dice: "Yo soy"... Y en cuanto dijo "Yo soy", ellos retrocedieron y cayeron por tierra.*

*Y de nuevo les preguntó: "¿A quién buscáis?" Y ellos dijeron: "A Jesús el Nazareno". Respondió Jesús: "Os he dicho que yo soy. Pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos"...*

*Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron... (Mt 26, 47-56; Mc 14, 44-52; Lc 22, 47-48; Jn 18, 4-11).*

Cuando uno tiene conciencia de no obrar bien, como en este caso, busca que su mala acción no se vea ni se conozca. Desde entonces, ¡cuántos pecados se cometen amparados también en la oscuridad de la noche! De lo que aquí le sucedió a Jesús, he de aprender:

- Lo frágiles que son las amistades humanas: cuando las cosas van bien, tienes muchas y están a tu lado; cuando te van mal, generalmente se desentienden de ti y te dejan solo, como aquí a Jesús, del que dice el Evangelio que *todos los discípulos le abandonaron y huyeron...*
- Lo parciales y hasta injustos que pueden ser los juicios y los comportamientos de los hombres, acá en la tierra: muchas veces lo que buscan no es la verdad y la justicia, sino el provecho propio y condenar.
- Que tengo que ser fiel a Dios y seguir en todo mi conciencia, aunque los amigos me abandonen y los enemigos me condenen injustamente.
- Que en los juicios que contra mí hagan los hombres, lo importante no es que me absuelvan o me condenen, sino el ser inocente ante Dios y ante mi conciencia.
- Que los que no buscan la verdad, ni la justicia, ni el bien de la persona, se sirven de las tinieblas (de la mentira, del engaño, de las verdades a medias, "de la oscuridad") para que su maldad no sea descubierta.

Únete a Jesús, inocente y santo, y acompáñale atado, escoltado por esos hombres armados y llevado a los tribunales. Aunque sea de noche, muy de noche, y todo a tu alrededor esté muy oscuro.

Ante lo sucedido aquí a Jesús, te preguntarás: ¿Y sus discípulos? Sí, ¿dónde están ahora los discípulos de Jesús?

Solo queda uno y es, precisamente, el traidor, Judas. Los demás, todos han huido y le han dejado solo, en poder de sus enemigos que pronto le condenarán, le torturarán haciéndole sufrir lo indecible, y terminarán dándole muerte en una cruz, entre dos ladrones o malhechores.

¡Cuánto puede aprender el alma de esta escena, en la que Jesús, tan inocente y bueno, es apresado como un malhechor, llevado a los tribunales, torturado de mil maneras y hasta condenado a muerte!

¡Qué oscura, dolorosa y triste fue para él aquella noche!

## ¿A QUIÉN QUERÉIS QUE OS SUELTE?

### ¡A BARRABÁS!

Es este un hecho muy importante y de la mayor actualidad. Lo cuenta así el Evangelio:

*Dicho esto (¿qué es la verdad?, [Pilato] salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él [Jesús] ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ese no, a Barrabás". El tal Barrabás era un bandido (Jn 18, 38-40).*

La conversación de Jesús con Pilato, había llevado a este a un relativismo propio del mundo. Y presenta sus primeras conclusiones a los judíos.

Jesús es inocente según el derecho romano, pero, sin embargo, Pilato les invita a escoger entre Jesús y Barrabás, esto es, que se juzga la culpabilidad de Jesús por la elección de sus acusadores. Es una manera bien extraña de hacer justicia, pero Pilato está dispuesto a conceder a los sumos sacerdotes lo que piden. El propuesto para una posible amnistía está ya, de hecho, condenado.

Muchos ven en Pilato la imagen de un hombre atrapado entre el deseo de soltar a Jesús, inocente, y la necesidad de sacrificarlo para mantener el puesto y la paz en la ciudad. En su comentario del cuarto Evangelio, san Cirilo de Alejandría ve en Pilato la figura del hombre honesto, "con sentido de la justicia y de la moderación". Pero, añade: "no se atiene a las enseñanzas divinas, sino a principios humanos".

Según algunos escrituristas, los judíos son los verdaderos jueces y los principales culpables de la condena de Jesús. Es sobre ellos sobre los que caería directamente la responsabilidad del deicidio. Pilato no sería más que un instrumento.

A primera vista, tanto el relato de Juan como el de los sinópticos, podrían prestarse, efectivamente, a tal interpretación, excusando al gobernador romano. Pero entonces habría que interpretar la propuesta de amnistía de Pilato como un intento torpe de salvar a Jesús. Otros autores ven aquí un gesto de arbitraje por parte del gobernador romano, que echa una pasarela a los acusadores, para que puedan denunciar sin llegar a su petición de condena a muerte de Jesús. ¿Cómo le van a pedir que condene a Jesús, si está ya medio muerto de los malos tratos que ha recibido, sobre todo en la flagelación y en la coronación de espinas?

Aunque más bien podíamos preguntarnos: ¿Cómo es posible que un político como Pilato haya podido caer en tal torpeza legal?

En su Evangelio, san Juan no presenta a la multitud como a la que Pilato pide su sufragio. Todo

sucede como si los sumos sacerdotes y los miembros del Sanedrín, en su conjunto, y los guardias del templo constituyeran ellos solos esa multitud reunida delante del pretorio.

Ciertamente, tales grupos serían importantes, y podrían llegar aquí a muchas personas. En aquella época, las noticias corrían también rápidamente y no hay duda de que las gentes acudirían enseguida, si fueran convocadas, ante el palacio, para esa presentación de Jesús por parte del gobernador romano. El uso consagrado de la amnistía de la pascua, implicaba ya la presencia de una gran parte de la población.

Sin embargo, en el relato de Juan (Jn 19, 6), Pilato se dirige únicamente al grupo de los sumos sacerdotes y los guardias. Con esto, quiere significar que este grupo es el que daría el tono en los debates.

La dinámica de masas enseña que, ordinariamente, el tono es dado por un núcleo más o menos pequeño, pero que la masa sigue ampliando el impulso inicial. El grupo de los sumos sacerdotes, se convertiría así en el núcleo del conjunto de la multitud, reunida delante del palacio del gobernador.

El primer examen del proceso concluye, afirmando Pilato no haber encontrado nada que merezca condena en Jesús. Y sigue proponiendo la amnistía para aquel al que acaba de declarar inocente.

Presentar a Jesús para la amnistía cuando la sentencia de condena no ha sido todavía pronunciada, es una incongruencia jurídica insoste-

nible. En fin de cuentas, Pilato ratifica así, implícitamente, el juicio del Sanedrín. Es una manera, ciertamente muy injusta, de desembarazarse personalmente de la decisión. Es lo que Mateo ha indicado, por el gesto de lavarse las manos (Mt 27, 24). A partir de ese momento, el proceso toma un giro muy particular.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

El silencio de Jesús ante estos gritos de condena, por parte de los judíos, es impresionante e impone al creyente un silencio de estupor y de admiración. La proclamación de la inocencia de Jesús por Pilato, pone todavía más de relieve la dimensión trágica del odio y ensañamiento de los judíos.

La elección entre Jesús y Barrabás es el primer movimiento de una curiosa puesta en escena, en la que Pilato es el director. No concluirá hasta que Jesús se siente sobre el sillón de juez, y reivindica que lo injusto de su condena.

#### ¿A QUIÉN QUERÉIS..., EN NUESTRO SIGLO XXI?

El comportamiento de Pilato al preguntar al pueblo, ¿a quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús?, tiene una gran actualidad y es un tema de mucha importancia, al meditar la Pasión del Señor en nuestros días.

- Hace ya algunos años, un político español y presidente de una de nuestras universidades más fue a Roma a visitar al Papa. En

diencia que este le concedió, Juan Pablo II le preguntó: "¿Y cómo compagina el decirse católico y algunas leyes de su autonomía, por ejemplo, el divorcio, el aborto....?". A lo que el presidente respondió con apuros y gesticulando mucho: "Mire, Santidad, es que la política, el pueblo...."

- Otro caso más reciente lo tenemos en un partido político que, en su programa electoral, prometió a sus votantes la reforma de la ley del aborto, pero que luego, aunque tenía mayoría absoluta en el parlamento y en el senado, no cumplió porque la oposición y hasta algunos de su mismo partido no estaban de acuerdo.

Pero gracias a Dios, se dan también ejemplos de políticos y de otros estamentos sociales que se comportan según la ley natural y el Evangelio. Algunos ejemplos:

- El 4 de abril de 1990, el rey Balduino de Bélgica renunció a la corona para no verse obligado a firmar una ley de ampliación de los supuestos para permitir el aborto, que había aprobado ya el parlamento, pero que iba contra su conciencia.

Hace algunos años, apareció en la revista *Vida Nuova* esta anécdota que contaba con el nombre de Carlos García de Andoin, el joven que la leyó: "Fue en una colonia con discapacitados mentales en la Casa de la Sagrada Familia de Oñarri (Navarra). Mi grupo hizo una obra de teatro con la Pasión de Jesús. Yo soy un chaval con síndrome de Down,

nible. En fin de cuentas, Pilato ratifica así, implícitamente, el juicio del Sanedrín. Es una manera, ciertamente muy injusta, de desembarazarse personalmente de la decisión. Es lo que Mateo ha indicado, por el gesto de lavarse las manos (Mt 27, 24). A partir de ese momento, el proceso toma un giro muy particular.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

El silencio de Jesús ante estos gritos de condena, por parte de los judíos, es impresionante e impone al creyente un silencio de estupor y de admiración. La proclamación de la inocencia de Jesús por Pilato, pone todavía más de relieve la dimensión trágica del odio y ensañamiento de los judíos.

La elección entre Jesús y Barrabás es el primer movimiento de una curiosa puesta en escena, en la que Pilato es el director. No concluirá hasta que Jesús se siente sobre el sillón de juez, y reivindique lo injusto de su condena.

#### ¿A QUIÉN QUERÉIS..., EN NUESTRO SIGLO XXI?

El comportamiento de Pilato al preguntar al pueblo, ¿a quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús?, tiene una gran actualidad y es un tema de mucha importancia, al meditar la Pasión del Señor en nuestros días.

- Hace ya algunos años, un político español y presidente de una de nuestras autonomías fue a Roma a visitar al Papa. En la au-

diencia que este le concedió, Juan Pablo II le preguntó: "¿Y cómo compagina el decirse católico y algunas leyes de su autonomía, por ejemplo, el divorcio, el aborto....?". A lo que el presidente respondió con apuros y gesticulando mucho: "Mire, Santidad, es que la política, el pueblo....."

- Otro caso más reciente lo tenemos en un partido político que, en su programa electoral, prometió a sus votantes la reforma de la ley del aborto, pero que luego, aunque tenía mayoría absoluta en el parlamento y en el senado, no cumplió porque la oposición y hasta algunos de su mismo partido no estaban de acuerdo.

Pero gracias a Dios, se dan también ejemplos de políticos y de otros estamentos sociales que se comportan según la ley natural y el Evangelio. Algunos ejemplos:

- El 4 de abril de 1990, el rey Balduino de Bélgica renunció a la corona para no verse obligado a firmar una ley de ampliación de los supuestos para permitir el aborto, que había aprobado ya el parlamento, pero que iba contra su conciencia.
- Hace algunos años, apareció en la revista *Vida Nueva* esta anécdota que contaba Carlos García de Andoin, el joven que la vivió: "Fue en una colonia con discapacitados mentales en la Casa de la Sagrada Familia, de Oharriz (Navarra). Mi grupo hizo una obra de teatro con la Pasión de Jesús. Miguel, un chaval con síndrome de Down,

muy religioso, hacía de Pilato y, cuando llegó el momento de lavarse las manos, se enfureció y tiró la palangana por los aires.

Él, cristiano como era y buena persona, no podía lavarse las manos, cuando, si él no lo remediaba, iban a matar al Señor Jesús. Fue todo un testimonio para mí”.

Para terminar, presento a tu consideración este hecho que se dio en una gran solemnidad y con motivo de su celebración en la iglesia. En el ardor de su oratoria y ante la triste realidad de nuestra sociedad, el predicador dijo esta frase tan desafortunada: “Hay que acomodar el Evangelio al mundo actual, hay que actualizarlo”. Terminada su predicación, le llamó el obispo diocesano que presidía la eucaristía y le dijo con autoridad: *“Suba otra vez al púlpito y diga que lo que hay que cambiar no es el Evangelio para acomodarlo a la sociedad actual, sino la sociedad actual para acomodarla al Evangelio”*.

## JESÚS ES AZOTADO CRUELMENTE

---

El Diccionario de la Real Academia define la tortura como el “grave dolor físico o psicológico infligido a una persona, con métodos y utensilios diversos, con el fin de obtener de ella una confesión, o como medio de castigo”. La tortura se ha dado siempre, se sigue practicando en nuestros días y este fue también el caso de Jesús en su flagelación. Desconcierta lo que Pilato hizo con él: declara que Jesús es inocente, manifiesta su intención de soltarle y, sin embargo, le manda azotar. ¿Cómo se compagina todo esto?

Veamos cómo lo describe el Evangelio. Para apaciguarles, Pilato dice a los que querían que le condenase a muerte: *“Ya veis que no ha cometido nada que merezca la muerte. Así que le haré azotar y lo soltaré”* (Lc 23,15-16).

Con estas palabras, quiere decir que va a someter a Jesús a la tremenda tortura de la flagelación. Dada la orden, los verdugos le llevan al atrio del pretorio, le despojan de sus ropas y comienzan a golpearle con azotes, terribles instrumentos de tortura, que podrían causar incluso la muerte del condenado.

Pilato puede sentirse satisfecho: Ha dado una severa lección a Jesús.

Pero Jesús también ha dado una buena lección a todos los que quieran seguirlo. Como los demás sufrimientos de su pasión, este es, igualmente, en satisfacción por los pecados de los hombres. Jesús quiere hacer ver la gravedad del pecado, que el mundo actual comete con tanta facilidad.

Ante Jesús torturado y desfigurado por los azotes, se comprende bien que ceder a la pasión de los sentidos no es algo baladí, una cosa sin importancia. Las llagas profundas de Jesús gritan demasiado fuerte cuánto pesan los pecados en la balanza de Dios. En vez, pues, de minimizar el pecado de la carne para acoger con más libertad sus apetencias ilícitas y abrir los brazos a las delicias de la dulce vida mundana, el discípulo de Cristo debe luchar y hacer cualquier sacrificio para resistir a los halagos del mundo y caminar por la vía por la que han ido (y van hoy) tantas almas santas.

**Señor, mira como respuesta de amor a tu flagelación:**

- El celibato de los sacerdotes;
- La castidad de los religiosos y demás consagrados;
- La fidelidad de tantos esposos cristianos, que comparten su amor entre sí, contigo y con los hijos y sus mayores;
- El amor de tantos jóvenes que, a pesar de sus años y de los peligros del mundo, viven con amor puro y santo su juventud.

**Para pensar:**

- Hacer vida conyugal sin estar casados por la Iglesia, experiencia prematrimonial, matrimonio únicamente civil o de cualquier otro modo;
- Idolatrar el cuerpo, adornándolo con joyas o vestidos excesivamente lujosos y caros, mientras tantos hermanos nuestros carecen de lo necesario para vivir;
- Gastar en banquetes, fiestas, vacaciones, cruceros o viajes de placer grandes cantidades de dinero, mientras tantos mueren de hambre, no tienen acceso a la educación o son víctimas de enfermedades que podrían curarse;
- Prostituir el cuerpo en una revista, en una playa, o film, o espectáculo, o...

Por todos estos pecados, y otros semejantes, quiso Jesús ser despojado de sus vestidos y cruelmente azotado.

Y para dar ejemplo y animar a tantos hermanos nuestros que, en nuestro siglo XXI, todavía sufren torturas –incluso la muerte– en muchos lugares del mundo.

Las primeras celebraciones litúrgicas del misterio de la flagelación de Jesús se iniciaron en la Iglesia en la Edad Media, con ocasión del traslado de la columna de la flagelación de Cristo a Roma el año 1223.

Como escribe santo Tomás de Aquino, "del misterio de la Pasión se deriva para los hombres una exigencia mayor para conservarse inmunes de pecado, según la exhortación paulina: *Os han comprado pagando; glorificad a Dios con vuestro cuerpo*" (1 Co 6, 20) (Sum. Th. III, q. 46, a. 3).

## JESÚS ES CORONADO DE ESPINAS

---

Jesús fue sometido también a la tortura de la coronación de espinas. Aunque para él muy dolorosa y humillante, aquí no se trataba de forzarle a una confesión de culpa o a otra información cualquiera. Tampoco de castigo. Fue sencilla y llanamente para burlarse de él, tomándole por un desequilibrado que se quería hacer pasar por rey.

Recordando que había dicho que era rey y tomándole por loco, los soldados del Gobernador Romano quisieron hacer una pantomima y pasar el rato entreteniéndose a costa de Jesús. Lo describe así el Evangelio:

*Reunieron a su alrededor a toda la tropa, lo desnudaron, le echaron encima un manto de púrpura. Después trenzaron una corona de espino, se la pusieron en la cabeza, y en la mano derecha una caña. Doblando la rodilla ante él, le decían de burla: "Salve rey de los judíos". Y le escupían, le quitaban la caña y le pegaban en la cabeza (Mc 15, 16-10; Mt 27, 27-30; Jn 19, 2-3).*

Comienzan por desnudarle otra vez ante toda la compañía de soldados. A esto sigue la coronación.



¿Trono? No lo mencionan los evangelios; cualquier taburete o banquillo.

¿Manto real? Un trapo color púrpura que habría por allí.

¿Cetro? Una caña, vacía e inconsistente como su reinado.

¿Y corona? Aquí a la burla se une la crueldad más inhumana. ¡Una corona de espinos!, mucho más dolorosa que la que llevan los Cristos de nuestra imaginería religiosa. No era en forma de guirnalda alrededor de las sienes, sino de casco, con lo que atormentaría toda la cabeza de Jesús.

Y como se la encasquetarían sin piedad, las espinas rasgarían la carne, romperían las venas, algunas volverían a salir de nuevo por otra parte. Otras quedarían dentro, rasgando más los tejidos y produciendo un dolor inmenso al buen Jesús. Comenzaría a correr la sangre. Primero en hilos pequeños, luego en otros mayores y más abundantes.

Mientras tanto, unos soldados le escupían en el rostro, otros le pegaban con el puño, algunos le quitaban la caña y le daban con ella en la cabeza. Al penetrar bruscamente las espinas, aumentaría el dolor, y la sangre manaría con más abundancia. Risotadas groseras acompañarían toda esta burla atroz y salvaje, por lo que resultaría todavía más cruel e inhumana. Tengamos en cuenta cómo había quedado ya después del suplicio tan terrible de la flagelación, esa misma mañana.

La corona de espinas fue uno de los tormentos mayores de Jesús y que le hizo sufrir hasta el momento de su muerte en la cruz. Pensemos no solo en el dolor de la coronación, sino también al ponerle y quitarle la túnica (después de la corona-

ción, al cargar con la cruz, antes de la crucifixión), en las caídas del camino al Calvario y darse con la cabeza en la cruz, al ser crucificado....

Las espinas qué pequeñas son, ¡pero cuánto duelen! Y las encontramos toda la vida. "El que se acerca a mí, se acerca a las espinas", oyó san Pablo de la Cruz que le decía Dios en el interior de su alma.

En la coronación de espinas, Jesús tiene presentes de modo particular la soberbia y el orgullo de los hombres, raíz de tantos males que inundan la tierra.

Jesús pide al Padre y ofrece reparación por los que, devorados por ansias de grandezas terrenas, van locamente en busca de honores, de gloria, de los primeros puestos, pagando cualquier precio con tal de subir.

Si para ello es necesario traicionar su conciencia, sacrificar las propias convicciones, la fe, la moral..., lo hacen de buena gana, a cambio de un puñado de dinero, de alabanzas, de un nombre. Si para ello es necesario pisotear a los hermanos, denigrar y destruir su fama, recurrir incluso al delito para abrir camino a su ambición..., a todo están dispuestos.

Pero es que, además, ¡cuántas obras buenas, laudables y humanitarias se hacen solo por ganar estima, por vanidad! Aquí sí que tienes que poner atención, para no perder el mérito de tus buenas acciones.

En carta del 9 de febrero de 1901 a su director espiritual, el pasionista padre Germán, santa Gema Galgani le contaba que, en cierta ocasión,

se le apareció el ángel de la guarda, que "traía dos hermosísimas coronas, una de espinas muy largas que no era en realidad corona, pues estaba hecha a manera de gorro, y la otra, una guirnalda de lirios. Me preguntó cuál de las dos escogía... y le contesté: *La de Jesús. Me puso la de espinas*".

Para profundizar más en lo que fue la corona de espinas en Jesús y lo que debe ser también en el creyente, medita en estas palabras de un sermón de san Bernardo: "Aquel que es nuestra cabeza se nos representa no tal como es, sino tal como se hizo por nosotros: no coronado de gloria, sino rodeado de las espinas de nuestros pecados. Si quien es nuestra cabeza está coronado de espinas, nosotros, miembros suyos, deberíamos avergonzarnos de nuestros refinamientos y de buscar cualquier púrpura que sea de honor".

El culto litúrgico de Jesús coronado de espinas se inició en Francia, cuando el rey san Luis mandó, en 1239, el traslado a Francia de la santa corona que se encontraba en Constantinopla, hoy Estambul, en Turquía.

En la introducción a la liturgia de esta celebración, en la Congregación Pasionista, se recuerdan estas palabras de san Agustín: "*Los soldados trenzaron una corona de espino, y se la pusieron en la cabeza. Ocultado su gran poder..., [Jesús] mostraba su triunfo sobre el mundo de los soberbios no con sangrientas batallas, sino con paciencia y humildad*".

En la actualidad, el trozo mayor de esta corona se venera en Nôtre Dâme, la catedral de París.

## JESÚS ES CONDENADO A MORIR EN LA CRUZ

Todas las religiones del mundo tienen leyes, principios morales, ritos y ceremonias, castigos y premios. Ninguna, sin embargo, presenta un Salvador que da la vida por sus seguidores. Esta realidad es solo corona y gloria del Evangelio.

En la cruz de Cristo se ocultan una esperanza y una paz que no pueden ser superadas por nadie ni por nada. Desgraciadamente hay también maestros que se dicen "cristianos", pero que no mencionan nunca la cruz. Quien así se comporta es como el científico que trata ampliamente de la energía solar, sin mencionar nunca al sol.

En toda la Sagrada Escritura no hay, ciertamente, ningún tema tan importante como el de la crucifixión y de la muerte de Jesús en el Calvario. Por eso es también el tema contra el que el demonio lucha más encarnizadamente y que más quisiera apartar de la consideración de los fieles. Y es, al mismo tiempo, el tema que nosotros más necesitamos para encontrar la esperanza y la paz en nuestra vida.

Desde que nacemos, todos estamos condenados a morir: pronto o tarde, pero todos, nadie se

escapa de este desenlace final de nuestra vida acá en la tierra. Pero hay una gran diferencia. No es lo mismo hacerlo en virtud del proceso degenerativo natural y con todas las atenciones y condiciones para tener una muerte digna, a lo que, en la terminología cristiana llamamos una "santa muerte", que el terminar su paso por este mundo de un modo trágico y violento, como pueden ser los accidentes de tráfico (marítimo, terrestre o aéreo), o acabar como víctima de la injusticia y de la violencia, algo, por desgracia, tan frecuente también en nuestros días.

Pues esta fue también la muerte de Jesús, a pesar de que de él dice el Evangelio que "todo lo ha hecho bien" (Mc 7, 37) y el mismo Pilato, que "yo no encuentro en él ninguna culpa" (Jn 18, 38).

Los hombres se parecen muchas veces a Poncio Pilato. Se imaginan confortablemente que entre Dios y el diablo existe un dominio autónomo, donde reina una pacífica neutralidad.

Aquí no se trata de algo baladí o de menor importancia (matar a una persona nunca lo es), sino de quitar la vida y hacer desaparecer a un hombre, que, además de ser inocente y bueno, es el ¡Hijo de Dios! Y nada menos que en la cruz. Al recordar cómo sucedió todo, aquel primer Viernes Santo de la historia, y cómo se llevó a cumplimiento tan inicua sentencia, entre otras cosas, aprende y saca lo siguiente:

- No debe extrañarte que también a ti, a veces, te condenen injustamente, echándote culpas o atribuyéndote palabras o acciones que no has dicho o no has cometido.

- Que así como Jesús aceptó el ser condenado a muerte por ti, también tú deberías aceptar cualquier condena o reproche que se te haga por él.
- Que, en la vida, has de llevar tu cruz como Jesús (voluntariamente y con amor), o al menos como el Cirineo (de mala gana y obligado). Cuando se la lleva con Jesús, la cruz siempre es redentora y santificadora.
- Que, como para Jesús, el camino del Calvario es siempre cuesta arriba, también a ti te costará subirlo y la cruz te pesará, a veces, mucho.
- Que María está siempre cerca de todas las cruces; tú no puedes dejarte oprimir tanto por la tuya que no levantes los ojos y encuentres a tu lado a esa amorosa Madre, que Jesús, como verás más adelante, te regaló desde la cruz.

La cruz es el misterio más profundo de nuestra fe cristiana y, en vez de empeñarte en querer descifrarlo y discurrir inútilmente sobre él, lo que has de hacer es ponerte, humildemente, de rodillas ante ella, y adorar al Crucificado que, para manifestarnos su gran amor, quiso morir en una cruz.

¡Esto sí que es amor!

Recordemos lo que dice santa Teresa de Jesús de un encuentro providencial que tuvo en el convento con una imagen de Jesús en su Pasión:

"Acaecióme —escribe la Santa— que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que ha-

bían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota, que en mirándole me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lagrimas, suplicándole me fortaleciera ya de una vez para no ofenderle" (Vida, 9, 1).

Pero ni Pilato, ni los sacerdotes, ni el pueblo de Jerusalén se compadecieron de Jesús (no en imagen sino en persona y todavía vivo) aquella mañana, al verle tan atormentado y dolorido, sino que todos le condenaron a morir y nada menos que en la cruz.

Terminemos con estas palabras del teólogo evangélico J. C. Ryle: "El mensaje del Cristo Crucificado es el manantial de fuerza para el servicio al Reino de Dios; yo quisiera que no faltase nunca en mi vida. Ni por todo el oro del mundo dejaría yo este mensaje, pues sería algo así como un soldado sin armas, como un piloto sin brújula, como un obrero sin herramientas. Que prediquen otros la ley y la moral; que otros tomen como argumentos de su predicación el horror al infierno o la bienaventuranza del cielo; que otros encuentren su plenitud en la comunidad... Yo no quisiera saber ni predicar otra cosa que a Jesús y este Crucificado".<sup>3</sup>

<sup>3</sup> HEROLD, September 2015, *Christus, der Gekreuzigte*, S. 4.

## CIRINEOS EN HUELGA

---

Llama la atención que el episodio del Cirineo, al parecer insignificante, sea narrado en los sinópticos con tanta profusión de detalles. ¿Intuyeron ya los evangelistas su gran importancia en la pasión de Jesús, continuada a lo largo de la historia? Veamos lo que sobre esto dicen los Evangelios:

*Pasaba por allí de vuelta del campo un tal Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, y le forzaron a llevar la cruz* (Mc 15, 21; Mt 27, 32; Lc 23, 26).

Del hombre que ayudó a Jesús a llevar la cruz, en el Evangelio se dice su nombre: Simón; su procedencia: de Cirene, ciudad norteafricana entre Egipto y Cartago; que venía del campo, del trabajo. Hasta el nombre de dos de sus hijos: Alejandro y Rufo.

Que los evangelistas conocieran a Simón y a su familia solo se explica por la conversión del Cirineo y de los suyos. El autor de la Carta a los Romanos escribe: "Recuerdos a Rufo, ese cristiano eminente, y a su madre, que también lo es mía" (Rom 16, 13).

Los tres sinópticos nos dicen además que a Simón le obligaron, le forzaron a llevar la cruz. No la tomó para ayudar a Jesús, por amor, ni siquiera por compasión. Lo hizo porque le forzaron. Lo más probable es que, en el camino, volviera más de una vez los ojos iracundos a ese "condenado", que le había estropeado la tarde y le obligaba, cansado como estaba, a una tarea que nada tenía que ver con él.

Pero llevó la cruz, siguió a Jesús, aunque a regañadientes, y ya ves lo ampliamente recompensado que fue por ese a quien primero conoció como "condenado" y, luego por la fe, como el Mesías, el Salvador, su Salvador y el de todos los suyos.

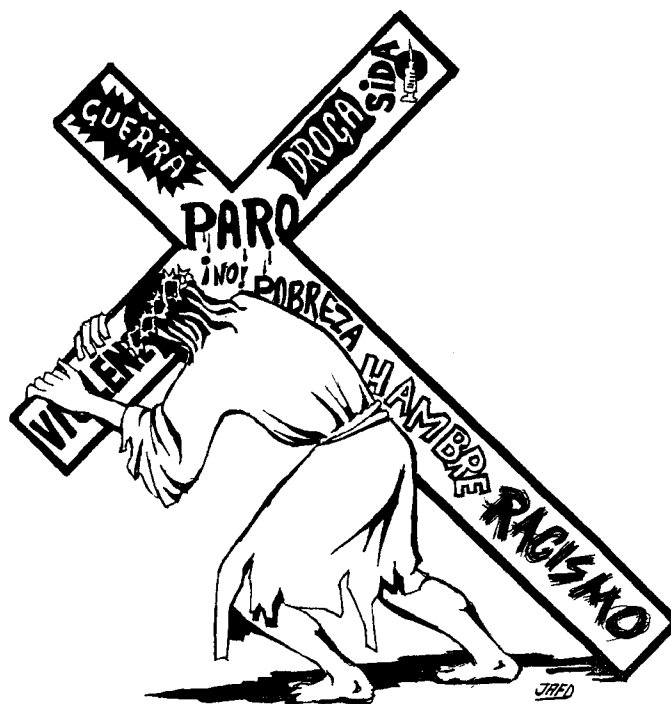
La pasión de Cristo no es solo un hecho que tuvo lugar en un momento histórico. La pasión de Jesús se actualiza en los miembros de su cuerpo místico, a lo largo de todos los tiempos. También hoy, en nuestro siglo XXI. ¡Y bien extendida y dolorosa, por cierto!

Sí, también hoy Cristo es condenado a muerte y lleva su cruz, muchas cruces, y bien pesadas. Lee algunas de ellas en el dibujo adjunto y detente para meditar: "droga", "sida", "paro", "guerra", "violencia", "emigración", "derechos humanos conculcados", "hambre", "negros no", "vejez abandonada", "divorcio", "aborto", "muerte" y tantas más que podríamos añadir.

Y lee también estas palabras de Jesús, en su Evangelio: "Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, conmigo lo hicisteis. Cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de esos más humildes, dejasteis de hacerlo conmi-

go" (Mt 25, 40-45). No importa que sea muy poco. La Verónica ofreció solo un paño a Jesús para limpiar su rostro ensangrentado, sudoroso y polvoriento. Hoy no habría en el mundo suficientes paños para enjugar tantos rostros humanos en los que se refleja el rostro y el sufrimiento de Jesús.

¡Lástima que, habiendo tantas cruces en el mundo y pesando tanto la cruz, no pocos Cirineos se declaren abiertamente en huelga.



**Jesús carga con todas las cruces de nuestra sociedad actual, tantas y tan pesadas. En su camino al Calvario le ayudó el Cirineo. ¿No le querrás ayudar también tú?**

## LA CRUZ Y EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

---

La cruz tiene un significado muy especial para nuestra vida cristiana. Seguir a Jesús es seguirle con cruz: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga" (Mc 8, 34; Mt 10, 38; Lc 14, 27).

Por el bautismo hemos sido incorporados a él en su muerte, para participar un día también en su gloria (cf. Rom 6, 3-8).

En el seguimiento de Cristo la cruz puede revestirse de muchas formas: persecución, calumnia, pobreza, obediencia, servicio desinteresado, disciplina interna y externa, desolación y tristeza, monotonía, soledad, enfermedad, sufrimiento y muerte, etc.

A la luz de la cruz de Jesús, encuentra también respuesta la cuestión más oscura de la vida del hombre: la del *sufrimiento* y el poder de la muerte, que fuera del Evangelio nos dejan en la más absoluta oscuridad.

Pero no se trata aquí de una respuesta que disipe toda duda racional sobre estos temas, ni de

una solución que deje ventilados todos los problemas. Tampoco podemos refugiarnos en la cruz para buscar en ella un consuelo fácil o un remedio narcotizante.

Por si esto fuera poco, la cruz de Jesús obliga, además, al cristiano a ayudar a llevar la cruz del hermano y a luchar, siempre que sea humanamente posible, por evitar o disminuir el sufrimiento en el mundo. Pero no podemos olvidar que, aunque pongamos en ello toda la técnica, todos los progresos y nuestra mejor voluntad, quedará todavía mucho dolor que nos será imposible eliminar. Es entonces cuando la cruz del Calvario reconforta al hombre, sumido en la oscuridad de la noche. Mirando a Jesús con la cruz y crucificado, se puede "esperar" siempre y contra toda esperanza (cf. Rom 4, 18).

La fe inmovible en la victoria de la cruz, sin embargo, no significa triunfalismo ni olvido del *escándalo permanente de la cruz*. Nuestro siglo XXI se siente más cerca del Cristo lacerado que cuelga del madero, que de la cruz como signo de triunfo y de victoria. El Crucificado es la mejor prueba del amor de Dios a los humillados, agraviados, oprimidos, hambrientos, desterrados, perseguidos y discriminados, a todos los que sienten angustia y se hallan desesperanzados por la vida.

La fe en el misterio de la cruz debería abrir más nuestro corazón al problema del sufrimiento humano, frente a la dureza de una sociedad, cada vez más empeñada en ocultarlo (en vivir y actuar como si no existiera) o convertirlo en tabú (en algo que no se puede tocar ni hablar de ello).

La cruz bien llevada es la fórmula abreviada y el signo más auténtico del verdadero cristiano o seguidor de Cristo.

Cruz tenemos todos, creyentes y no creyentes. Lo que diferencia al cristiano, según el *Catecismo católico [alemán] para adultos* (BAC, pp. 209-211), es su actitud ante la cruz y su modo, talante o estilo de llevarla.

## “HOY” ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO

El Evangelio de Lucas llama varias veces la atención acerca de la inmediatez de la salvación y de la compasión de Dios para con los pecadores y marginados.

- A los pastores de Belén, el ángel les anuncia en aquella Noche Buena: *“Hoy” os ha nacido un Salvador* (Lc 2, 11).
- Al comienzo de su misión, Jesús proclama el cumplimiento de la profecía liberadora de Isaías, 61, 1s., con estas palabras: *“Hoy” se ha cumplido la Escritura en lo que acabáis de oír* (Lc 4, 21).
- En casa de Zaqueo, mientras estaban a la mesa, Jesús proclama: *“Hoy” ha llegado la salvación a esta casa* (Lc 19, 9).
- Ahora, a un criminal condenado también a la cruz por sus malas acciones pero que, antes de morir, le pide humildemente que se acuerde de él en su reino, Jesús le promete: *“Hoy” estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43).

Muchos emplean gran parte de su vida pensando en el "pasado", que ya no existe. Otros prefieren un "mañana", que tampoco existe todavía. Yo debo aprender de Jesús que es "hoy", precisamente "hoy":

- "Hoy" es la llamada que me hace Dios.
- "Hoy" ha de ser mi conversión.
- "Hoy", el perdón que me ofrece Dios.
- "Hoy", es mi salvación.
- "Hoy", el comienzo de mi camino hacia la santidad.

En resumen, que también para mí el paraíso es "¡hoy!"

Sí, Dios me espera "hoy".

– *Mañana, tal vez sea demasiado tarde.*

## EN EL ÚLTIMO MOMENTO, ¿PIDIÓ PERDÓN?

Es una historia muy triste y que yo viví tan de cerca... Había sido discípulo mío durante varios años. Se trata de un sacerdote y religioso. Parecía bueno. Incluso, yo diría, muy espiritual. Pero, para mi sorpresa, un día lo dejó todo: la vida religiosa, el sacerdocio, todo.

Por su preparación intelectual, no le fue difícil situarse bien en el mundo, consiguiendo pronto un buen trabajo en una ciudad grande de España.

Un buen día oí que estaba enfermo en la clínica N. N. Fui a visitarle y continué haciéndolo repetidas veces. Pronto me enteré de que su enfermedad era el sida. Enfermeras y médicos con guantes, cuidados y precauciones especiales.

Yo estaba esperando que me pidiese la comunión o que le oyera en confesión. No lo hizo. Pregunté al capellán. Tampoco.

Viendo que iba empeorando, en distintas ocasiones le ofrecí oportunidades de recibir los sacramentos, de llevar bien su cruz y de santificar su enfermedad. Volvía siempre decepcionado a casa. ¡Cuántas veces le dije: "Mira, ahora te toca a ti vivir, en la oscuridad del sufrimiento y de la cruz, lo que tantas veces viste con claridad de fe y, seguramente, recomendaste también a otros enfermos:



es el momento de ser fuerte con la fortaleza que dan la fe y la gracia de Dios!"

Ninguna respuesta.

En mi última visita, sus padres me dijeron con gozo que el médico les permitía llevárselo ya a casa. Estaba algo mejor.

Al día siguiente llamé otra vez por teléfono. No estaba ya en la clínica.

Algún tiempo más tarde, cuando yo pensaba que todo iba mejor, me llega la triste noticia de que el enfermo había muerto. No lo esperaba tan pronto.

Lo que más me entristeció, sin embargo, no fue su muerte, sino las circunstancias que la acompañaron.

El enfermo estaba solo en la casa. No sé qué tormenta tan terrible azotaría aquel día su alma. Lo que sí sé es que se tiró de un séptimo piso, que cayó en el patio interior del edificio, que se estrelló contra el suelo, que murió en el acto..., que su cuerpo quedó aplastado y reventado sobre el cemento, bañado en su propia sangre.

Pronto se corrió entre los vecinos la noticia de que el muerto era un enfermo de sida. "¡No, no lo toquen, no toquen la sangre! ¡Tiene sida!". Y todos los vecinos contemplaban aterrados ese cuerpo y esa sangre.

Había sido sacerdote. Había sido religioso.

En el último momento, mientras estaba cayendo, ¿volvió los ojos a Jesús, se arrepintió y le dijo también, como el Buen Ladrón: "¿Acuérdate de mí?"

## MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

---

Al meditar en la pasión de Jesús, uno quisiera que los Evangelios le contasen más sobre la Santísima Virgen y queda como decepcionado al constatar lo poco que dicen de ella. No mencionan, como hace la tradición, ni el encuentro con su hijo Jesús en el camino al Calvario, ni lo que lloró cuando ya muerto, lleno de llagas y cubierto de sangre, lo bajaron de la cruz y lo pusieron en sus brazos y sobre sus rodillas. Tampoco dicen nada del último beso, lleno de ternura y de dolor, que le dio en el sepulcro, ni de lo triste que quedó su alma al rodarse la piedra y quedar encerrada allí, con Jesús muerto, en la tumba. De María, en toda la pasión de Jesús, lo único que dicen es esto:

*Junto a la cruz de Jesús estaba su madre... Al ver a su madre y a su lado al discípulo predilecto, dijo Jesús: -"Mujer, ahí tienes a tu hijo." Y luego al discípulo: -"Ahí tienes a tu madre." Desde entonces, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19, 25-27).*

En las bodas de Caná y ahora en el Calvario, Jesús llama a su madre "mujer". En el cuarto Evangelio, cuando Jesús utiliza esta expresión genérica, es siempre para invitar a la persona a ir más

allá de su historia personal y a situarse en el plan de su vocación más profunda. Esto es lo que sucede aquí, cuando a María la llama "mujer", en lugar de "madre". Jesús la invita a ir más allá de las relaciones familiares y a elevarse hasta el plan superior de la historia de la salvación.

Al decirle Jesús desde la cruz, "mujer, ahí tienes a tu hijo", no es para encontrar un consuelo psicológico. Se trata de una misión que transmite a su madre, al confiarle el Discípulo Amado. La expresión utilizada al terminar, "el discípulo la recibió en su casa", confirma el nivel teológico en que la sitúa Jesús. En su casa, debería traducirse literalmente por "en él mismo, en lo que él lleva como propio". Juan recibe a María como un bien de orden sobrenatural.

Estamos familiarizados con la escena, lo hemos visto desde niños y ya no nos impresiona. Pero, ¿te has detenido alguna vez a pensar seriamente en lo que sería para María presenciar la ejecución de su hijo Jesús en la cruz? María había visto cómo llegaba al Calvario, tan fatigado, tan desfigurado por las heridas, la sangre, el sudor y el polvo del camino.

Luego, vería cómo le despojaban de sus vestiduras, apegadas a la carne por la sangre seca de las heridas, cómo le extendían sobre la cruz y cómo, con gruesos clavos y sin compasión, le taladraban, a golpe de martillo, los pies y las manos para sujetarlos al duro leño, que le serviría de lecho para morir.

María vería cómo enarbolaban la cruz, cómo esta caía de golpe sobre el hoyo abierto en el suelo y cómo, con el golpe, se estremecerían de do-

lor todos los miembros de su hijo al rasgársele todavía más, por el peso del cuerpo, las llagas de los pies y de las manos.

Y vería también cómo, en vez de compadecerse, los que estaban allí se burlaban todavía de él y le provocaban para que, si era lo que decía —hijo de Dios—, bajase de la cruz. Hasta los mismos compañeros de suplicio se burlaban al principio de Jesús. Uno, incluso, hasta el final, muriendo impenitente.

Y la sed, la terrible sed. Con tanto como había sufrido hasta entonces, de nada se había quejado, pero ahora la sed es tan abrasadora, que no se puede aguantar y exclama: *Tengo sed*. ¡Cómo estaría Jesús!

Y la desolación inmensa en que se encontraba al sentirse abandonado hasta de su mismo Padre, Dios. Y de los Doce, que él con tanto cariño había elegido y a los que tanto había amado; allí no hay más que uno. Los otros once, ¿dónde están?

Jesús se siente conmovido por las lágrimas de su madre, viuda y sola. Y por todos y cada uno de nosotros, huérfanos. Por eso regala al hijo una madre, y a la madre un hijo: *Mujer, ese es tu hijo, esa es tu madre*. Así, la madre de Jesús llega a ser la madre del discípulo y de todos los discípulos.

El último acto de Jesús, antes de morir, es fundar una comunidad en la persona de la Madre y en la del Discípulo. Su comunidad, esto es, la Iglesia, nace de la cruz.

La actitud fundamental que ofrece María, en este dolor, se encuentra expresada, lacónica pero bien claramente, en ese clásico "Stabat" en que

la concretó el Evangelio. Con ese "estar de pie", erguida, sin desfallecer, junto a la cruz, la Virgen, por su presencia y compasión, colabora, de un modo singular, a la obra de la redención, llevada a cabo por su hijo.

Al espirar Jesús, el sol se oscurece, la tierra se estremece, las rocas se resquebrajan, el pueblo se da golpes de pecho y huye despavorido. María estaba allí, (*stabat*), de pie junto a la cruz.

En un mundo en el que muchas veces se pretende hacer feliz al otro, con los más variados y costosos regalos, conviene tener en cuenta que el regalo más precioso, el único que puede, quizá, satisfacer las carencias, necesidades o deficiencias del otro, es el regalo de la propia persona hecha para él presencia y compañía: ¡Estar a su lado!

Esta presencia amorosa y ferviente de María, junto a la cruz de su hijo, ha estimulado la actuación de tantos creyentes que han sabido estar, sin limitaciones de horario, al lado del enfermo y del necesitado, compartir sus preocupaciones y sufrimientos, y empatizar con sus sentimientos.

Esta presencia de María, junto a la cruz de su hijo, ha estimulado también y dado fuerzas, ilusión y sentido, a tantos hombres y mujeres, primero para ir, luego para estar y, finalmente, para quedarse allí cuando todos los demás se van, abandonando el lugar y a sus gentes en la guerra, en la violencia de hombres sin conciencia o de los elementos incontrolables de la naturaleza: epidemias como las del ébola en África, sequías persistentes, hambruna, terremotos, tsunamis, inundaciones, etc.

Estos hombres y mujeres de fe han permanecido allí, como María al pie de la cruz en que moría su Hijo, también de pie, ante la cruz en que padecen y mueren tantos hijos suyos, los Cristos vivientes de nuestros días.

Siguiendo su ejemplo, también nosotros deberíamos estar junto al hermano o la hermana que sufre y dedicarles nuestro tiempo, nuestra compañía y todas las atenciones, remedios y auxilios que nos sea posible. María no pudo hacer nada para aliviar el dolor de su hijo y hacer menos trágica su muerte: solo "estar" allí, de pie, junto a él, amándolo y sufriendo, en silencio, con él hasta su muerte en la cruz.

En la mayoría de los casos, nosotros sí podemos hacer algo, a veces mucho, por el hermano o la hermana que sufren. Y desde luego y siempre, "estar" a su lado amando y sufriendo con ellos.

La Madre piadosa estaba  
junto a la cruz y lloraba  
mientras el Hijo pendía;  
cuya alma, triste y llorosa,  
traspasada y dolorosa,  
fiero cuchillo tenía.

¡Oh cuán triste y cuán aflicta  
se vio la Madre bendita,  
de tantos tormentos llena!  
Cuando triste contemplaba  
y dolorosa miraba  
del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál hombre no llorara,  
si a la Madre contemplara  
de Cristo, en tanto dolor?

---

<sup>4</sup> El *Stabat Mater* es un himno latino compuesto en la Edad Media y muy conocido en Europa a finales del siglo catorce. Aunque ya estaba en varios misales locales en el siglo XV, en 1727 se introdujo también en el misal y el breviario romano para el día de la fiesta de los Dolores de la Bienaventurada Virgen María, celebrada el viernes anterior al Domingo de Ramos. Con los cambios introducidos en la liturgia por Pío XII, quedó en la festividad de los Dolores de Nuestra Señora, del 15 de septiembre.

No se conoce el autor, por lo que se proponen varios. Ordinariamente se le atribuye al músico y poeta italiano JACOPONE DA TODI (+1306), que, después de la muerte repentina de su esposa, abandonó su profesión de abogado y se hizo, primero, terciario y, más tarde, religioso franciscano. Sin embargo, parece más probable que el *Stabat Mater* lo compusiera el Papa Inocencio III (1161-1216), que fue uno de los más grandes Papas de la Edad Media.

¿Y quién no se entristeciera,  
Madre piadosa, si os viera  
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,  
vio a Jesús en tan profundo  
tormento la dulce Madre.  
Vio morir al Hijo amado,  
que rindió desamparado  
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,  
hazme sentir tu dolor,  
para que lllore contigo.  
Y que, por mi Cristo amado,  
mi corazón abrasado  
más viva en él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,  
en mi corazón imprime  
las llagas que tuvo en sí.  
Y de tu Hijo, Señora,  
divide conmigo ahora  
las que padeció por mí.  
Hazme contigo llorar  
y de veras lastimar  
de sus penas mientras vivo;  
porque acompañar deseo  
en la cruz, donde le veo,  
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,  
llore ya con ansias tantas,  
que el llanto dulce me sea;  
porque su pasión y muerte  
tenga en mi alma, de suerte  
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore  
y que en ella viva y more  
de mi fe y amor indicio;  
porque me inflame y encienda,  
y contigo me defienda  
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte  
de Cristo, cuando en tan fuerte  
trance vida y alma estén;  
porque, cuando quede en calma  
el cuerpo, vaya mi alma  
a su eterna gloria. Amén.

## “TENGO SED”

---

Antes de comenzar su vida pública, Jesús se retiró al desierto durante cuarenta días, dedicados a la oración y el ayuno. Al final, como es natural, sintió hambre, mucha hambre, tanta que el demonio aprovechó esta circunstancia para hacerle una propuesta muy tentadora: “Si eres hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan” (Lc 4, 3). Ahora, al terminar la obra de salvación que el Padre le había encomendado, desde la cruz y poco antes de morir, sintió sed, mucha sed, tanta que se vio obligado a exclamar: “Tengo sed”. Lo cuenta así el Evangelio:

*Sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca (Jn 19, 28-29).*

Sed, ¡la terrible sed del enfermo y más todavía del moribundo!

En el hospital de Nettuno, Italia, adonde había sido llevada después de haber sido apuñalada por un joven al negarse a acceder a sus deseos im-

puros, poco antes de morir la niña Marietta (María Goretti), abrasada por la sed, decía, con voz ya casi apagada, a su madre: "Mamá, tengo sed."

Al contestarle esta que los médicos lo habían prohibido terminantemente, la niña repetía del modo más enternecedor: "Pero mamá, ¿es posible que no me podáis dar ni siquiera una gota de agua?"

En el posoperatorio, lo que más atormentaba antes al paciente no era el dolor de las heridas, ni lo molesto de las sondas, lo incómodo de las posturas o el no poder moverse, etc., sino la sed, la terrible sed que le abrasaba la boca, la garganta y sus entrañas.

"Figuraos mi dolor -decía más tarde Assunta, su madre-, al no poder ofrecer a mi hija este último alivio... No encontraba consuelo sino en el recuerdo de Jesús en la cruz, a quien no solamente no le dieron ni una gota de agua, sino que todavía le hicieron sufrir más, amargándole la boca con hiel y vinagre."

Pues piensa también tú ahora en Jesús, en la terrible sed que sentiría en la cruz cuando exclamó: "Tengo sed."

Había perdido tanta sangre a lo largo de toda su pasión (sobre todo en la flagelación y más todavía en la crucifixión), tantas horas sin ingerir alimento ni bebida de ninguna clase, fatiga, sudor, ¿fiebre? ¿Cómo no iba a tener sed y una fiebre abrasadora?

Esto explica el hecho de que, quien no había proferido ni una sola palabra de lamento cuando

los azotes, las espinas, los clavos, al ser alzado en la cruz y desangrarse, ahora se queje precisamente de la sed: "Tengo sed."

Aquí podríamos pensar también en otra sed de Jesús, la sed de almas. Es la sed de la redención del mundo, que Cristo, en cuanto hombre, ha vivido siempre en su carne y en su alma, pero que ahora, en el momento de la Pasión, se hace todavía más acuciante.

Muchas almas, en su aridez y sequedad espiritual, esperan también el don del agua viva, esto es, en el Espíritu Santo. Jesús ha querido sentir también este deseo espiritual del alma humana, deseo que se hace más vehemente, cuando, como aquí, Dios calla y parece ocultarse.

La noche del espíritu, en efecto, es una oscuridad espantosa para el alma del creyente. Para calmar esta sed, en lugar de la presencia divina, es el vinagre amargo y ácido lo que experimenta el alma, la de Jesús y la de las demás que participan en su Pasión.

Pero a la sed espiritual que atenaza el corazón del hombre, hace eco la sed de Dios, que siente también sed, sed de realizar la obra de la redención, esto es, el restablecimiento pleno de su relación con los hombres. Jesús asume esta sed divina. En él, verdadero Dios y verdadero hombre, los dos deseos se encuentran y se corresponden. De este modo, la encarnación adquiere todo su sentido. Dios tiene necesidad de que el hombre le pida de beber, para salvarle. Jesús, el hombre nuevo, el que no ha cometido ningún pecado, siente también esta sed. En Jesús, es el Verbo el

que grita su sed de amor. Quiere ser amado por los hombres y poder, a su vez, amarles también él y sin medida.

Pero no podemos olvidar que la terrible sed de Jesús en la cruz fue, en primer lugar, sed de agua, una sed que resecaría su boca y abrasaría sin duda su garganta. Y pensemos en María, su madre, al no poder hacer nada por él.

Tratemos, pues, de mitigar la sed de Jesús en tantos hermanos nuestros que hoy, tal vez muy cerca de nosotros, se mueren de sed. Pero no solo de sed de agua, sino también de tantas cosas como necesitan para llevar una vida humana y digna, como hijos que son también de Dios.

En cuántos millones de personas, en nuestros días, en nuestro siglo XXI, Jesús sigue muriendo todavía de hambre y de sed, en los miembros de su cuerpo místico, y clamando desde su cruz: "Tengo hambre, tengo sed".

Y cuántas madres siguen todavía, como María al pie de la cruz o como mamá Assunta junto a la cama de su hija, diciendo, entre lágrimas, a los que las acompañan en la muerte del hijo o de la hija: "Figuraos mi dolor al no poder ofrecerle este último alivio...", un poco de agua, un bocado de pan.

## EL ABANDONO DE DIOS

---

Jesús experimenta en la cruz la vivencia, tan humana, de sentirse abandonado. Y no esconde ni recata su angustia, que debió ser pavorosa. El que tú, Jesús, te sientas abandonado por tu Padre, jamás lo podré entender, pero menos aún el que tú, sabiduría infinita, no sepas el por qué de ese abandono y a fuerza de rumiarlo en tu interior, en una búsqueda inútil, te explote en los labios esa queja amorosa y esa pregunta: *¿Por qué me has abandonado?*

"Y a eso de las tres, Jesús gritó..." El reloj de la pasión sigue avanzando. La hora de la muerte se acerca y, ahora, el evangelista nos dice que Jesús "gritó". De las demás palabras, solo que Cristo "dijo"; de esta cuarta, se nos dice que Jesús "gritó". *¿Por qué grita ahora Jesús?*

Jesús había sudado sangre en el huerto de los olivos... sin gritar. Había soportado la flagelación... sin gritar. Había sufrido, sin gritos, el ver sus manos y sus pies traspasados por los clavos. *¿Por qué grita ahora Jesús? ¿Por qué grita, precisamente, en lo más fácil: terminar de morir?*

Inconmensurable, escandaloso el sentimiento de abandono que Jesús debió sufrir en la cruz. En la intensidad de su dolor y en lo espantoso de su soledad y abandono, Jesús invoca por dos veces a Dios como suyo: ¡Dios "mío"! ¡Dios "mío"! y Dios se muestra totalmente ajeno y lejano.

Jesús se dirige a él con la familiaridad del "tú", y Dios parece no tener nada que ver con él; le pregunta terriblemente angustiado, pero no recibe respuesta; le propone cuestiones: ¿por qué...?, y todo queda sin resolver.

El abandono de Jesús en la cruz es un misterio, un misterio que emociona siempre y, al mismo tiempo, llena de consuelo. Porque:

- ¿Quién no ha tenido alguna vez la sensación de estar abandonado de los hombres y... hasta de Dios?
- ¿Y quién no ha visto a muchos otros hombres y mujeres que se sienten igualmente abandonados: maridos sin trabajo, enfermos desahuciados (saben que tienen cáncer terminal, o sida), padres buenos cuyos hijos no corresponden (la hija soltera que queda en estado, el hijo que resultó un calavera, un terrorista, un drogadicto, o...).
- O en la nueva variante de la parábola del hijo pródigo, todavía más triste, porque ahora es el padre el que se va de casa para gastarse todo y a sí mismo en vicios y con queridas, y a los hijos y a la madre "¡nos ha dejado abandonados!" ¿Por qué?

En un estudio de Mc 15, 34, el pasionista norteamericano Paul Zilonka observa que este texto, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*, "toca muy claramente la experiencia humana y, por consiguiente, siempre será de gran interés el conocer qué es lo que Jesús quiso significar al decirlo".

Este texto evangélico, tan humano, se halla confirmado también en la literatura mística cristiana, que saca de él su apoyo bíblico para las experiencias de la noche oscura y del caminar del creyente, a tientas, buscando a Dios.

Admirable a este respecto es el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta, que vivió y practicó su caridad heroica con los más pobres y necesitados en medio de grandes y largas crisis de fe, en medio de una gran oscuridad creyente. Se cuenta de ella que, cuando bromeando, le dicen en cierta ocasión que un día la canonizarían, ella responde convencida: "Pues será por mi amor, porque por mi fe no creo que me canonicen". La noche oscura que vivió esta mujer que, a pesar de todo, se mantuvo luchando hasta el heroísmo, es por la que pasan también en nuestro siglo XXI tantas almas espirituales que sienten en su vida, como Jesús en la cruz, el aparente y terrible abandono de Dios.

Pero echando una mirada al mundo actual, a nosotros mismos, demos sinceramente respuesta a estas preguntas:

- ¿Quién abandona a quién?
- ¿Dios al hombre?
- ¿No será más bien que es el hombre el que abandona a Dios?



— ¿Sabemos, de verdad, lo que es abandonar a Dios?

Pero sí, lo cierto es que a veces nosotros nos encontramos también con el *desencuentro*, nos sentimos solos, abandonados, muy abandonados. Hasta por aquellos a los que hemos querido tanto, a los que hemos hecho tanto bien y por los que nos hemos sacrificado siempre en la vida; hasta por aquellos que han sido más íntimos nuestros o tienen más obligación de acompañarnos y ayudarnos: los padres, los hijos, el esposo, la esposa, el novio, la novia, ¡nuestros mismos superiores religiosos! Los buscamos afanosamente, los necesitamos y no aparecen por ninguna parte. Simplemente no están.

Esto recuerda la gran desilusión de María Magdalena, al ir muy temprano y corriendo al sepulcro, donde el viernes había dejado a Jesús, y no encontrar ya allí... ¡a nadie! El cuerpo de Jesús, al que tanto quería, había desaparecido. No estaba ya allí. "Se han llevado de la tumba al Señor" (Jn 20, 2).

Al escuchar este anuncio, Pedro y Juan salieron también corriendo al sepulcro. De Juan dice el Evangelio que, cuando se decidió a entrar y encontró la tumba vacía, "vio y creyó". Pero, ¿qué es lo que vio para creer? ¡La tumba vacía! Fue el encuentro con la nada, con la ausencia de lo que tan ardientemente buscaba. Y precisamente ese desencuentro —ese no encuentro— fue lo que permitió luego su encuentro con el Resucitado.

Encontrarse una tumba vacía no es una experiencia habitual, sin embargo muy a menudo nos

vemos enfrentados al vacío. El vacío de una persona querida, de un proyecto fracasado, de una ilusión muerta, de una certeza quebrada.

Hoy día es muy frecuente el vacío, el sentirse uno abandonado. Abandonado de todos y de todo, porque nada de lo que te rodea logra llenar el vacío existencial de tu vida. Y abandonado también de Dios, aunque el abandono de Dios sea sólo aparente, porque en realidad Dios nunca abandona o deja solos a sus hijos. Como en el caso de Jesús en el sepulcro, tampoco se lo lleva nadie, aunque sea de noche. Somos nosotros los que tantas veces le abandonamos, apartándonos de él por el pecado. El mismo Dios nos lo asegura con rotundidad: *¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré jamás*" (Is 49, 15).

Dios es el Padre bueno del cielo y nos quiere tanto, hasta tal punto se preocupa de nosotros que, como dice el mismo Jesús, *"hasta los cabellos de vuestra cabeza los tiene contados"* (Mt 10, 30).

## EL MISTERIOSO Y GRAN SILENCIO DE DIOS

¡El silencio de Dios, el misterioso y gran silencio de Dios!

En su Carta Apostólica, *Porta Fidei* (La puerta de la fe), del 11 de octubre de 2011, el papa Benedicto XVI escribe: "¡Cuántos santos han experimentado la soledad! ¡Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora! Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo, son preludio de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe".

Hay épocas de la historia, en las que Dios parece abandonar no sólo a los individuos, sino también a un instituto religioso, en particular, o incluso a la misma Iglesia. Tal vez, sea éste el momento por el que estemos pasando actualmente, en este siglo XXI de la historia.

Hay días en la vida, en los que el dolor, el abandono que se siente es tan intenso, que la queja y el lamento son la única posibilidad que nos queda de continuar en contacto con Dios.

En esos días, en tan terribles circunstancias, no dejes de gritar, también tú, una y mil veces a Dios: *¿Por qué me has abandonado?* Tal vez sea este el último recurso que te queda para no romper totalmente con él.

Pero el misterio continuará. En muchísimos casos, seguirá el gran silencio de Dios. Y la oscuridad. Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), que murió en un campo de concentración nazi, escribe: "Cuanto más oscuridad, más debemos abrir el corazón a la luz que viene de lo alto".

En este mundo próspero y capitalista, en el que tantos políticos, empresarios y banqueros, hasta algunos sindicatos obreros, etc., en vez de ser una solución y un remedio, se han convertido en un problema y un agravante de la triste situación de nuestra sociedad, tantos y tantas veces nos preguntamos: *¿Por qué...?*

Un misterio muy difícil de entender, pero también una triste y desconcertante realidad. Y luego, el gran silencio de Dios.

- Nos preguntamos: *¿Por qué?*, y no encontramos respuesta.
- Le preguntamos: *¿Por qué?*, y su respuesta es el silencio.
- Preguntamos a nuestra fe cristiana, y también aquí nos encontramos con el misterioso gran silencio de Dios.

Por eso, hoy día, son tantos los que, desconcertados, continúan todavía preguntándose a sí mismos y preguntando a todo el mundo: *¿Por qué...?*

- ¿Sí, por qué soy yo así?,
- ¿por qué nací así?,
- ¿por qué en esta familia, de estos padres, en este medio social y no en otro?,
- ¿por qué esta herencia genética en mi sangre, esta sensibilidad, esta manera de ser, estas inclinaciones?,
- ¿por qué me ha ido tan mal en la vida?,
- ¿por qué me tuve que casar con esta mujer que no me hace feliz?,
- ¿por qué me entregué para siempre a este hombre que no amo?,
- ¿por qué todo me sale mal y al otro, que es un sinvergüenza, todo le sale a pedir de boca?,
- ¿por qué me fié de quien luego me traicionó?
- Y ¿por qué el dolor, el sufrimiento, la guerra, las injusticias, el accidente mortal, el paro... la muerte?
- ¿Nadie contesta?

"Es verdad -dice el profeta Isaías-, tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador" (Is 45, 15). Escondido, sí, y muchas veces; pero siempre "el Salvador".

Cuando la terrible tragedia del avión de la compañía *Germanwings*, en los Alpes franceses, que, en la mañana del 24 de marzo de 2015, costó la vida a 150 personas de distintas nacionalidades, algunos de ellos jóvenes estudiantes, muchos se preguntaban consternados: *¿Por qué?*

En un principio nadie conocía la respuesta adecuada, todo eran suposiciones. Poco a poco, los medios de comunicación fueron informando de las investigaciones que se estaban llevando a cabo, hasta que se supo con toda certeza la causa, esto es, el *por qué*.

Porque el copiloto, víctima de una enfermedad depresiva, decidió acelerar la velocidad del aparato y estrellarlo contra esas altas y escarpadas montañas nevadas para acabar así, tan trágicamente, con su vida y la de todas las otras personas que iban en el aparato. Esto explica *por qué sucedió* y quién tuvo la culpa de tan terrible tragedia.

Pero la cuestión quedó, está todavía hoy y lo estará siempre en el aire: *¿Por qué lo permitió Dios?*

¡Misterio!

¡Es el grande y misterioso silencio de Dios!

## NUESTRO DIOS ES UN... "DIOS DE LOS SILENCIOS"

---

Diálogo del Papa Francisco con jóvenes y familias en Nápoles (21-3-2015).

(*Ecclesia*, 11 y 18 de abril de 2015, pp. 34-35).

### Pregunta de Bianca, una joven:

¡En nombre de todos los jóvenes le doy la bienvenida a Nápoles, Santidad! Santidad: Usted nos enseña que el apóstol debe esforzarse por ser una persona amable, serena, entusiasta y alegre, que transmita alegría dondequiera que esté, ¡y esto tiene tanto valor para nosotros! Sin embargo, es igualmente grande el hambre de sueños y de esperanzas que hay en nuestro corazón, por lo que a menudo resulta difícil conjugar los valores cristianos que llevamos dentro con los horrores, las dificultades y las corrupciones que nos rodean en la vida diaria. Padre Santo: En medio de tales "silencios de Dios", ¿cómo plantar brotes de alegría y semillas de esperanza para que dé fruto la tierra de la autenticidad, de la verdad, de la justicia, del amor verdadero, el que supera todo límite humano?

### Papa Francisco:

Perdonadme si permanezco sentado, pero estoy realmente cansado, porque los napolitanos me lleváis de un sitio para otro... Dios, nuestro Dios, es un *Dios de las palabras*, es un *Dios de los gestos*, es un *Dios de los silencios*. El *Dios de las palabras*, lo conocemos porque en la Biblia están las palabras de Dios: Dios nos habla, nos busca. El *Dios de los gestos* es el Dios que va. Pensemos en la parábola del Buen Pastor que va a buscar nos, que nos llama por nuestro nombre, que nos conoce mejor que nosotros mismos, que siempre nos espera, que siempre nos perdona, que siempre nos comprende con gestos de ternura.

Y después, el *Dios del silencio*. Pensad en los grandes silencios de la Biblia: por ejemplo el silencio del corazón de Abrahán, cuando iba con su hijo para ofrecerlo en sacrificio. Dos días subiendo el monte, pero él no se atrevía a decirle nada a su hijo, aunque este, que no era tonto, entendía. Y Dios callaba. Pero el mayor silencio de Dios fue la cruz: Jesús percibió el silencio del Padre, hasta definirlo "abandono": "Padre, ¿por qué me has abandonado?". Y después, sucedió ese milagro de Dios, esa palabra, ese gesto grandioso que fue la Resurrección.

Nuestro Dios es también el *Dios de los silencios*, y hay silencios de Dios que no te puedes explicar, si no miras al Crucificado. Por ejemplo, ¿por qué sufren los niños? ¿Cómo me explicas tú esto? ¿Dónde encuentras una palabra de Dios que explique por qué sufren los niños? Ese es uno de los grandes silencios de Dios. Y el silencio de Dios

no digo que pueda "entenderse", pero podemos acercarnos a los silencios de Dios mirando a Cristo crucificado, a Cristo que muere, a Cristo abandonado desde el Huerto de los Olivos hasta la cruz. *Esos son los silencios.*

- "Pero Dios nos ha creado para ser felices".
- "Sí, es verdad. Pero él, muchas veces, calla". Y esta es la verdad. Yo no puedo engañarte diciendo: "No, tú ten fe y todo te irá bien: serás feliz, serás muy afortunada, tendrás dinero...". No; nuestro Dios permanece también en silencio. Recuérdalo: es el *Dios de las palabras*, el *Dios de los gestos* y el *Dios de los silencios*; estas tres cosas debes unir las en tu vida.

Esto es lo que se me ocurre decirte. Perdóname. No tengo otra "receta".

## EL GRITO DE LOS MARGINADOS

---

Al morir, Jesús, excluido de la sociedad y ejecutado fuera de los muros de Jerusalén, lanzó un grito que rasgó las nubes, subió hasta el Padre y fue escuchado por Dios. Tuvo que ser desgarrador. Por eso, aunque con distintas palabras, los tres evangelios sinópticos nos vienen a recordar este hecho. También la *Carta a los Hebreos*. La descripción que hace Marcos es verdaderamente impresionante: "Y Jesús lanzó un fuerte grito (el original griego es *ponen megalen*) y expiró" (Mc 15, 37). Como dice un escritorista, "ningún texto del Nuevo testamento expresa con tanta viveza como éste la realidad de la humanidad de Jesús o el modo como murió".

La escena de la muerte de Jesús, sobre todo en el Evangelio de Marcos, define lo que puede ser también la muerte del cristiano. Morir en la fidelidad y en la fe no significa, necesariamente, tener una muerte llena de paz y de consuelos, por parte de Dios y de los hombres. Las dos cosas le faltaron a Jesús y las dos pueden, igualmente, faltar al creyente. Lo que no le faltará nunca es la cercanía de

Dios, tanto más cercano cuanto más lejos le sienta, y más desolado y anegado se vea uno en el dolor.

En la vida espiritual, es fundamental tener siempre ante nuestros ojos a Jesús para ver qué hace, e imitarle. Aquí, ver cómo Jesús fue el gran excluido del pueblo, el pobre, el marginado, el que fue condenado injustamente y a muerte de cruz. Y que, "en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a aquel que podía salvarlo de la muerte..." (Heb 5, 7).

Él y el Padre escuchan los gritos de cuantos sufren en la tierra: los huérfanos, las viudas, los jornaleros no retribuidos o mal pagados, los explotados, los discriminados, los perseguidos, los refugiados, los que tienen que vivir en campamentos, los emigrantes, etc. Su grito rasga las nubes, sube a los cielos y conmueve el corazón de Dios.

Al lanzar desde la cruz su grito desgarrador, Jesús estaba derramando por nosotros toda su sangre. No, toda todavía no, las últimas gotas las reservó para cuando, ya muerto, el soldado abrió, con la lanza, su costado. ¿Qué significa todo esto?

La sangre, a nosotros, nos evoca el dolor; para los antiguos significaba la vida. Los gritos y la sangre de las víctimas de nuestro siglo XXI y del anterior, servirán, sin duda para insuflar nueva vida en la Iglesia, y en la sociedad actual y del futuro.

En la teología y en la espiritualidad cristiana hay, hoy día, muchos elementos que hablan de la necesidad de complementar, enriquecer o restaurar algunos símbolos del cristianismo, por ejemplo, destacando más la interpretación de la cruz

como el árbol de la vida, de acuerdo con la antigua tradición medieval.

El grito de Jesús y su sangre, derramada con tanta abundancia y dolor, continúan todavía hoy, y a mayor escala que nunca en la historia, en tantos hermanos nuestros. Y llega hasta el corazón de Dios, como el grito de su Hijo al sufrir y morir en la cruz.

Ante esta realidad, podríamos preguntarnos de nuevo: ¿Por qué tomó Dios sobre sí este sufrimiento, que llevó a Jesús a lanzar desde la cruz este fuerte grito? La razón primera y principal podría ser, para estar presente y junto a nosotros en nuestro sufrimiento y desamparo, en nuestros gritos de protesta y, a veces, de agotamiento y hasta de desesperación.

Cristo es, al mismo tiempo, el hermano de las víctimas y el redentor de los culpables. "Carga", por un lado, con "todos los sufrimientos del hombre" y, por otro, con "todos los pecados de la humanidad".

Y sigue lanzando su grito, su sangre continúa clamando al cielo; Dios sufriente está siempre a nuestro lado, a lo largo de todos los siglos. Desde la cruz de su Hijo, inocente y santo, y desde la cruz (las cruces innumerables) de sus hijos los hombres de todos los tiempos, tantas veces malos y pecadores, pero siempre muy amados por aquel marginado que murió en la cruz, gritando en lo alto de un monte, a las afueras de Jerusalén, Dios, el Padre bueno, sigue buscando al hijo perdido para volverle a la casa paterna, de la que nunca debería haberse alejado.

Así es nuestro Padre, así Jesús, así la redención: todo obra de infinito amor por parte de Dios, que "recuerda y no olvida los gritos de los humildes" (Sal 9, 15).

En el libro *Conversaciones con J. I. González Faus*, a una de las preguntas, este teólogo responde: "Déjame decir que también hay otra frase en mis escritos que algún no creyente, curiosamente, me ha recordado, y es 'yo no sé si creería en Dios si Jesús no hubiese muerto gritando: Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'"

Pues como nos pide el Papa Francisco en la Bula "El rostro de la misericordia" (n. 15), para este Año Jubilar, "Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen sus manos, y acerquemoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro, y juntos, podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo".

Y para terminar esta meditación, nada mejor que hacerlo con la oración de un afligido que, en su congoja, desahoga su pena ante el Señor. "Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti; no me escondas tu rostro el día de la desgracia. Inclina tu oído hacia mí; cuando te invoco, escúchame enseguida" (Sal 102, 1-3).

## PAPÁ, ¿POR QUÉ LE MATAN?

---

Málaga. Miércoles Santo. Procesión de la tarde, ya entrada la noche. En el "paso" están levantando a Jesús en la cruz. Tres esbirros: uno, sosteniéndola por detrás: dos más, cada uno tirando de una soga atada a los brazos de la cruz para sujetarla, elevarla y hacer que caiga en el hoyo que le han preparado.

A mi lado, una familia. Un niño en brazos de su padre, impresionado por el "paso", le pregunta: "Papá, ¿por qué le matan?"

El padre no sabe qué responder y calla.

Al ver su embarazo, yo me imaginé que el niño me hacía a mí esa misma pregunta. Y traté de darle respuesta en mi interior. Pero también yo lo encontré difícil.

Después algunos años, todavía hoy sigo haciéndome a mí mismo esa pregunta: ¿Por qué matan a Jesús? Sí, al Jesús de aquel primer Viernes Santo de la historia, y al Jesús de hoy, de más de dos mil años más tarde. "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues" (Hch 9, 4). ¡Y perseguía a los cristianos!

En nuestros días, hay también muchos justos perseguidos y crucificados de mil maneras. Las más de las veces, por la malicia y el pecado de los hombres: la injusticia, la discriminación, el egoísmo, el odio, la ambición de poder, de placer o de dinero, etc.

Y en número más elevado que nunca en la historia. Pensemos en los discriminados por sus creencias religiosas, o por ser minorías étnicas en el país en que viven. Pensemos en los cristianos que son perseguidos simplemente por serlo, se les hace la vida imposible y tienen que enfrentarse a renunciar a sus creencias, a abandonar su tierra con todo lo más querido, o a una muerte segura y violenta.

Si aquel niño malagueño tuviera noticias de estas persecuciones y de estas muertes, seguramente preguntaría hoy también a su padre: "Papá, ¿por qué los matan?" Sí, ¿por qué se les hace sufrir tanto o incluso la muerte? "*Lo que hicisteis a uno de mis hermanos, a mí me lo hicisteis*" (Mt 25, 40).

Pero volvamos nuevamente a algunas de estas tristes realidades de nuestro siglo XXI.

Si una niña, que llora desconsolada cuando le descuartizan y rompen una muñeca de peluche, viera a esos niños de verdad rotos, descuartizados y asesinados tan cruelmente en el vientre de su misma madre, sin dejarles siquiera nacer, seguro que esa niña preguntaría también a su papá, inconsolable y entre lagrimas: Papá, ¿por qué los matan?

Y si un niño hubiera visto en aquella macabra procesión, a lo largo de la playa de Libia, a tan-

tas personas atadas, y escoltadas, como por fantasmas, por hombres encapuchados, y que, allí mismo, les cortaron la cabeza y los mataron sin piedad, ese niño habría preguntado también a su padre: Papá, ¿por qué les cortan la cabeza, por qué los matan?

En el primer caso, tampoco yo sé la respuesta; en el segundo, sí: ¡Por ser cristianos!

Esta es la terrible y al mismo tiempo gloriosa respuesta de tantos mártires ("testigos", esto significa la palabra "mártir") cristianos, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, más que nunca, aunque parezca increíble, en el siglo anterior, pero también en nuestro siglo XXI.

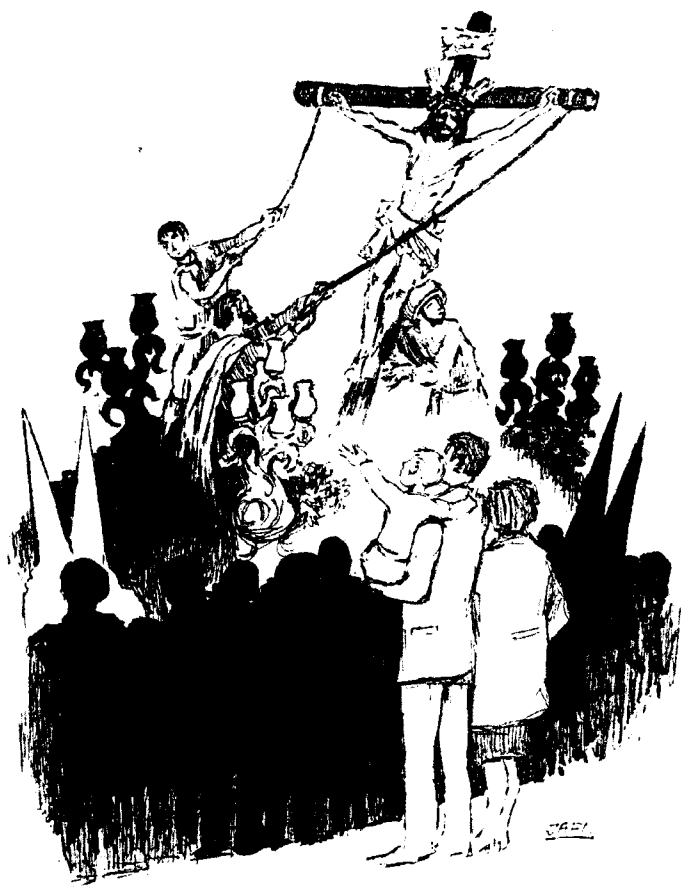
¿Qué dirán las generaciones futuras de nuestra actual *¿¿¿civilización???* al recordar todos estos acontecimientos?

Porque, aun en estos momentos, aparentemente los más humillantes para Dios y en los cuales aparece como totalmente derrotado y muerto, sin embargo, él no dejó nunca el cetro y el dominio del Universo y de toda la Creación.

- ¿Quién si no él apagó el brillo y la luz del sol ese mediodía?
- ¿Quién si no él rasgó de arriba abajo el velo del templo?
- ¿Por qué, al contar cómo murió Jesús en la cruz, el Evangelio de Lucas (23, 44-45), dice: "Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús,



clamando con voz potente, dijo: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*. Y dicho esto, expiró”.



**Al verlo, el niño le preguntó a su padre, entre lágrimas:  
*Papá, ¿por qué le matan?***

## LA TÚNICA DE JESÚS

En su narración de la crucifixión, Juan describe en su Evangelio la escena del reparto de las ropas de Jesús, de una manera más detallada que los sinópticos. Se ve que la túnica sin costura le interesaba de manera especial. La cuestión de echarla a suerte pone de relieve su preservación y el simbolismo que expresa. Lo cuenta así en su Evangelio:

*Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una única sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echémosla a suerte a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados (Jn 19, 23-24).*

Las cuatro partes de las vestiduras de Jesús son el signo de la universalidad de la Iglesia, como los cuatro puntos cardinales simbolizan la totalidad del espacio. Algo parecido sucede con el título mandado poner por Pilato sobre la cruz, en tres idiomas, hebreo, griego y latín, para que

podieran leerlo gentes del todo el mundo, entonces en Jerusalén para la celebración de la Pascua.

En cuanto a la túnica, ella es símbolo de la unidad de la Iglesia. San Agustín resume maravillosamente estas dos dimensiones de la Iglesia: su universalidad y su unidad. "Alguno me preguntará, tal vez, qué significa el reparto de las ropas de Jesús en cuatro partes y por qué la túnica se echa a suerte.

La división en cuatro partes es figura de la Iglesia, que se encuentra diseminada por los cuatro puntos cardinales del mundo, es participada igualmente por todas y está repartida equitativamente entre todas [...]. La túnica echada a suerte, en cambio, representa el conjunto de todas sus partes, unidas unas con otras por los vínculos de la caridad [...]. Si la caridad tiene una voz más excelente, si supera al silencio, si se la pone por encima de todo, no es de maravillar que la túnica, que era su figura, fuera también de una sola pieza de arriba abajo".<sup>5</sup>

Ya al inicio del siglo III, san Cipriano de Cartago había interpretado la túnica sin costura en este sentido eclesiológico. Para san Agustín la esencia de la unidad de la Iglesia es la caridad, pero aplicada a la narración de la Pasión donde aparece la túnica, bien seguro que el tema de la verdad es el que expresa adecuadamente la esencia de la unidad de la Iglesia. Así, el principio de la unidad de la Iglesia nace sobre el Calvario; la lanzada del soldado que traspasa el corazón de Jesús, lo confirmará pronto.

<sup>5</sup> SAINT AGUSTIN, *Trinité sur saint Jean*, CXVIII-4.

El contenido simbólico del reparto de las ropas de Jesús está confirmado en Juan con la cita bíblica del Sal 22, 19: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Es la primera cita bíblica en toda la narración de la Pasión. Destaca la simetría tan exacta entre los dos textos: el plural, *las ropas*, repartidas en cuatro partes según Juan, y el singular, *mi túnica*, sin costura.

#### LA ROPA DE JESÚS EN NUESTRO SIGLO XXI

También sigue hoy repartida por todo el mundo la ropa de Jesús. Y la túnica, que es la Iglesia, se mantiene en sus dos grandes dimensiones: su universalidad y su unidad.

No deja de llamar la atención el hecho de que, siendo tan universal, estando por todas partes en el mundo, por todas las naciones y continentes, hablando todas las lenguas y embellecida con todos los colores y culturas, la Iglesia siga siendo una y la misma en el amor y en la verdad.

Pero la Iglesia católica, esto es la túnica inconsútil, no es la única ropa de Jesús; hay algunas otras iglesias que a sí mismas se consideran también y son en realidad cristianas, porque sus miembros están bautizados, creen en Cristo y le siguen, aunque de modos diversos en entender y vivir su doctrina y la práctica del gran mandamiento del amor.

Aunque esta es una realidad que se ha venido dando a lo largo de todos los siglos del cristianismo, hoy se hace más acuciante y penosa, ya

que dificulta grandemente la aceptación del Evangelio por parte de otros hombres a los que se les presenta un Cristo dividido y diferente, por lo que muchos sinceramente se preguntan: ¿Cuál de todos estos Cristos es el verdadero?

Sin embargo, no deja de llamar la atención el hecho de que las confesiones cristianas, en lo que todas están de acuerdo es, precisamente, en la Cruz y en la Resurrección de Cristo. Según el teólogo protestante alemán Jürgen Moltmann, la Cruz de Jesús en el Calvario debería ser el punto de partida de todo ecumenismo. No la Cena del Señor, en la que se encuentran tantas diferencias entre las iglesias.<sup>6</sup>

El punto de partida de todo ecumenismo es la Cruz de Cristo; el ideal y la meta a los que hay que llegar en la carrera, será la Mesa del Señor.

¿Cuándo nos sentaremos todos los cristianos a la misma Mesa, a participar en la misma Cena del Señor?

<sup>6</sup> Cf. MARTIN BIALAS, *La pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, Sígueme, Salamanca 1982, pp. 12 y 13.

## MARÍA RECIBE EN SUS BRAZOS A SU HIJO MUERTO

---

---

Subamos con la imaginación al Calvario y veamos lo que hacen con Jesús, ya muerto en la cruz. Lo narra así el Evangelio:

*José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque lo mantenía en secreto por miedo a los judíos, solicitó de Pilato el permiso para hacerse cargo del cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Entonces él fue y tomó el cuerpo de Jesús (Jn 19, 38).*

La tarea de desclavar a Jesús era difícil y delicada. Tenía que hacerse con cuidado y muy despacio, si se quería tratar debidamente al cadáver.

Comenzaron por quitarle los clavos de los pies y, tras hacerlo, las dos piernas cayeron de golpe y oscilaron un momento en el aire. Vino luego la tarea de desencajar el travesaño horizontal con Jesús aún clavado. Lo sacaron de la muesca y, cuidadosamente, bajaron el cuerpo y el travesaño. Ya en el suelo, sacaron los clavos de las manos. Probablemente hubo alguna dificultad en adosar los brazos al cuerpo; los músculos estaban endurecidos después de tres horas en posición horizontal.

Juan trataría de mantener alejada a María, pero, cuando el cuerpo estuvo ya en tierra, no pudo impedir que ella corriera hacia su Hijo. Nicodemo y José de Arimatea se lo entregaron y lo colocaron sobre sus rodillas.

En una carta de Santa Gema, del 22 de septiembre de 1900, a su director espiritual el pasionista padre Germán, le escribía: "...quiero decirle una cosa: Mi Mamá [la Virgen Dolorosa] se ha fijado tan bien en mi mente, que me parece tenerla presente cuando, bajado Jesús de la cruz, abrió los brazos para recibirlo. Me parece verla llorar. ¡Pobre Mamá! Y me parece también que me mira y me dice: *Tú has sido quien ha reducido a Jesús a este estado.*"

María comenzaría a...

Sí, después de contemplarle detenidamente, y con mucho dolor y cariño, María comenzaría a limpiar el rostro de Jesús, tan desfigurado. Luego, a desenredar y rizar los cabellos emplastados con sangre, y a cerrar los ojos que tantas veces la habían mirado con el mayor afecto y ternura.

Al limpiar la sangre, al quitarle las espinas, al besar sus llagas, María querría compensar el cariño que no había podido manifestarle y los cuidados que no había podido ofrecerle mientras le crucificaban ni en todo el tiempo que su hijo estuvo en la cruz.

¡Con qué devoción y afecto le cogería y le besaría las manos! Esas manos que tantas veces la habían acariciado a ella, a los niños y a los en-

fermos; manos que tantas veces había puesto Jesús sobre la cabeza de los pecadores y pecadoras para perdonarlos.

En el Calvario todos lloran: José de Arimatea, Nicodemo, el apóstol Juan, las santas mujeres. Lloran por ver así a Jesús, pero, ahora, lloran sobre todo por ver así a su pobre madre, sumida en tan profundo dolor. Jesús ya no sufre, está muerto. Ella sí.

Al contemplar las llagas de la flagelación en el cuerpo de Jesús, María vivió en su corazón de madre toda la crueldad de ese terrible suplicio. Ella sabía lo que era y lo que suponía la flagelación.

María vio también, con gran dolor de su corazón, las heridas que, en la cabeza de su hijo, habían dejado las espinas. Con qué cariño, delicadeza y ternura las iba sacando, una a una, de entre los cabellos ensangrentados de Jesús.

María vivió así, espiritualmente, todos los tormentos que Jesús había sufrido a lo largo de su pasión, no sólo en el Calvario.

Ante tanto dolor, ningún evangelista, ni siquiera Juan que lo presenció, se ha atrevido a decir nada de esto. Pero, ¿por qué y cómo nos lo habrían de decir? ¿Hay algo más normal que dejar a una madre que reciba y llore a su hijo muerto?

En nuestros días, deberíamos volver más nuestra mirada a María y, en ella, ver a tantas otras madres que lloran, desconsoladas, a sus hijos muertos: al hijo muy joven y muerto en accidente de moto, o de coche, o en un atentado, o por el sida,

o la droga, o porque no le llegó a tiempo un órgano vital para trasplantárselo. Y mirar también más a Jesús en el regazo de su madre, bajado de la cruz ya muerto, pero que ahora vive para siempre y te dice para consolarte y animarte:

No tengas miedo porque,  
al cruzar el abismo tan profundo  
y oscuro de la muerte,  
tú no estarás solo;  
estaré yo contigo,  
estará también María, madre mía y... tuya.

Cuando te llame Dios y te presentes ante él,  
allí estaré yo esperándote, para acompañarte,  
para defenderte y ser tu intercesor.

No tengas miedo.  
Yo soy el precio de tus pecados;  
todos están bien pagados con mi sangre,  
con mis llagas, con mi muerte.

También estará allí mi madre y madre tuya, María.  
Ella intercederá igualmente por ti.  
¿No le has pedido infinidad de veces:  
*Ruega por nosotros, pecadores, ahora  
y en la hora de nuestra muerte?*

\*\*\*\*

Después de mi muerte tampoco yo estuve solo.  
Estaba en brazos de mi madre.

## MARÍA EN EL ENTIERRO DE JESÚS

En el Evangelio de Lucas (7, 11-17) se habla detenidamente del entierro del hijo único de la viuda de Naín, de la mucha gente que le acompañaba, de la presencia de Jesús y del gozoso desenlace de todo ese cortejo fúnebre. ¡Qué feliz se sentiría con ese final aquella madre!

Las circunstancias del entierro de Jesús, aquella tarde del Viernes Santo, serían muy diferentes, sobre todo para María, la madre, también viuda.

Juan trata de mantenerla alejada, pero cuando el cuerpo de Jesús, muerto, se baja de la cruz y está ya en tierra, no puede impedir que María corra hasta su hijo. Las mujeres lloran.

Sentada en una roca del terreno y con el hijo muerto sobre sus rodillas, María le contempla con el mayor dolor y cariño y, luego, eleva sus ojos al cielo mientras José de Arimatea y Nicodemo lavan con esponjas ese cuerpo tan ensangrentado... ¡No parecía el mismo!

María baja y presiona suavemente los párpados de Jesús para cerrar sus ojos y, en ese mo-

mento, tiene la sensación de que el mundo se oscurece lentamente.

Luego, los tres varones cargan con el cuerpo y caminan, seguidos de las mujeres, los pocos metros que les separan del sepulcro.

Así es el entierro de Jesús: con poca gente, sin más comitiva, sin carrozas, sin sacerdotes que rezan, sin flores ni coronas. ¿Cómo estaría, qué sentiría entonces su bendita madre, María?

Ella ve que, para mortaja, le envuelven en una sábana que le dan de limosna; que para tumba, le colocan en un sepulcro, que tampoco es suyo ni de su familia; que por no tener, no tienen ni tiempo. Hay que enterrarle a toda prisa, porque se acerca el sábado y se va a hacer ya de noche. El sol comienza a caer y a ocultarse en el lejano horizonte, avergonzado y como si no quisiera ver lo que los hombres habíamos hecho a nuestro Salvador, a nuestro Dios.

María da su último beso a Jesús. Tantas veces le había besado en la vida, ¡pero ahora...!

Y sale llorando del sepulcro, contempla cómo se corre la piedra que cierra la entrada y... Como diría el Papa Francisco, "la única lámpara encendida en el sepulcro de Jesús es la esperanza de la madre, que en ese momento es la esperanza de toda la humanidad."<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> PAPA FRANCISCO, *Los que saben esperar*, a las monjas camaldulenses, 23 nov. 2013.

Todos bajan del Calvario en el más profundo y misterioso silencio. Cuando llegan a la ciudad, es ya casi de noche.

¿Cómo pasaría aquella noche María? ¿Cómo pasa una madre la primera noche después del entierro de su hijo?

Aunque con la esperanza segura de la resurrección, ¡que larga, triste y penosa sería aquella noche para la Virgen! ¡Qué pesadillas, qué sobresaltos, qué recuerdos para la madre de Jesús, ahora madre también de toda la humanidad!

Así fue el entierro de Jesús y así quedó aquella Madre, la más Dolorida de todos los tiempos.

## EL ROSTRO DE JESÚS EN SU PASIÓN

---

"El rostro del hombre —dice san Ambrosio en su Comentario a los salmos— es como una luz para quien lo mira. Por él alcanzamos a conocer a los desconocidos o reconocer a una persona que conocemos. Al mostrar el rostro nos identificamos". Por eso, para conocer a una persona, y especialmente su estado anímico del momento, nada mejor que fijarnos en su rostro.

En nuestra literatura y en el lenguaje ordinario de la gente, tenemos muchas expresiones sobre esto, tales como: ¡Qué cara tiene!, tiene la cara que parece un Santo Cristo, mira qué carita pone el niño, ¡qué pucheritos hace!, no se le cae la cara de vergüenza, qué buena (o mala) cara tiene, ¡si tendrá cara!, mira qué cara pone, qué cara tan triste (o alegre) tiene, tiene cara de Pascua..., tiene cara de viejo (o de pena)... O "cara de vinagre", expresión tantas veces usada coloquialmente por nuestro Papa actual, Francisco Bergoglio.

Lo que externamente diferencia a una persona de otra es, sobre todo, el rostro. Bueno, también las manos. Por eso, en el pasaporte y en el carné de identidad, la policía pone siempre una fotografía del rostro de la persona y las huellas dactilares.

Las huellas dactilares de Jesús en su Pasión, seguro que estarían ya muy desgastadas y deterioradas por el trabajo de la carpintería; ¿pero el rostro?, ¿cómo estaría el rostro de Jesús al comenzar su pasión?

Siempre me ha llamado la atención una frase de san Juan en su Evangelio, hablando de aquella fuerte disputa que tuvo con los judíos. Son las palabras que estos dirigen contra Jesús, para probar que es un iluso: "No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?" (Jn 8, 57).

¿Estaría en realidad tan envejecido Jesús que, teniendo solo poco más de treinta años, su rostro parecía como si tuviera ya cincuenta?

¿Cómo se compagina esto con lo que dijo también de él el profeta Jeremías: "Yo, como manso cordero, era llevado al matadero; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: *Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre*"? (Jr 11, 19).

En aquella época de la historia, con una media de vida tan baja, cincuenta años no eran ciertamente de lozanía. La causa, la encontramos igualmente en los profetas. Del Siervo de Jahvé, dice también Isaías: "Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante los ultrajes y salivazos" (Is 50, 6), algo que se hizo realidad muchas veces a lo largo de la pasión del Señor.

Como dice un gran teólogo español, "aunque el Espíritu de Dios actúe fuera del cristianismo y

dentro de otras religiones, Dios no tiene otro rostro que el de Jesús”.

Pues ahora que hemos dejado a Jesús en el sepulcro y para conocerle todavía mejor, vamos a fijarnos más detenidamente en su bendito rostro, en algunos momentos más destacados de su pasión. Para ello, comencemos dirigiéndonos a él con esta humilde oración: “No me escondas, Señor, tu rostro”. O mejor: “Muéstrame, Señor, tu rostro para que en él pueda ver reflejado tu dolor y, sobre todo, tu amor y tu misericordia”.

Esto es lo más importante y en lo que más hemos de fijarnos al recordar la pasión y la muerte de Jesús en la cruz. No en su sufrimiento físico o moral con ser tanto (aunque también) sino, sobre todo, en su gran misericordia y en el amor inmenso con que lo hizo y padeció todo por nosotros.

### 1.- EL ROSTRO DE JESÚS EN LA ORACIÓN DEL HUERTO

Los tres evangelios sinópticos describen detalladamente la escena de la oración del huerto. “Me muero de tristeza”, dijo Jesús a sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, con los que se había internado más, bajo los olivos y envueltos en la oscuridad de la noche. A la tenue luz de la luna, ellos apreciarían, sin duda, en su rostro alguna señal de esa tristeza, pero no fueron capaces de llegar al fondo, de medir su profundidad inmensa. Por eso le dejaron solo y, a pesar de la recomendación del Maestro, se durmieron mientras él hacía oración al Padre. (Cf. Lc 22, 39-46; Mt 26, 36-46; Mc 14, 32-42).

¡Qué tristeza en la mirada de Jesús!

Aunque es noche de luna llena, su alma se ve sumida en la más profunda oscuridad. Se refleja en sus ojos apagados y humedecidos por las lágrimas. Si lloró ante el cadáver de su amigo Lázaro y ante la incredulidad de Jerusalén, la ciudad santa, ¿cómo no va a llorar ahora ante tantos muertos por el pecado y ante tanta dureza e incredulidad como le presenta su imaginación?

¡Y ante lo que le espera, su pasión y su muerte, que él conoce muy bien, con todo detalle y como ya inminente!

¡Qué tristeza en su rostro! Por sus mejillas, por su barba, corre un sudor de gotas de sangre tan copioso que “chorrea hasta el suelo”.

Su rostro, y sobre todo sus ojos, reflejan una tristeza inmensa por el abandono en que le han dejado hasta sus tres más íntimos, de los cuales él tenía derecho a esperar más fidelidad y compañía.

Y luego, el haber amado tanto, el haber hecho tanto por los hombres y ver ahora su ingratitud hasta hacerle sufrir, condenarle a muerte y ejecutarle en una cruz. Y todo tan inminente, que comenzaría ya aquella misma noche y terminaría hacia media tarde del día siguiente.

Pero lo más terrible para Jesús, y que se refleja en su bendito rostro, es la sensación de soledad y abandono hasta de su mismo Padre, que al final le manda un ángel del cielo para consolarle. ¿Pero hasta entonces?



Ya que todos sus discípulos le dejan solo, en medio de la oscuridad de la noche, en tanta soledad y tristeza, acércate tú a él, con el alma y el corazón, póstrate a su lado y acompaña a Jesús en su oración del huerto. Mira sus ojos, contempla su rostro surcado no solo por las lágrimas más amargas, sino hasta por goterones de sangre. De las espinas y del copioso sudor de su terrible agonía.

Tristeza tan profunda y dolorosa, ¿cómo no se iba a reflejar también en su sagrado rostro?

No dejes nunca de mirar el rostro de Jesús, en su oración del huerto. Es como un espejo en el que verás cuánto te ha querido y cuánto te quiere, a ti, hoy, Dios.

## 2.- EL ROSTRO DE JESÚS AL ENCONTRARSE

### CON JUDAS EN EL HUERTO

La escena que entonces tuvo lugar, la describen así los Evangelios:

*"Llegó Judas, uno de los doce, y con él una turba con espadas y palos, de parte de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado una señal, diciendo: Aquel a quien yo bese, ese es, prendedle y conducidle con cuidado..."*

*[Judas] se acercó a Jesús y le dijo: Salve, Maestro, y lo besó.*

*Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido?... ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?" (Mt 26, 47-56; Mc 14, 43-50; Jn 18, 3-8; Jn 18, 3-8).*

Después de la Cena, después de la larga y tan dolorosa oración del huerto, todavía tal vez con

gotas del copioso sudor de sangre en su cuerpo, ¿cómo vería la luna llena de aquella noche el rostro de Jesús?

De pronto, se encuentra rodeado de una turba amenazadora de hombres "con espadas y palos". Y con ellos nada menos que Judas, uno de sus discípulos.

Luego, el saludo hipócrita: "Salve, Maestro." Y el beso traidor, con el que lo entrega a sus enemigos.

Aunque anteriormente hemos ofrecido como respuesta de Jesús: *Amigo, ¿a qué has venido?... ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?*, más que de pregunta, sus palabras son de decepción y tristeza, y podrían traducirse así: *¡Amigo!* (porque para Jesús Judas sigue siendo todavía amigo), *¡a lo que has venido!* Como si le costase creer lo que estaba viendo.

*¡A lo que has venido!*

Fíjate bien en el rostro de Jesús (el de un amigo, ¡y qué amigo!) y en el de Judas. Qué diferencia, ¿verdad?

– ¿Ves también hoy día muchos rostros como el de Jesús ante Judas: sereno, amable, siempre dispuesto a perdonar, bondadoso, tierno y bueno aun en las circunstancias más adversas?

Sí, muchos, más que nunca, tal vez, en la ya tan larga historia del cristianismo. Me refiero, sobre todo, a los mártires que con rostro sereno, alegre y sonriente, salen al encuentro de sus verdugos y hasta les sonríen y perdonan.

"Cómo, ¿todavía sonríes?", decía su asesino al religioso pasionista padre Nicéforo, sangrando tras los disparos y ya casi muerto, tendido sobre el pavimento de la estación de Manzanares, Ciudad Real, aquel 23 de julio de 1936.

– ¿O ves, más bien, aún entre los que se tienen por sus amigos (católicos que hasta se dicen practicantes), rostros... como el de Judas, que traicionó y vendió a Jesús por dinero?

Hoy las monedas podrían traducirse por medrar en la política, en la economía y, en general, en cualquier campo de la sociedad.

### 3.- EL ROSTRO DE JESÚS ANTE LOS QUE VENÍAN A PRENDERLE

Como dice el Evangelio, Jesús "sabía todo lo que iba a sobrevenirle" y, ante la tropa de los que venían a prenderle, toma la iniciativa, les sale al encuentro y les desconcierta con esta pregunta: *¿A quién buscáis?*

Cuando se visita el Huerto de los Olivos, uno siente curiosidad y busca con interés el lugar preciso donde tuvo lugar esta escena: *en un lado, dentro del Huerto y amedrentados*, los once apóstoles; *fuera y a cierta distancia*, los que vienen a prenderle, y *en medio*, Jesús recibiendo el beso traidor de Judas.

¡Qué expresión tan diferente tendría el rostro de Jesús en cada una de estas tres escenas: la de los que venían a prenderle, bien armados y de noche; la de Judas, aparentemente tan cariñoso y al

que Jesús llama todavía "amigo", a pesar de conocer su intención de traicionarle y entregarle; y la del mismo Jesús!

La cuestión no carece de importancia, ya que va más allá del contenido formal de lo que pretendían los guardias. Junto al Jordán, donde predicaba Juan el Bautista, Jesús había preguntado también a sus dos primeros discípulos: *¿Qué buscáis?* Buscaban a aquel que Juan había designado como "el cordero de Dios". Ahora ese Cordero sale del huerto, va al encuentro de los que vienen a prenderle y se entrega, libre y totalmente, para ser llevado al matadero.

Jesús no deja que aquellos hombres armados penetren en el interior del huerto, donde se encuentran todavía los discípulos. Aquella gente armada, muy feliz de encontrarse cara a cara con Jesús al que buscaban, no se atreverá a hacerles ningún daño. Esta pregunta de Jesús es como si saliera de la casa del Padre, para entregarse en manos de los enemigos de Dios. Juan destaca también, en su Evangelio, la actitud de Jesús, que es totalmente libre. Su vida no se la quita nadie, la entrega él mismo. Es la soberanía de Cristo, en medio del abandono, en el conjunto del relato evangélico de su Pasión.

El Evangelio describe, con numerosos detalles, la macabra escena del prendimiento de Jesús aquella noche. Estas son sus palabras:

*Jesús, que sabía todo lo que iba a sobrevenirle, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?" Le respondieron: "A Jesús el nazareno". Jesús les dice: "Yo soy"... Y en cuanto dijo "Yo soy", ellos retrocedieron y cayeron por tierra.*

De nuevo les preguntó: "¿A quién buscáis?", y ellos dijeron: "A Jesús el Nazareno". Respondió Jesús: "Os he dicho que yo soy. Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos"...

Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron..." (Mt 26, 47-56; Mc 14, 43-50; Lc 22, 47-54; Jn 18, 4-11).

Detengámonos a contemplar más atentamente el rostro de Jesús. ¡Qué cara tan majestuosa y valiente les pondría al responderles "Yo soy". Esos hombres armados retroceden y hasta caen por tierra totalmente vencidos!

¿Y cuando les ordena con autoridad: "Pues si me buscáis a mí, dejad irse a estos"?

Las últimas palabras autoritativas de Jesús, antes de su muerte, son precisamente en defensa de sus discípulos, a pesar de que, ante esta situación de peligro, "todos le abandonaron y huyeron?".

Pero, ¿huyeron de verdad todos los discípulos?

No, no todos. Allí quedó uno, uno solo y este fue precisamente Judas.

¡Qué cara pondría entonces Jesús ante esta tan terrible y decepcionante realidad! Se deduce también del Evangelio: "Pues si al que buscáis es a mí, dejad irse a estos". Cara, pues, de preocupación. Pero no por él, aunque se encontraba en tantos apuros y peligros, sino por sus discípulos, a los que tanto quería a pesar de lo mal que se estaban portando con él.

Y hasta por Malco, que había venido a prenderle y a quien Pedro, con un golpe de espada, le

había cortado una oreja. "[Jesús] cogió la oreja y le curó". Así, tan sencillo y con la mayor naturalidad.

Para terminar, te invito a que te fijes en estos rostros: en el de Jesús, en el de Pedro, en el de Malco y en el de los demás que habían venido a prenderle y se ven ahora derribados por tierra.

¿Qué diferencias encuentras en ellos?

- ¿En Jesús?
- ¿En Pedro?
- ¿En Malco?
- ¿En los que han venido armados a prenderle y ahora están derribados por el suelo?

#### 4.- EL ROSTRO DE JESÚS EN LAS NEGACIONES DE PEDRO

En el rostro de Jesús, en esta escena, destaca de manera particular su mirada. Ya en otros pasajes del Evangelio se habla también de la mirada de Jesús, como algo muy especial en él: mirada tierna, compasiva, suave, comprensiva, de amor y de perdón; unas veces gozosa y otras, triste, incluso, indignada. Debían de tener algo muy especial esos ojos y esa mira de Jesús. La escena la describe así el Evangelio:

*"Los siervos y guardias que [estaban en casa del sumo sacerdote] habían hecho fuego, pues hacía frío y estaban calentándose. Estaba también con ellos Pedro... Le vio una criada sentado junto a la lumbre y, mirándole fijamente, dijo: Este estaba también con él... También tú estabas con Jesús el Nazareno..."*

Y la portera: ¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? Él respondió: No lo soy.

[Pedro] lo negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices... Mujer, no lo conozco... No sé ni entiendo lo que dices.

Y saliendo fuera, al vestíbulo, cantó un gallo...

Pasada como una hora, uno de los criados del pontífice, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dice: ¿No te vi yo en el huerto con él?

Todavía otro insistió y dijo: Es verdad que este estaba con él, pues es galileo... Tú eres de ellos, pues tu habla te delata.

Pedro comenzó a maldecir y a jurar: Yo no conozco a ese hombre. Y en seguida cantó (por segunda vez) un gallo.

Volviéndose entonces Jesús, miró a Pedro, que al sentir su mirada, se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho... Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres. Y saliendo fuera, lloró amargamente." (Cf. Mt 26, 69-75; Lc 22, 54-62; Mc 14, 66-72; Jn 18, 12-28).

Al renegar de Jesús uno de sus discípulos, y más todavía Pedro el que había prometido que, aunque todos los demás abandonasen al Maestro, él nunca lo haría sino que le permanecería siempre fiel y a su lado; Pedro, al que había escogido de manera tan especial, única, para ser el primero entre los Apóstoles y la piedra fundamental de su futura Iglesia; al renegar, digo, de él y precisamente ahora que estaba preso, en manos de sus enemigos y más necesitado, cualquiera hubiera podido pensar que Jesús se mostraría disgustado con Pedro, le pondría mala cara y ni siquiera le miraría.

Pero sucedió todo lo contrario; al pasar junto a Pedro, se volvió hacia él y le miró...

¿Cómo sería la mirada de Jesús, que ese hombre, Pedro (Piedra le había puesto el mismo Jesús), se sintió tan conmovido y ablandado que, siendo un pescador duro y bien curtido, salió fuera y rompió a llorar como un niño, "amargamente" dice el Evangelio!

Ante este hecho, a uno le viene a la memoria lo que cuenta el libro del Éxodo (17, 1-6) de aquella roca de la que, al salir Israel de Egipto, brotaron manantiales de agua para aliviar al pueblo que se moría de sed en el desierto, con la diferencia de que, allí, ocurrió al tocar Moisés la roca con el bastón, aquí en cambio, al tocar Jesús el duro corazón de Pedro con la inmensamente tierna, dulce y suave mirada de su rostro.

##### 5.- EL ROSTRO DE JESÚS EN LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Otro momento de la pasión de Jesús, en el que debes detenerte para contemplar su rostro, es cuando le coronaron de espinas, con un manto de burla sobre sus hombros y una caña en la mano, para hacer escarnio de él como rey.

En algunas naciones latinoamericanas, a la representación de esta escena de la pasión la llaman "La Humildad y Paciencia". También recuerdo otra representación, esta vez en nuestro santuario pasionista de Maria Schutz, en Austria. Todo el conjunto, el manto de burla, la caña en las manos, la corona de espinas en la cabeza, los abundantes

hilos de sangre, la cabeza inclinada, los ojos semicerrados, todo en él refleja tal humildad y paciencia, que realmente impresiona, sobre todo el rostro de Jesús. Por eso acudía yo tantas veces a esa capilla para hacer allí mi oración. La contemplación de esa imagen, tan devota, y la lectura de ese libro (Jesús en la coronación de espinas) impresionan profundamente al alma.

En esta escena, se juntan el dolor físico de las espinas y de las bofetadas, con el sufrimiento incomparablemente mayor de las burlas y de los escarnios, que le llegaron hasta lo más profundo del alma. Porque no es sólo el coronarle como rey de burla, es que, además, uno a uno, los soldados van pasando delante de él y, al mismo tiempo que doblan sus rodillas en aparente reverencia, le quitan la caña y le golpean con ella, le dan bofetadas y hasta le escupen en la cara. Lo describe así san Lucas en su Evangelio:

*Los que custodiaban a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban. Le habían tapado los ojos y le insistían: - "¡Adivina quién te ha pegado!" Y le decían otras muchas injurias (Lc 22, 63-65).*

¡Cómo estaría entonces el rostro bendito de Jesús! Lo expresa así el himno de las primeras vísperas de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús:

"Mi Cristo, tú sonríes  
cuando te hieren, sordas, las espinas.  
Si mi cabeza hierve,  
haz, Señor, que te mire y te sonría".

Si contemplas devotamente a Jesús con el manto de burla y las espinas, oirás en tu corazón aquellas palabras, no de reproche sino de incompreensión y de cariño, que la Iglesia pone en boca del mismo Jesús en la liturgia del Viernes Santo: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho, en qué te he ofendido? ¡Respóndeme!"

Sí, recuerda brevemente tu vida a lo largo de todos los años, muchos o pocos, que te ha concedido el Señor, y escucha su voz en tu interior: *¿Qué te he hecho, en qué te he ofendido? ¡Respóndeme!*

Sí, respóndele al Señor.

## 6.- EL ROSTRO DE JESÚS AL SER PRESENTADO

### AL PUEBLO POR PILATO

La teatralización del proceso de Jesús por el gobernador romano, pone de relieve que aquí no se trata, ni mucho menos, de un proceso ordinario. Hay muchos agitadores que han sido condenados por los romanos, como lo debería haber sido Barrabás; pero ninguno de ellos había sido entregado por la élite religiosa de Israel. Aquí son los sumos sacerdotes y los miembros del Sanedrín los que han transformado el entramado religioso del proceso de Jesús en algo político. En el momento del complot contra Jesús, ya Caifás había situado la cuestión en esta perspectiva, cuando dijo:

*Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos se-*

*guir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación". Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año les dijo: "Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera" (Jn 11, 47-50).*

Caifás había cambiado los motivos del complot contra Jesús. Su análisis era falso desde el punto de vista sociopolítico que él defendía, pero, como era sumo sacerdote, formuló, de una manera totalmente inconsciente, una profecía. Anunció muy bien la dimensión que iba a tomar este asunto: el sacrificio de Jesús por el pueblo, pero no sólo de Israel, sino del mundo entero.

Para Pilato es una ocasión para hacer ver a las autoridades religiosas de Israel que están bajo la autoridad imperial. Su comportamiento es enigmático, pero deja de serlo si pierde esta oportunidad. Exasperados los sacerdotes, hasta llegaron a decirle: "Nosotros no tenemos más autoridad que el César."

La vista de Jesús, entregarlo a la muerte o librarlo, no presenta a los ojos del gobernador romano nada especial y, en cambio, con ella va a poder ofrecer satisfacción a los sumos sacerdotes y a los fariseos sin tener que dar nada de su parte. Esto, desde su perspectiva, es totalmente legal.

Al fracasarle todos los intentos de soltar a Jesús, del que estaba convencido que era inocente, Pilato creyó que esta vez sí lo conseguiría. Él había mandado azotarlo, pero nunca pensó que iban a hacer en Jesús tal carnicería. Y ciertamente no ha-

bía mandado que le coronasen de espinas y que se burlasen de él, como habían hecho sus soldados al coronarle rey de burla.

El Gobernador Romano mira detenidamente a Jesús. Todo el pueblo contempla a Jesús así, tan desfigurado. Jesús mira también a Pilato, a los sumos sacerdotes y al pueblo. ¿Qué rostro les pondría entonces el tan manso y humilde Jesús?

Al verle en tan lastimoso estado, Pilato quedó muy impresionado. Y pensó que así habrían de quedar también los que lo contemplasen de ese modo. Por eso se lo sacó, para que lo viera todo el pueblo. Nos describe así la escena el Evangelio:

*Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco fuera para que sepáis que no encuentro ningún cargo contra él".*

*Salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí tenéis al hombre". Cuando le vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!" (Jn 19, 4-6).*

Jesús estaría avergonzado. ¡Ser presentado así ante todo el pueblo!

Pero mucho más avergonzado quedaría todavía al ver que, estando así, flagelado y coronado rey de burla, el pueblo todavía le rechaza, se vuelve contra él y pide nada menos que su muerte en la cruz: "¡Crucifícalo, crucifícalo!"

Como escribe el religioso pasionista Philippe Plet, "el silencio de Jesús ante los gritos de condena a muerte por parte de los judíos es muy impre-

sionante. Impone al creyente un silencio de estu-  
por y de adoración"<sup>8</sup>. Pero así se comportó Jesús.

Imagínate, si puedes, qué cara pondría enton-  
ces. A Pilato y al pueblo.

### 7.- EL ROSTRO DE JESÚS EN SU CAMINO AL CALVARIO

No lo dice el Evangelio, pero... ¡cómo estaría  
el rostro de Jesús!

Según la tradición, movió a tal compasión a una  
mujer que, venciendo todo respeto humano, salió  
de entre la multitud, se acercó al condenado y, con  
un lienzo, le enjugó el rostro desfigurado por el su-  
dor, la sangre, las heridas y el polvo del camino.

No conocemos el verdadero nombre de aque-  
lla mujer tan valiente. La llamamos Verónica, pero  
no era este su verdadero nombre. Se la llama así,  
por la imagen que, en el lienzo, dejó impresa el  
rostro de Jesús. Verónica viene de la "Vera Icone",  
la "Verdadera Imagen", que le dejó impresa Jesús  
y que sigue venerándose en su Iglesia.

La Verónica le ofreció sencillamente un lienzo,  
un pañuelo, y ya ves cómo se lo agradeció y re-  
compensó Jesús: le dejó impresa en él la imagen  
de su bendito rostro. Es lo que denominamos "la  
santa faz" de Jesús.

En nuestro siglo XXI son tantos los Calvarios y  
tantos los hombres y mujeres que suben penosa-

<sup>8</sup> PHILIPPE PLET, *La Passion selon Saint Jean*, Éditions Salvator,  
2015 Paris, p. 92.

mente por ellos con sus cruces, que no habría en  
el mundo lienzos suficientes para enjutar y limpiar  
esos rostros doloridos, ensangrentados y tan des-  
figurados... de Jesús.

Gracias a Dios, sin embargo, son también mu-  
chas las personas que, como la Verónica, tratan  
de hacerlo generosamente, no pocas veces has-  
ta arriesgar su misma vida: Cáritas, Manos Unidas,  
Médicos sin fronteras, y tantos otros anónimos.

Al llegar a este momento, detente un poco a  
imaginar qué cara pondría, con qué ojos miraría  
también Jesús además de a la Verónica:

- Al Cireneo, que le ayudó a llevar la cruz;
- A las buenas mujeres que lloraban al verle  
así;
- A aquellos dos malhechores que llevaban  
también a crucificar con él;
- A los soldados romanos, sus verdugos;
- A las muchas personas que habían salido a  
la calle a presenciar el espectáculo;
- A su Madre, sí, sobre todo a María, su ben-  
dita Madre...

Pero si te he invitado a contemplar el rostro  
que puso a cada una de esas personas, en su ca-  
mino al Calvario, ahora te invito a contemplar tam-  
bién la cara tan distinta que cada una de ellas pon-  
dría al ver así a Jesús. También tú y a ti.

¿Qué le ofreces para aliviarle y ayudarle?

Aunque sea bien poco; pero no pases a su  
lado y te quedes indiferente.

## 8.- EL ROSTRO DE JESÚS EN OTROS MOMENTOS DE SU PASIÓN

No me extiendo en describirlos, pero sí te invito a que te detengas a contemplar el rostro de Jesús en los siguientes momentos de su Pasión.

### En la flagelación

A cada golpe se estremecerían de dolor todos los miembros de su cuerpo, también los músculos de su agrado rostro. En el Carmelo de Valladolid, hay una imagen muy devota de Jesús después de la flagelación y todavía al pie de la columna. Aunque con muchas llagas, lo que más llama la atención es su bendito rostro, lleno de ternura y de mansedumbre, vuelto totalmente hacia el que lo contempla.

En su *Libro de la Vida*, c.13, n° 22, santa Teresa de Jesús escribe acerca de esta contemplación: "Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que esté allí con El, acallado el entendimiento. Si pudiere ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y hable, y pida, y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí: cuando pudiera hacer esto [...] hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallóle mi alma".

### Mientras le estaban clavando a la cruz

Observa el rostro de Jesús tendido sobre la cruz y mirando al cielo, las contracciones y los gestos irresistibles de dolor a cada golpe del martillo sobre los clavos, que se abrían paso taladrando sus pies y sus manos, rompiendo las venas, penetrando en el madero y haciendo saltar borbotones de sangre que empaparían la tierra.

Los párpados de Jesús se apretarían de dolor y luego se abrirían mirando otra vez al cielo, mientras él ofrecía todo ese dolor al Padre por ti. Se le contraerían también de dolor todos los demás músculos de su sagrado rostro.

### Y ya en la cruz, antes de morir

¡Con qué ojos tan misericordiosos miraría desde lo alto a los que le estaban crucificando! Luego los elevaría hacia el cielo, hacia su Padre Dios, para pedirle por ellos: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.*

*Quando Jesús probó el vinagre, dijo: "Todo está cumplido", e inclinando la cabeza, exhaló el espíritu (Jn 19, 30).*

Momento a la vez sublime y terrible. Cuando cada Viernes Santo se lee en los templos el relato de la pasión del Señor, al llegar a este punto, el lector se detiene y todos se arrodillan, en silencio, para adorar a Cristo, muerto por salvarnos. Es lo que conviene que hagamos aquí también nosotros.

Las últimas palabras de Jesús son "*consummatun est*", todo está "cumplido", "terminado".



Pero este verbo expresa la idea de algo más allá de una cumbre, de una obra que ha alcanzado materialmente su fin: añade la idea de plenitud, anunciada por Jesús para hablar del gozo que llena su corazón y que él propone a sus discípulos: "Que tengan en sí mismos mi alegría cumplida" (Jn 17, 13). La muerte de Cristo en la cruz es una plenitud de amor y de gloria.

- ¿Qué rostro pondría Jesús al pronunciar estas palabras: "Todo está cumplido"?
- Detente, mira a Jesús e imagínatelo tú mismo.

### Ya muerto

La cabeza inclinada, el rostro y los ojos vueltos hacia los que le habían crucificado. No solo parecería un cadáver, Jesús era ya un cadáver. Su bendito rostro había quedado yerto y desfigurado por el dolor, tanto que, de uno que ha sido muy maltratado, golpeado en la cara y que ha sufrido mucho, decimos que "parece un Santo Cristo." Como había profetizado de él Isaías, "desfigurado, no parecía hombre, ni tenía aspecto humano" (52, 14).

Ponte de rodillas, levanta tu mirada y contempla bien ese rostro de Jesús, enmarcado entre sus cabellos emplastados en sangre.

Recuerda la diferencia de ese rostro en dos momentos muy importantes de la vida de Jesús: la transfiguración, en el Monte Tabor, y la Pasión. De la primera dicen los Evangelios: "Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz" (Mt 17, 2). Pero, ¿y de la segun-

da? No dicen expresamente nada, pero donde el rostro de Jesús estuvo realmente transfigurado (esto es, cambiado de figura) fue precisamente en su Pasión. ¡Aquí sí que había cambiado de figura el rostro de Dios!

En la iglesia de Santa Catalina Mártir, en la ciudad de Valencia, uno siente especial devoción ante una imagen grande de Cristo Crucificado, que data del siglo XVII. Es el llamado *Santísimo Cristo de la Paz*. El bellissimo rostro de Jesús y, sobre todo, su mirada reflejan su ofrenda por la salvación de todos, así como su total confianza en el amor del Padre. Ese Santísimo Cristo tiene la cabeza un poco elevada, el rostro sereno, la boca entreabierta, los ojos muy abiertos y mirando al cielo. Todo en él refleja una gran paz y serenidad, al entregarse al Padre con estas palabras: "A tus manos, Señor, encomiando mi espíritu". Por eso los fieles tienen tanta devoción y cariño a esa venerada imagen del Santísimo Cristo de la Paz y recurren a él continuamente.

### 9.- EL ROSTRO DE JESÚS EN EL HOMBRE DE HOY, EN SU PASIÓN

Ahora, y para terminar, te invito a mirar también el rostro de Jesús en el de tantos hombres y mujeres que hoy sufren en el mundo, y en los cuales continúa su Pasión a lo largo de los siglos.

¿Por qué, Señor, me escondes tu rostro, de tal manera que muchas veces no te veo, ni te siento en mi vida?

¿Por qué tantas veces no veo tu rostro en los pobres, en los enfermos, en los niños, en los an-

cianos, en los necesitados y, en general, en todos los que sufren, y eso que son tantos que, hoy, no habría en el mundo Verónicas suficientes para enjugar esos rostros?

*Niños que van al colegio sin desayunar. ¿Qué carita pondrán esos niños al comenzar sus tareas, o en el recreo con los demás, bien cuidados y alimentados?*

*Familias desahuciadas que, por no poder pagar a los Bancos, son sacadas de las casas a la fuerza y dejadas en la calle.*

*Cristianos que, por su fe, son llevados en jaulas por las calles y a lo largo de la playa (como sucedió no hace mucho en una de las naciones mediterráneas de la mal denominada "primavera árabe"), para luego ser quemados en ellas vivos, sin poder salir ni defenderse.*

*Padres y madres que, por la crisis, se ven obligados a no poder llevar una vida digna, a veces ni siquiera alimentar a su familia, que pása necesidad e incluso hambre.*

*Ancianos que, después de haber entregado su vida a los demás y crear una sociedad rica y próspera, tienen que pasar sus últimos años solos y, tantas veces, hasta sin lo más elemental para llevar una ancianidad sosegada y digna.*

*Jóvenes que, después de una carrera brillante y prometedora, al salir de la universidad, se encuentran sin perspectivas de futuro y tienen que emigrar al extranjero en busca de trabajo.*

*Pobres que no tienen familia, ni hogar, ni nadie que les quiera, ni disponen de beneficios sociales, y tienen que vivir y pasar el día y la noche en la calle.*

*Mujeres que, por la presión social se ven obligadas a recurrir al aborto, con la terrible y doble tragedia que esto supone para ellas, y para el no nacido y sin esperanza de nacer.*

*¿Qué cara pondrán todas estas personas? O mejor, ¿qué cara pondrá Jesús en la Pasión de todas estas (y otras muchas) personas, miembros de su cuerpo místico, en nuestro siglo XXI?*

*Mírales tú bien a la cara, si puedes. Y digo si puedes, porque tal vez no te atrevas a hacerlo, por miedo a descubrir en ella lágrimas, sangre y dolor de los que tú mismo eres la causa, al menos en parte.*

*Ah, me olvidaba del número cada vez mayor de los que se suicidan, al verse desesperados e incapaces de superar la tragedia personal o familiar de que son víctimas. Ahora son de todas las edades y clases sociales, y lo hacen de muy distintas maneras. Cuando yo estudiaba filosofía, de esto hace ya muchos años, en aquella provincia se suicidaron varios adultos, colgándose de una viga en el pajar o en el establo, o de un árbol en el campo. ¿Has visto tú alguna vez los ojos desencajados, la boca entreabierta, retorcida y con la lengua fuera, el rostro, en suma, de un ahorcado cuando cuelga todavía de la soga con que se quitó la vida?*

"Si os volvéis a él [a Dios] de todo corazón y con toda el alma –nos dice la Sagrada Escritura-, siendo sinceros con él, él volverá a vosotros y no os ocultará su rostro" (Tob 13, 6).

Pero has de tener siempre en cuenta que, si Dios no ha usado su omnipotencia para librar a su Hijo de la muerte en cruz, tampoco lo va a hacer para librar a ti de todas las dificultades y sufrimientos inherentes a nuestra condición humana.

Dios te ayudará, sí, estará a tu lado, aunque tú no siempre lo sientas; pero no apartará de tu camino todas las piedras de las penalidades y sufrimientos de la vida.

En el resumen de una rueda de prensa, que hace el semanario Vida Nueva (9 a 15 mayo 2015), se dice que Sor Carmen Señor, religiosa Sierva de Jesús de la Caridad, misionera por medio mundo, dejó a todos maravillados al contar lo que había vivido. "En los abandonados he visto el rostro de Dios mirándonos", dijo al final, antes de que la emoción apagase del todo su voz.

## JESÚS RESUCITÓ

---

Lo había dicho repetidas veces y no podía ser de otro modo, en el plan de Dios: el crucificado y muerto, resucitó y salió del sepulcro. Del hecho de la resurrección de Jesús, que luego se apareció repetidas veces a los Apóstoles, con quien conversaron luego los discípulos de Emaús y a quien vio y en quien creyó el mismo Tomás, por más que se resistiera a hacerlo, he de aprender lo siguiente:

- Que en el plan redentor de Dios, muerte y vida, sepulcro y resurrección, van siempre unidos en una sucesión, si no inmediata, sí necesaria.
- Que cada vez que yo muero a algo por Dios o por los hermanos, brota en mí una semilla de vida nueva y de resurrección.
- Que como el sepulcro de Jesús, el campo-santo o cementerio cristiano, más que el lugar de los muertos, es el de los que viven ya para siempre.
- Que nuestros seres queridos que han muerto en Cristo y han pasado a la eter-

nidad, están ya en la vida con Dios esperándonos a nosotros, y aguardando la resurrección de sus cuerpos que tampoco quedarán para siempre en los sepulcros.

Después de tanto como ha sido y es perseguida, y ha sufrido y sigue todavía sufriendo la Iglesia, ¿cómo pueden pensar algunos que ella es obra de un muerto? La Iglesia es una prueba más de que su fundador es Dios, que vive para siempre.

Es verdad que el que sigue al Crucificado no espera el éxito acá en la tierra; pero sí, con toda seguridad, puede esperar una Pascua gloriosa.

Dios ha escrito la promesa de la resurrección no solo en las hojas de los Libros Sagrados, sino hasta en cada hoja de la primavera.

- Sí, el Crucificado es el Resucitado, que ahora vive para siempre.
- Los siglos XX y XXI están dando a la Iglesia y al mundo más mártires que en ninguna época anterior, ni siquiera en los primeros siglos del cristianismo. Esperemos que su santidad y heroísmo sean pronto reconocidos por la Iglesia, y que estos hombres y mujeres sean declarados oficialmente santos y presentados también a las futuras generaciones, como modelos y para que adornen y enriquezcan los altares de nuestras capillas, iglesias y catedrales.

Como poéticamente expresó Pablo Neruda, "podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera..." Es una verdad que muy

bien podemos aplicar a las zonas, por desgracia hoy tantas, en las que los enemigos del Señor Resucitado persiguen encarnizadamente y quitan la vida, de muchas maneras, a tantos cristianos.



El final de Jesús y el de los que le siguen no puede ser el fracaso y la muerte, sino que será siempre el triunfo y la resurrección, esto es, la victoria definitiva y total.

## PORQUE JESÚS RESUCITÓ...

---

Sí, porque Jesús no quedó muerto ni en la cruz ni en el sepulcro, sino que resucitó y está para siempre glorioso y misericordioso en el cielo, por eso, después de tantos siglos, el mundo sigue viviendo con alegría, con esperanza e ilusión, aun en los momentos y en las circunstancias más difíciles de la vida. También en nuestro siglo XXI. Un hermoso ejemplo de esto nos lo ofrece la superiora provincial de las Hermanas Pasionistas, Isabel Arribabalaga, en una carta en la que, el 30 de agosto de 2004, comunicaba a sus religiosas lo siguiente:

"Con la esperanza de vivir la vida nueva con Cristo, falleció en Irún, el día 25 de agosto, a la edad de 60 años, nuestra hermana Beatriz Mendizábal.

Aunque vivió y realizó su misión en distintas comunidades y actividades (Casa Madre en Italia, Madrid, Indonesia..., Irún, Málaga), fue precisamente en Málaga donde la sorprendió una enfermedad cuya gravedad le diagnosticaron hace solo dos meses. El último curso (en la Guardería de Santa María Goretti) fue para ella un Vía Crucis; se sentía mal y los médicos no daban con su enfermedad. Finalmente, cuando encontraron la causa de su malestar, no había ya nada que hacer: estaba invadida por el cáncer.

Beatriz acogió con serenidad esta última prueba. Tenía muchas ganas de vivir, muchas; pero se puso totalmente en las manos de Dios. Él la había llamado a seguirle en la salud y en la enfermedad, a él había amado con todo su corazón, y la fe la sostuvo en sus últimos días...

Su enfermedad avanzaba con rapidez y ella lo sabía. Era consciente de todo lo que ocurría a su alrededor. Hasta el último momento. El día 24, víspera de su muerte, manifestó a una religiosa que ella "se iba".

La mañana del 25 me pidió que pusiera una botella de champán en la nevera (para nosotras el champán tiene el significado de celebrar algo importante) y, hora y media antes de morir, pidió que lleváramos a su habitación la botella y copas para todas. El gesto de celebración manifestaba su fe en que, a su morir con Cristo, seguiría la resurrección.

Ya no habló más, solo por señas nos manifestaba lo que quería y, serenamente, a las dos de la tarde nos dejaba para unirse a nuestras hermanas N. y N. y a todas las que la han precedido en la Congregación [Pasionista]."

Esta carta me impresionó más, porque el Señor me había concedido la gracia de tratar a esta religiosa a lo largo de varios años, durante su estancia en Málaga, donde había sido operada y de donde pasó a la comunidad de Irún, en la que vivió sus últimos días acá en la tierra hasta que, después de tan santa muerte, el Señor se la llevó consigo al cielo.

## LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS EN NUESTRO SIGLO XXI

Como los discípulos de Emaús (Lc 24, 11-35), también nosotros solemos conjugar el verbo "esperar" más bien en pasado: "Nosotros *esperábamos*". El presente y el futuro se nos hace, en general, decepcionante: En la política, en la economía, en la vivencia del Evangelio en el mundo y en la misma Iglesia de Cristo. Y tres días nos parecen un tiempo demasiado largo, excesivos, insoportables.

"Ya hace ¡tres días! que ocurrió esto..." (lo de la condena y la muerte de Jesús).

Como aquellos dos discípulos, también nosotros sentimos a veces necesidad de desahogarnos, desgranando el rosario interminable de nuestras más desconcertantes decepciones, porque "*nosotros esperábamos...*"

- *Esperábamos* que el Concilio Vaticano II no fuese hoy solamente una fecha que hay que recordar y celebrar, sino que la "Iglesia de los pobres" fuese ya la "Iglesia de los pobres..."
- *Esperábamos* que algunos moralistas regañones, rígidos hasta lo inhumano, se me-

tieran más en la vida, en los problemas y en la piel de la gente...

- *Esperábamos* que el índice acusador dejase el puesto a la mano que se da golpes de pecho y acoge, que las palabras de denuncia fuesen reemplazadas por el reconocimiento de los méritos y valores de los demás y de las propias culpas...
- *Esperábamos* que el triunfalismo fuese definitivamente sepultado, que el dinero contase menos en la vida, que el esfuerzo, la honradez, la humildad y la modestia fuesen consideradas todavía virtudes, que después de más de dos mil años de cristianismo...

Y poniendo más nuestra propia carne en el asador, podríamos todavía añadir:

- *Esperábamos* que nuestro hijo, nuestra hija, después de todo lo que hemos hecho por él, por ella, de todo lo que le hemos dado y enseñado...
- *Esperábamos* que la parroquia, que la escuela, que la amistad, que la justicia, que la honestidad, que la política, que la democracia, que la información...
- *Esperábamos* que el año de la Vida Consagrada se dejase notar más en las personas, en las comunidades, en la Iglesia y en la sociedad, pero...

Pero Jesús podría igualmente decirnos también a nosotros:

- Y yo *esperaba* que vosotros —que tú—, después de tantas predicaciones, confe-

rencias, cursos, reuniones, libros leídos, oraciones, sacramentos recibidos, declaraciones solemnes, eucaristías, promesas...

Unas veces lamento lo que soy, otras lo que no soy. ¿Por qué no empleo mi tiempo en pensar en lo que podría ser "ahora" y... todavía no soy?

No pierdas tiempo en lamentar la cosecha perdida. Ponte otra vez a sembrar. Hoy, ahora mismo.

Conjuga el verbo "esperar" en presente y en futuro. Así: "Esperamos", "esperaremos."

Es lo que hicieron también los discípulos de Emaús después de haber reconocido al Resucitado: Volver inmediatamente a Jerusalén, a pesar de la noche que se echaba encima y de las horas tan peligrosas para viajar, unirse de nuevo a la comunidad y anunciar, gozosos, lo que han vivido en ese encuentro.

*Y, levantándose inmediatamente —dice el Evangelio—, regresaron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a sus compañeros, que decían: "El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón". Ellos, por su parte, contaron lo del camino y cómo le reconocieron, al partir el pan.*

Entonces sucedió allí algo totalmente inesperado y sorprendente.

*Estaban hablando de estas cosas —dice también el Evangelio—, cuando él [Jesús] se presentó [de nuevo] en medio de ellos (Lc 24, 30-35).*

Tanto los discípulos de Emaús, como los de Jerusalén, se llenaron de gozo, y lo primero que hicieron fue anunciarse unos a otros: ¡El Señor ha resucitado!

Es normal, sucede siempre (o debería suceder): El que se encuentra de verdad con el Resucitado, no puede menos de sentirse gozoso y animado, unirse a la comunidad y evangelizar, comunicar a todos, desde su experiencia personal, la gran noticia de que Jesús está vivo en el cielo y en su Iglesia, acá en la tierra.

Cuando Tomás se negó a creer lo que le decían los demás discípulos, esto es, que habían visto al Resucitado, ¿no sería también porque les veía desanimados, asustados, encerrados y sin atreverse a salir a proclamar por todas partes la Buena Nueva de haberse encontrado, "realmente", con el Resucitado?

||

PARA ORAR



## VIACRUCIS<sup>1</sup>

---

Viacrucis = Vía Crucis = Camino de Cruz.

Tal vez sendero de montaña o autopista;  
por los aires, por el mar  
o por el espacio inmenso.

Por donde va un cristiano  
va Cristo,  
*"cuya vida fue toda cruz"*.

Por mi identificación con Jesús,  
su cruz es mi cruz,  
y mi cruz es también suya.

El hombre no ha sido creado por Dios  
para la cruz,  
sino para la felicidad.

---

<sup>1</sup> El Viarucis que aquí te presento está concebido para que puedas hacer de él varios usos, todos en la misma dirección: ayudar al alma a acompañar a Jesús con más devoción en sus últimos momentos, los más trágicos y luminosos de su vida. Puedes hacerlo todo seguido y de una vez, aunque en este caso te puede resultar demasiado largo. Lo que pretende, sin embargo, es sobre todo, que cada una de las estaciones te pueda ofrecer puntos de meditación para tu oración de cada día.

La cruz y el dolor  
son fruto del pecado.  
Por eso todos tenemos cruz.  
A veces, grande y pesada, que oprime.  
A veces, pequeña, que cansa.

Nadie debería llevar la cruz "solo".  
Todos en camino y unidos en la fe,  
estamos obligados a acompañarnos  
mutuamente,  
a levantarnos unos a otros  
y a ayudarnos a seguir adelante.

Señor,  
voy a acompañarte en tu subida al Calvario,  
para aprender el valor de la cruz  
y cómo llevarla.

*"También Cristo sufrió por vosotros,  
dejándoos un ejemplo  
para que sigáis sus huellas"*  
(1Pe 2, 21)

Hermano,  
si no vas con Cristo en la vida,  
vano e inútil es tu caminar  
¿No te das cuenta de que vas perdido?



*Primera Estación*

### JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

*"Pilato se lo entregó para que lo crucificaran".*  
(Jn 19, 16).

Jesús *"todo lo ha hecho bien"*.  
Y se lo ha hecho a todos: pobres, enfermos, pecadores...  
El mismo Pilato declaró no haber hallado en él  
ninguno de los delitos de los que le acusaban.  
Herodes tampoco.  
Pero es condenado.  
Lo pide el pueblo, es la mayoría de votos.

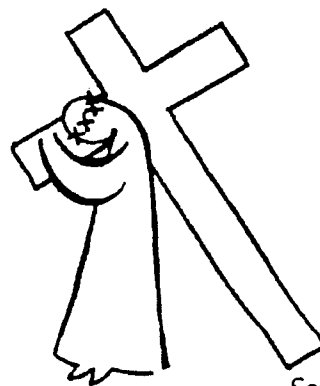
El mundo condenó a su Salvador.  
Y sigue condenando a los santos  
que le sirven y le salvan.  
Y *"por mayoría"* en parlamentos,  
dictaduras totalitarias o democracias manipuladas,  
el mundo sigue cometiendo *"legalmente"* injusticias,  
autorizando el divorcio, el aborto...  
y oprimiendo de mil maneras.

Y las supranacionales siguen condenando  
a la desesperación y a la muerte  
a individuos, familias, grupos étnicos  
y naciones enteras en vías de desarrollo.

Y a cuántos no he condenado yo  
con mis juicios, con mis exigencias, con...  
¿Puedo yo decir que soy inocente  
de la sangre de ese Justo?

*"Acordaos de aquello que os dije yo:  
que un siervo no es más que su amo"*  
(Jn 15, 20).

Pero la condenación de Jesús,  
entonces y ahora,  
es una injusticia y una flagrante violación  
de los derechos de Dios  
y del hombre.



*Segunda Estación*

### JESÚS CARGA CON SU CRUZ

*"Jesús, llevando a cuestas su cruz,  
salió para un lugar que llaman "de la Calavera"  
(que en hebreo se dice Gólgota)"*  
(Jn 19, 17).

Jesús echa sobre sus espaldas  
nuestro dolor, angustia, mentira,  
vanidad, pecado, temor de la muerte...  
Ahora no hay cruz  
que el hombre no pueda llevar.

Cada uno tenemos nuestra cruz,  
cruces que se diferencian unas de otras,  
pero que todas pesan  
y hacen sufrir.

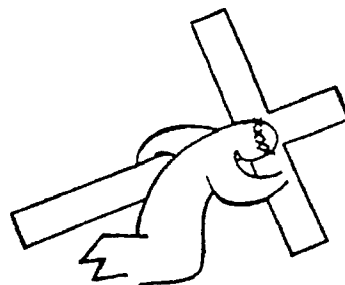
Todo el que escucha la llamada  
al seguimiento de Cristo,  
experimenta pronto que hay que cargar  
no solo con la propia cruz personal,  
sino también con los gozos  
y las penas de los demás.

Lo que no se puede es:

- cruzarse de brazos ante el sufrimiento de nuestros hermanos;
- cruzarse en la vida de los demás;
- poner cruces sobre los hombros de otros.

*"El que quiera venirse conmigo,  
que se niegue a sí mismo,  
que cargue cada día con su cruz y me siga"  
(Lc 9, 23).*

Antes de ti, Señor, la cruz era un patíbulo;  
contigo se ha convertido en altar.  
Haznos reconocer en todo momento,  
que "en último término",  
eres siempre tú el que pones o permites  
las cruces sobre nuestros hombros.



Tercera Estación

### JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

*"Todos errábamos como ovejas,  
cada uno siguiendo su camino  
y el Señor cargó sobre él  
todos nuestros crímenes"  
(Is 53, 6)*

Por esto cayó Jesús: por nuestros crímenes,  
por nuestros pecados,  
porque pesan mucho;  
para que pudiéramos levantarnos  
y seguir caminando con nuestra cruz.

Muchos no aceptan  
a Cristo (al hermano) caído  
ni a la Iglesia pecadora.  
Y se apartan.

Caer, ser débiles en el cuerpo y en el alma:  
todos los días lo experimentamos.  
Nuestra cruz consiste, precisamente,  
en soportarnos a nosotros mismos  
como seres humanos que caemos cada día.

Caer no es solo algo físico:  
implica reconocer los límites de nuestra naturaleza  
"caída", aunque restaurada;  
nuestras limitaciones ante acontecimientos  
que nos sobrepasan y que nos subyugan;  
que no somos omnipotentes ni invulnerables.

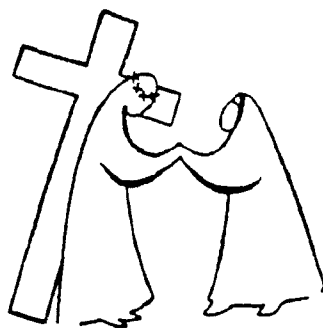
Lo heroico no es mantenerse en pie a toda costa;  
esto es imposible.

Lo heroico es aceptar la caída  
y levantarse para seguir caminando.

*"Venid a mí todos  
los que estáis cansados y agobiados,  
que yo os aliviaré"*  
(Mt 11, 28)

Señor, que nunca nos falten:

- *Hombres* que nos robustezcan en la fe y nos ayuden a levantarnos;
- *sacramentos* que nos den fuerza para vencer;
- la "*buena noticia*" de que nuestro Padre es misericordioso y providente.



Cuarta Estación

#### JESÚS SE ENCUENTRA CON MARÍA, SU MADRE

*"Una espada te traspasará el alma"*  
(Lc 2, 35)

De este encuentro nada dice el Evangelio,  
pero es evidente que María acompañó a su Hijo  
en su subida al Calvario, pues "*junto a la cruz  
de Jesús estaba su madre...*" (Jn 19, 25).

¡Qué dolor para María, al encontrar a Jesús  
desfigurado  
y acabado  
de tanto sufrir!  
*"Es la madre del condenado"*,  
dirían al verla.

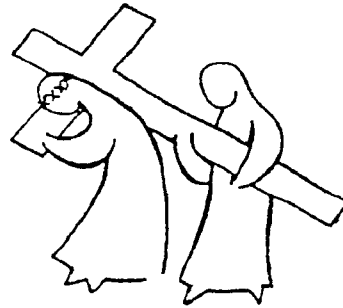
Todos tenemos  
una "calle de Amargura".  
Pero donde hay una cruz,  
uno que lleva la cruz,  
uno que sufre y muere en la cruz,  
un crucificado,  
allí está siempre María.

¡Lástima que, a veces,  
no volvamos a ella nuestra mirada, nuestros ojos!  
Los de María son siempre misericordiosos.  
"Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos..."

*"Mujer, ahí tienes a tu hijo"*  
(Jn 19, 26)

También tú, Jesús, quisiste refugiarte  
en el afecto de una madre.  
Jesús, María, por este encuentro,  
camino del Calvario, os pedimos:

- por todas las madres;
- de manera especial:
  - por las que viven solas su maternidad;
  - por las que trabajan fuera del hogar y a las que se les hace más difícil cumplir su función de madres;
  - por las que lloran su fracaso, al ver a sus hijos apartados de la Iglesia y de la vida cristiana;
  - por nuestras madres.



*Quinta Estación*

### SIMÓN DE CIRENE AYUDA A JESÚS

*"Pasaba por allí... un tal Simón de Cirene...  
y lo forzaron a llevar la cruz"*  
(Mc 15, 21)

Simón se encontró inesperadamente con la cruz.  
Normalmente las cruces (enfermedad, fracaso,  
muerte...)  
vienen así: inesperadamente.

Simón es una vocación tardía.  
Dios llama cuando quiere.  
Lo que importa es responder.  
Nunca es tarde,  
cuando el que llama es Dios.

*Se busca un hombre:*

- Altura, peso, apariencia externa: no tiene importancia.
- Tampoco importan la edad, los estudios ni el color de la piel.

*¿Para qué?*

Aquí hay:

- uno al que le cuesta llevar su cruz;
- otro que ya no puede seguir adelante;
- otro que gime, que no puede continuar solo;
- diez, cientos, toda una parroquia, todo un territorio misional, el mundo entero.

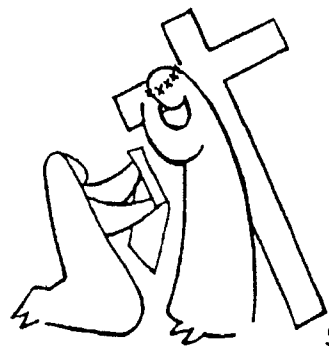
Esperan un Simón de Cirene.

¡A TÍ!, para dejarse guiar,  
para ser acompañados,  
para vivir la experiencia de tener un "cirineo".

Simón de Cirene, ¿tenías tú la menor idea  
de la grandeza y del valor de tu trabajo,  
y de tu vocación?

*"Ahora me alegro de sufrir por vosotros,  
pues así voy completando en mi carne mortal  
lo que falta al cuerpo de Cristo que es la Iglesia"*  
(Col 1, 24).

Señor,  
por tu debilidad camino del Calvario,  
danos fuerza para no desanimarnos  
ante la gran necesidad de los demás,  
del mundo,  
y ayudar, por lo menos, a un ser humano  
a ir un poco más adelante  
con su cruz.



Sexta Estación

### LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

*"Desfigurado (de tanto sufrir),  
no parecía hombre ni tenía aspecto humano"*  
(Is 52, 14)

La Biblia silencia esta escena.  
Pero la cristiandad sabe de muchas manos  
que han actuado como la Verónica.  
La palabra Verónica viene de  
"vera icone" (imagen verdadera).

Solo un amor valiente  
nos descubrirá tu "verdadera imagen",  
tu rostro, Jesús,  
bajo la pobreza,  
la enfermedad  
u otro dolor cualquiera.

La Verónica,  
con los pocos medios de que disponía,  
trató de mitigar y aliviar la necesidad de Jesús.

Nosotros  
estamos frecuentemente tan preocupados

con nuestras propias necesidades,  
que no vemos lo que falta a los demás.

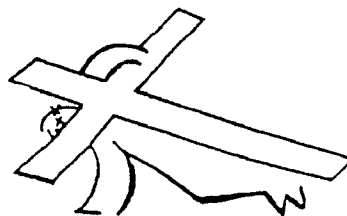
- No nos atrevemos a mirarles a la cara, por temor a descubrir en ella gotas de sudor y de sangre.
- No nos atrevemos a mirarles a los ojos, porque su mirada podría revelarnos sus preocupaciones y cargar nuestra conciencia.
- No nos atrevemos a hacer el bien, porque podría ser mal interpretado o podrían abusar de nosotros.

Todavía hoy la Creación  
lleva la imagen del Creador.  
Concédenos verla,  
para que así descubramos de nuevo  
la dignidad del hombre.

*"¿Cuándo veré tu rostro, Señor?"*  
(Sal 42, 3)

Señor,  
tú nos has hecho los unos para los otros  
y nos has llamado a estar juntos en el gozo  
y en el sufrimiento.  
Nosotros, en cambio, no queremos compartir,  
ni correr ningún riesgo por los demás.

Ten misericordia  
de todos nuestros hermanos y hermanas,  
que no viendo ya tu rostro,  
se han apartado de ti  
y de la Iglesia.



*Séptima Estación*

### JESÚS VUELVE A CAER BAJO LA CRUZ

*"Sálvame, oh Dios, estoy en el fango  
y no tengo ayuda: he caído.  
Por ti soporto el insulto  
y la vergüenza me cubre el rostro"*  
(Sal 69, 2. 3. 8)

Jesús cayó por segunda vez bajo la cruz  
por nuestros pecados,  
porque nosotros volvemos siempre a caer.  
Pero toda caída ha de ser un peldaño más  
en nuestro camino ascendente hacia Dios.

El hombre ha querido humillarte;  
tú has querido elevarle.  
No permitas  
que en el camino que todavía nos falta,  
nuestro corazón se deje llevar  
o sienta la desesperanza.  
Líbranos de la resignación  
y de huir como drogados.  
Danos fuerza para levantarnos.

*"No necesitan de médico los sanos,  
sino los enfermos"*  
(Mc 2, 17).



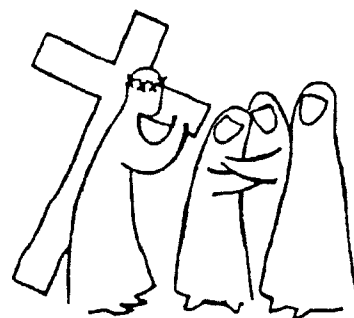
*"El Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido para salvarlo"*

(Lc 19, 10).

Jesús,

que por tu segunda caída bajo la cruz:

- Nos volvamos a los que yacen en el suelo, nos preocupemos de ellos y les ayudemos a ponerse de nuevo en pie;
- Estemos junto a los que sufren (los caídos), a fin de que no duden de tu amor;
- Hagamos brillar la esperanza en las horas más oscuras de los hombres;
- Nos ayudemos unos a otros a levantarnos de nuevo.



*Octava Estación*

### LAS MUJERES LLORAN A JESÚS

*"Le seguían gran gentío del pueblo y muchas mujeres, que se golpeaban el pecho y gritaban lamentándose por él"*

(Lc 23, 27)

"Compadecerse es una manera de participar en el destino trágico del otro. Nunca se apagó totalmente en los hombres la capacidad de sentir en sí mismos el dolor padecido por el otro, porque el "otro" nunca es solamente el otro; es un prójimo y siempre un hermano".

Pero el dolor de estas mujeres no estaba marcado por la verdadera penitencia y conversión; era sólo compasión por la desgracia. En realidad, permanecen sin entender ni abrirse a las palabras de Jesús, que invita a la conversión.

Saber llorar es uno de los gozos más raros en la vida.  
Es bienaventuranza.

*"Bienaventurados los que lloran",*  
nos dice a todos Jesús (Lc 6,21).

*"Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí;  
llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos"*  
(Lc 23, 28)

También nosotros lamentamos los males  
de la Iglesia y del mundo,  
y las desgracias de los demás.  
Pero, ¿qué hacemos para remediar esos males?

¿Ayudamos?

¿Arrimamos el hombro?

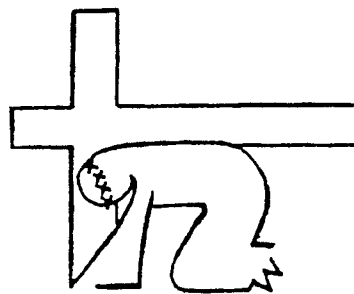
¿Ofrecemos nuestras manos  
para trabajar y remediar?

Dios quiere hechos:

- Conversión;
- cambio de vida;
- seguimiento de Cristo;
- compromiso para la edificación del Reino.

*"Obras quiere el señor",* escribía  
santa Teresa de Jesús (Morada 5ª).

Para ella, como para Jesús aquí,  
¡no bastan los lamentos!



Novena Estación

### JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

*"Mis culpas sobrepasan mi cabeza,  
son un peso superior a mis fuerzas"*  
(Sal 38, 5)

Mis culpas,  
no las de Jesús. Él, sin culpa,  
tomó sobre sí  
nuestro pecado.  
Y ya no puede más.  
Ni con la ayuda del Cirineo.

Todo parece perdido para Jesús.  
Pero nos da ejemplo:

- Hay que continuar, aunque el futuro se presente sin esperanzas;
- hay que animarnos mutuamente, aunque todo parezca perdido;
- hay que levantarnos, aunque muchos crean que ya no merece la pena.

Caer y levantarse,  
todo es gracia de Dios.  
La tercera y última caída es la peor.

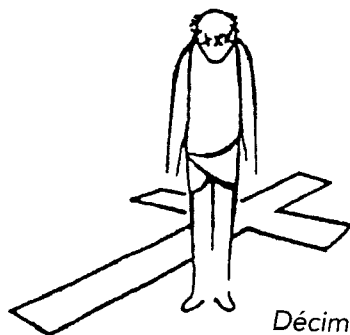
Si no te levantas,  
es para siempre.

Señor,  
nosotros nos desanimamos fácilmente,  
cuando nos faltan las fuerzas.  
Entonces es difícil  
recordar nuestra vocación  
y confiar en la ayuda de otros.  
Pero tú a nadie has abandonado ni defraudado.

*"El señor dijo a Caín:*

- ¿Dónde está Abel, tu hermano?*
- No sé. ¿Soy yo el guardián de mi hermano?*
- La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra" (Gén 4, 9-10).*

Cada uno sabe cómo ha tratado a su hermano.  
Lo cierto es que ¡cuántos hermanos hay por tierra,  
caídos,  
abandonados,  
muertos,  
al borde del camino,  
"en la cuneta"!



*Décima Estación*

### JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDOS

*"Cuando crucificaron a Jesús,  
los soldados repartieron su ropa en cuatro lotes...  
dejando aparte la túnica"  
(Jn 19, 23)*

¡Pobre y desnudo!... ¡Tú que nos vistes y enriqueces!  
Te habías despojado de tu divinidad;  
ahora te despojan hasta de tu dignidad humana.

Además de doloroso  
(despegar violentamente los vestidos de las heridas,  
agarrarse a las espinas de la corona...)  
es humillación y vilipendio.

Los vestidos no solo cubren el cuerpo:  
protegen el misterio personal,  
que cada uno lleva consigo.  
Nada hace sufrir tanto al hombre  
como la ofensa a su dignidad moral.

Con horror recordamos a nuestros hermanos,  
que, en los campos de concentración, se dirigían  
desnudos hacia la cámara de la muerte.

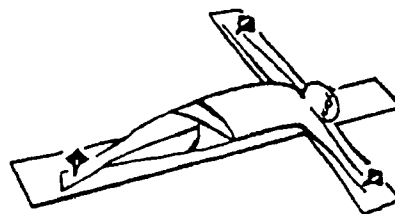
Donde se expone desnudo a un hombre,  
por la ofensa a su dignidad,  
se despoja de nuevo de sus vestidos  
a Jesús.

*"Vosotros os despojasteis del hombre viejo  
y de su manera de obrar, y os vestisteis  
de ese hombre nuevo, que, por el conocimiento,  
se va renovando a imagen de su Creador"*  
(Col 3, 9-10)

A Jesús se le ha despojado de todo;  
pero nadie ha podido quitarle:

- La fidelidad a su vocación;
- la confianza en su Padre celestial;
- su dedicación y entrega a la salvación de los hombres.

Bienaventurado el que despojado,  
desprendido de todo,  
sigue más de cerca a Jesús,  
santo  
y santificador.



Undécima Estación

### JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

*"Allí lo crucificaron con otros dos,  
uno a cada lado y Jesús en medio"*  
(Jn 19, 18)

Al ser elevado, Jesús, en la cruz  
te sentiste más rebajado,  
más humillado,  
más desnudo que nunca.

¡Infierno de dolores en el cuerpo  
y en el alma!  
¡Claro que dolían los clavos!

Cuando te viene la cruz,  
viene también a ti  
el Crucificado.

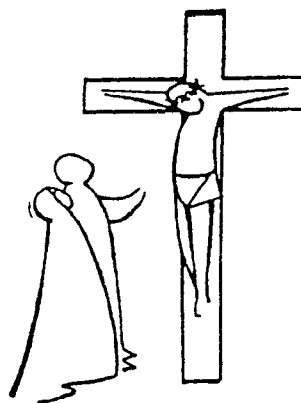
*"Vivid en el amor como Cristo os amó  
y se entregó por nosotros a Dios  
como oblación y víctima de suave olor"*  
(Ef 5, 2)

Las manos de Jesús  
están abiertas hasta a los clavos.  
¡Cuánto más a ti!

Y han quedado,  
permanecen siempre,  
abiertas y rotas.  
Jesús quiso hacerse "manirroto"  
de amor y de perdón.

Señor, por el dolor que sufriste al ser clavado en  
la cruz, te pedimos:

- Por todos los que se sienten clavados a  
una cruz;
- por los disminuidos físicos o psíquicos;
- por los que no pueden dejar sus malos  
hábitos;
- por las víctimas del SIDA o de la droga;
- Por los que se sienten atados, clavados  
por hombres o tradiciones y ven sus planes  
impedidos;
- Por todos los crucificados.



*Duodécima Estación*

### JESÚS MUERE EN LA CRUZ

*"E inclinando la cabeza, entregó el espíritu"*  
(Jn 19, 30)

Señor, estoy a tu lado, junto a ti.  
No tengo otro en quien poner mi confianza.  
Con ayuda de tus propias palabras  
-las últimas-  
quisiera penetrar en el santuario de tu corazón.

*"Padre, perdónales,  
porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).*

*"En verdad te digo que hoy  
estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 43).*

*"Mujer,  
ahí tienes a tu hijo...  
Ahí tienes a tu Madre" (Jn 19, 26-27).*

"Dios mío, Dios mío,  
¿por qué me has abandonado?  
(Mt 27, 46; Mc 15, 34; cf Sal 22, 2).

"Tengo sed" (Jn 19, 28).

"Todo está cumplido" (Jn 19, 30).

"Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu"  
(Lc 23, 46; cf Sal 31, 6).

*"Esto es mi cuerpo, roto por vosotros.  
Esta es mi sangre derramada por vosotros"*  
(cf Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-24;  
Lc 22, 14-20; 1Cor 11, 23-25)

¡Jesús muere en la cruz por mí!  
¡Por ti!  
¡Por todos!

Por tu muerte, Señor, te pedimos:

- Por los moribundos;
- que también nosotros tengamos una buena y santa muerte;
- por todos los que ofrecen su vida por los demás;
- por los que, como tú, son víctimas de la violencia, de la injusticia o de la incompreensión.



Decimotercera Estación

### JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

*"[José de Arimatea], descolgando a Jesús,  
lo envolvió en una sábana  
y lo puso en el sepulcro"*  
(Lc 23, 53; Mc 15, 46)

Pero antes lo puso en los brazos de María.  
A tantas madres con sus hijos muertos,  
en sus brazos,  
se presenta María con su Hijo, también muerto,  
en sus brazos.

¡Cómo ha quedado Jesús!

¿Quién podrá entender lo profundo  
de tu dolor?

Madre dolorosa y santa,  
tú al menos tuviste el consuelo  
de ver en tus brazos a tu Hijo muerto.  
Pero, ¿y tantas madres  
que no ven a sus hijos morir,  
ni muertos,

ni pueden ofrecer una flor  
y una plegaria ante su tumba  
porque son... "desaparecidos?".

*"¡Oh qué triste y afligida aquella mujer bendita  
Madre del Unigénito!"*  
(Stabat Mater)

Señor, qué amarga es la cuestión:

- ¿Por qué tenemos que sufrir?
- ¿Por qué dejar y entregar a la muerte lo  
que es tan querido para nosotros?

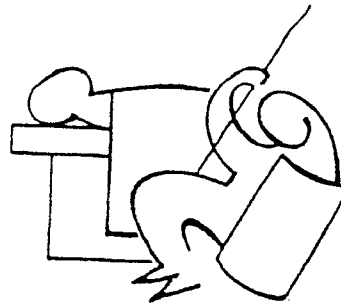
Solo en la cruz está la respuesta.

Y en el Hijo muerto

-Dios-

en brazos de María.

- ¿Por qué?



*Decimocuarta Estación*

### JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

*"José de Arimatea compró una sábana.  
Descolgando [de la cruz] a Jesús,  
lo envolvió en la sábana,  
lo puso en un sepulcro excavado en la roca  
y rodó una losa contra la entrada del sepulcro"*  
(Mc 15, 46)

Los centinelas han sellado el sepulcro.  
Pero... ¿Ha terminado verdaderamente todo?  
¿Es esto el final?

¡La muerte de Dios!  
¡Ya no habla!

¡La muerte de la Iglesia!  
¡No tiene ya vida!  
¿Cuánto durará?

Señor,  
danos fidelidad e invencible confianza  
en ti y en la Iglesia.

Hemos sido llamados:

- A ser testigos del amor;
- a dar testimonio del eterno dominio de Dios;
- a creer en la resurrección de Cristo y en la nuestra.

*"Habéis sido sepultados con Cristo por el bautismo, por la fe en la virtud de Dios, que le ha resucitado de entre los muertos"*

(Col 2, 12; cf Rom 6, 4)

Señor, te pedimos:

- Por nuestros familiares difuntos;
- por las víctimas de las guerras, del terrorismo y de la violencia;
- por los que lloran a sus muertos o desaparecidos;
- Por todos los que tienen que despedirse de algo (*juventud, amistad, amor, ideales, planes, salud...*) que va muriendo o ha muerto: para que no aumente su pobreza, sino su madurez humana y cristiana en Cristo.

*Consideración final*

### JESÚS RESUCITÓ

*"Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado"*

(Mc 16, 6)

Después de cada Viernes Santo viene una Pascua de Resurrección.

Todo sufrimiento es fuente de bendiciones. La muerte misma es inicio de nueva vida para el que cree y vive en Jesús.

En la cruz está la muerte, pero también la salvación.

*"Si el grano de trigo no muere, queda infecundo. En cambio si muere, da mucho fruto"* (Jn 12, 24)

Jesús vive.

YO le he visto:

- En el religioso y en el sacerdote que tratan de ser fieles a su vocación con todas las consecuencias



y así invitan a muchos jóvenes al seguimiento de Cristo;

- En el amigo que, a pesar de su grave enfermedad y gran sufrimiento, espera en el Señor y a él confía su futuro, su familia, todo...

TÚ te has encontrado también, muchas veces, con Jesús en tantos hombres y mujeres, que viven santamente.

Jesús vive en ti, cuando sigues tu vocación y vas con él.

*"Al que salga vencedor lo sentaré en mi trono, a mi lado, lo mismo que yo cuando vencí, me senté en el trono de mi padre, a su lado"*

(Ap 3, 21)

Yo *"creo en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro"*.

Pero la resurrección comienza ya aquí, en esta tierra, con el cambio a una vida nueva para ya nunca más morir.

## INVOCACIONES AL SEÑOR EN SU PASIÓN<sup>1</sup>

I

*Dulcísimo Jesús,  
agobiado por la tristeza en el Huerto,  
sufriendo terrible agonía,  
vertiendo sudor de sangre,  
ten piedad de nosotros.*

<sup>1</sup> Estas invocaciones, llamadas también *"Grados de la Pasión"* o *"Escala de la Pasión"*, son unas oraciones que muchos peregrinos recitan mientras suben de rodillas la denominada Scala Santa (Escalera Santa), ubicada en el santuario del mismo nombre, junto a la Basílica de San Juan de Letrán, en Roma. Esta escalera fue mandada traer por Santa Elena, madre del emperador Constantino I, en el año 326, del palacio de Poncio Pilato en Jerusalén, ya que es por la que Jesús subió el Viernes Santo para ser juzgado. Este santuario fue encomendado a los religiosos pasionistas por el papa Pío IX, en el año 1853. Al rezar estos *"Grados-Escala de la Pasión"*, sería muy conveniente y provechoso que lo hicieras muy despacio y meditativamente, acompañando a Jesús desde su oración y agonía en el huerto hasta dejarlo ya muerto en el sepulcro. Cada una de sus invocaciones puede ofrecerte puntos muy breves, pero densos, para la meditación sobre la pasión y muerte del Señor.

II

*Dulcísimo Jesús,*  
entregado con un beso en poder de los verdugos,  
preso y maniatado como un criminal,  
abandonado por tus discípulos,  
*ten piedad de nosotros.*

III

*Dulcísimo Jesús,*  
proclamado reo de muerte  
en el inicuo concilio de los judíos,  
conducido al tribunal de Pilato como malhechor  
y por el impío Herodes despreciado y escarnecido,  
*ten piedad de nosotros.*

IV

*Dulcísimo Jesús,*  
despojado de tus vestidos,  
atado con crueldad a una columna  
y desgarrado con durísimos azotes,  
*ten piedad de nosotros.*

V

*Dulcísimo Jesús,*  
coronado de agudas espinas,  
herido con afrentosas bofetadas,  
golpeado con una caña,  
cubierto con escarnio tu rostro,  
vestido con púrpura burlesca,  
burlado e injuriado de mil maneras,  
saturado de oprobios y desprecios,  
*ten piedad de nosotros.*

VI

*Dulcísimo Jesús,*  
pospuesto a un criminal como Barrabás,  
rechazado por los judíos,  
y condenado injustamente  
a muerte de cruz,  
*ten piedad de nosotros.*

VII

*Dulcísimo Jesús,*  
cargado y oprimido con el madero de la cruz,  
conducido como manso cordero  
al lugar del suplicio,  
*ten piedad de nosotros.*

VIII

*Dulcísimo Jesús,*  
juzgado y confundido con ladrones,  
agraviado con ultrajes y blasfemias,  
amargado con hiel y vinagre,  
martirizado en la cruz  
con horribles tormentos durante tres horas,  
*ten piedad de nosotros.*

IX

*Dulcísimo Jesús,*  
muerto en el infame patíbulo de la cruz,  
traspasado con la lanza  
a la vista de tu santísima Madre  
y derramando por la herida  
sangre y agua juntamente,  
*ten piedad de nosotros.*

X

*Dulcísimo Jesús,*  
desclavado y bajado del sagrado leño de la cruz,  
y bañado con lágrimas de tu afligidísima Madre,  
*ten piedad de nosotros.*

XI

*Dulcísimo Jesús,*  
cubierto de cardenas y de heridas,  
perforado con tus cinco llagas,  
amortajado con aromas  
y colocado en el sepulcro,  
*ten piedad de nosotros.*

---

---

LA DIVINA MISERICORDIA

---

---

“La infinita Misericordia de Dios todopoderoso  
se digna descender a nosotros con el rostro de  
un niño, su Hijo.

El que ese niño naciera para nosotros,  
ese Hijo se nos diera;  
el que me pertenezca a mí ese Hijo de Dios,  
el que yo le conozca, le tenga, le ame;  
el que yo sea suyo y él mío,  
en esto descansa mi vida”.<sup>1</sup>

Esto escribía el pastor y teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer, que confiado en “la infinita Misericordia de Dios todo poderoso”, daría por él su vida en el campo de concentración nazi de Flossenbürg, el año 1945. No es de extrañar que, preguntado el teólogo Faus acerca de qué había influido más en él de Dietrich Bonhoeffer, respondiera que “estar con Dios en su pasión”.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cf. HEROLD, *Eine überkonfessionelle Erweckungszeitschrift*, Juli 2015, S. 4.

<sup>2</sup> Cf. *Conversaciones con José Ignacio González Faus*, de Javier Vitoria, PPC, Madrid 2014, p. 145.

Para fomentar más en los fieles la devoción a esta Divina Misericordia, en los últimos tiempos Dios ha suscitado en su Iglesia a santa Faustina Kowalska, luego al Papa san Juan Pablo II y, actualmente, al Papa Francisco. Por medio de ellos se ha difundido también por todas partes el rezo de la denominada *Coronilla a la Divina Misericordia*.

Para rezar con más devoción esta "Coronilla", ayuda conocer mejor y profundizar más en lo que es esta Divina Misericordia. Es lo que hacemos a continuación.

#### EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Aunque en el A. T., Dios no se reveló como lo hizo después por medio de su Hijo, sin embargo, ya aparece allí bien claro que ese Dios es un Dios compasivo e infinitamente misericordioso. Veamos algunos ejemplos:

- En el libro del Éxodo se cuenta cómo el pueblo de Dios, Israel, estaba en Egipto, lejos de su patria y sufriendo mil vejaciones y malos tratos por parte del Faraón y de los egipcios. El Señor, en su infinita misericordia, se compadeció de ellos y, por medio de Moisés y con numerosos y maravillosos prodigios, los sacó de esa nación y les llevó a la tierra prometida, donde gozarían de paz y de gran prosperidad.
- Pero en los Libros Sagrados hay muchos otros acontecimientos y pasajes en los que brilla la gran piedad y misericordia de Dios para con su pueblo. Podría servir para pro-

barlo, esta afirmación que hizo él mismo por medio del profeta Isaías: "*¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré jamás*" (Is 49, 15). Por medio del mismo profeta dice también Dios a su pueblo: "*Como a un niño a quien consuela su madre, así os consolaré yo*" (Is 66, 13).

- No es de extrañar, pues, que en los Salmos se proclame tantas veces la misericordia infinita de Dios, como en el salmo 99, donde se dice que "*El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades*", y en otro anterior, el 89, 2, en el que el salmista exclama entusiasmado: "*Cantaré eternamente las misericordias de Señor*".
- Más tarde, hablando del cuidado y cariño de Dios para con su pueblo Israel, el profeta Oseas dice: "*Con lazos humanos le atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer*" (Os 11, 4).

#### EN EL NUEVO TESTAMENTO

Cuando, después de muchos siglos, vino a hacerse hombre en su Hijo Jesucristo, este nos reveló, con sus enseñanzas y con su vida, cómo es el corazón de Dios. En el canto de María ante su prima Isabel (Lc 1, 46-55), por lo tanto incluso antes del nacimiento de Jesús, aparece ya varias veces la palabra

misericordia: "Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación". Y casi al final: [Dios] "auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia... a favor de Abrahán y su descendencia por siempre". Poco después, en el himno de Zacarías, se anuncia ya que "por la entrañable misericordia de Dios, nos visitará el sol (Jesús) que nace de lo alto" (cf. Lc 1, 39-80). A esta misericordia de Dios la califica de "entrañable" porque llega a conmover lo más íntimo de Dios, hasta las entrañas.

En sus parábolas, Jesús nos reveló luego, de una manera bien gráfica y pedagógica, cómo es Dios. Así, por ejemplo:

- La parábola de *El hijo pródigo*. En la persona del padre bueno, Jesús nos enseña que así se comporta Dios con sus hijos, que somos nosotros (Lc 15, 11-32). Por esta razón, la parábola podría denominarse también *La parábola del Padre Misericordioso y Bueno*, ya que en ella más destaca la misericordia y la bondad del padre, que el pecado del hijo que se va de casa y se aleja del padre.
- La parábola de *El Buen Samaritano* nos revela otra faceta de la bondad y de la misericordia de nuestro Padre Dios. Dice el Evangelio que "un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él (apaleado por los ladrones y tirado medio muerto en la cuneta) y, al verlo, se compadeció y, acercándose, le vendó las heridas echándole aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó" (Lc 10, 33-34).

- Algo parecido nos revela la parábola del *Buen pastor y la oveja perdida*. "Cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros muy contento y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos y les dice: Alegraos conmigo, he encontrado la oveja que se me había perdido" (Lc 15, 5-7).<sup>3</sup>

De la vida pública de Jesús podríamos destacar también muchos hechos o comportamientos que nos revelan cómo es Dios.

- Jesús se muestra sumamente misericordioso y compasivo con la *Viuda de Naín*, que llora a su hijo cuando le llevan a enterrar. "Cuando (Jesús) se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto hijo único de su madre, que era viuda. Y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: *No llores, y, acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: Muchacho, a ti te lo digo, levántate*. El muerto se incorporó y empezó a hablar. Y se lo entregó a su madre" (Lc 7, 2-15).

<sup>3</sup> Al leer el libro *Conversaciones con José Ignacio González Faus*, o. c., me impresionó y me dio mucha pena lo que en él se dice (p. 119) en la parodia de esta parábola, tan actual, pensando en la actitud poco misericordiosa e incluso a veces un tanto agresiva y cruel de algunos pastores. Dice así el teólogo Faus: "También otra vez se me ocurrió una parodia de la parábola evangélica de la oveja perdida (que ahora no sería una sino la mayoría) y que, en cuanto ve venir al pastor, se piensa que es el lobo...".

- Los Evangelios cuentan también que, cuando Jesús procedió a la multiplicación de los panes y de los peces, lo hizo porque tuvo compasión de la mucha gente que le seguía, porque estaban cansados, se encontraban en descampado y allí no tenían posibilidad de procurarse alimento (Mc 6, 34-44; Lc 9, 12-17; Jn 6, 5-13).
- ¿Y qué decir de las curaciones de leprosos, que encontramos en los Evangelios?
- ¿Y del ciego del camino cerca de Jericó, al que "muchos (hasta) le regañaban para que se callara"? (Mc 10, 46-52).
- Recordemos, para terminar, que en cierta ocasión Jesús hasta lloró al contemplar la ciudad santa de Jerusalén, por su dureza de corazón al no aceptar su mensaje de salvación (Lc 19, 41).

En la liturgia tanto de la misa como del oficio divino, el domingo 26 del Tiempo Ordinario, encontramos esta oración en la que tanto se pondera la misericordia del Señor: "Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia... ". Esta afirmación, aparentemente tan atrevida, la vemos confirmada, sobre todo en la pasión y en la muerte de Jesús en la cruz. ¿Cómo, si no, interpretar el perdón de Jesús a los mismos que le estaban crucificando? ¿Y que al buen ladrón no solo le perdonara sino que hasta le prometiera para ese mismo día un puesto en el paraíso?

Teniendo todo esto en cuenta y las numerosas revelaciones hechas a la religiosa polaca san-

ta Faustina Kowalska (1905-1938), así como también la situación de la sociedad actual con tantas crispaciones, inseguridades y problemas a todos los niveles (la sociedad civil, la familia, la misma Iglesia), el Papa Francisco ha publicado la bula "*El rostro de la misericordia*" y, en ella, anunciado la celebración de un Jubileo Extraordinario de la Misericordia para toda la Iglesia. Comenzaría el 8 de diciembre de 2015, fiesta de la Inmaculada.

En la canonización de Santa Faustina, el año 2000, el Papa Juan Pablo II había dicho ya que "*la luz del Mensaje de Misericordia, confiado a Santa Faustina por Jesucristo, iluminará al hombre del tercer milenio*".

## CORONILLA A LA DIVINA MISERICORDIA<sup>1</sup>

(Se utiliza el rosario ordinario de la Virgen)

- La Señal de la Cruz.
- Un Padrenuestro, Avemaría y Credo.

“¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia”

(San Juan Pablo II)

### PRIMERA DECENA

*“Mi misericordia es más grande que tus miserias y que las del mundo entero. ¿Quién ha medido mi bondad? Por ti he bajado del cielo, por ti me he dejado poner en la cruz, por ti he permitido que fuera abierto con la lanza mi Sagrado Corazón y he abierto para ti una fuente de misericordia. Ven y toma de las gracias de esta fuente con el recipiente de la confianza”* (p. 521).

<sup>1</sup> Las palabras al principio de cada una de las Decenas pueden omitirse, pues no forman parte de la Coronilla; están tomadas del “Diario [de Santa María Faustina Kowalska], *La Divina Misericordia en mi alma*”, Editorial Padres Marianos, Stockbridge, Massachusetts, 1996. Tampoco forma parte de la Coronilla la “Oración de consagración del mundo a la Divina Misericordia”, aunque es recomendable que hagamos con frecuencia al Señor esta consagración.

San Juan Pablo II, ante cientos de miles de personas, dijo, en Polonia, que él rezaba continuamente esta oración de la Coronilla de la Divina Misericordia: “Por la dolorosa Pasión de tu Hijo, ten misericordia del mundo entero”.

Guía:

Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo,  
la Sangre, el Alma y la Divinidad  
de tu Amadísimo Hijo,  
Nuestro Señor Jesucristo,  
para el perdón de nuestros pecados  
y los del mundo entero.

Todos (10 veces):

Por su dolorosa Pasión,  
ten misericordia de nosotros  
y del mundo entero.

### SEGUNDA DECENA

*“De todas mis llagas, como de arroyos, fluye la misericordia para las almas; pero la llaga de mi corazón es la fuente de la misericordia sin límites. De esta fuente brotan todas las gracias para las almas”* (p. 431).

- Guía: Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo, etc.
- Todos (10 veces): Por su dolorosa Pasión, etc.

### TERCERA DECENA

*“Los más grandes pecadores podrían alcanzar una gran santidad si tuvieran confianza en mi misericordia... Mi delicia consiste en obrar en las almas de los hombres, llenarlas con mi misericordia y justificarlas”* (p. 618).

- Guía: Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo, etc.
- Todos (10 veces): Por su dolorosa Pasión, etc.

#### CUARTA DECENA

*"Reza incesantemente este rosario que te he enseñado. Todo aquel que lo rece se hará acreedor a la misericordia a la hora de su muerte... Hasta el pecador más empedernido, si lo reza aunque no sea más que una vez, recibirá la gracia de mi misericordia infinita" (p. 290).*

- *Guía:* Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo, etc.
- *Todos (10 veces):* Por su dolorosa Pasión, etc.

#### QUINTA DECENA

*"La humanidad no conseguirá la paz hasta que no se dirija con confianza a mi misericordia" (p. 153).*

- *Guía:* Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo, etc.
- *Todos (10 veces):* Por su dolorosa Pasión, etc.
- *Al final,* todos tres veces:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal  
ten misericordia de nosotros  
y del mundo entero.

#### ORACIÓN FINAL

Oh Dios Eterno, en quien la Misericordia es infinita y el tesoro de compasión inagotable: vuelve a nosotros tu mirada bondadosa y aumenta tu Misericordia en nosotros, para que, en los momentos difíciles, no nos desesperemos ni nos desalentemos, sino que, con gran confianza, nos sometamos a tu santa voluntad, que es el Amor y la Misericordia misma. Amén.

*Una salve:* Dios te salve, Reina y Madre  
de misericordia, etc.

#### ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN DEL MUNDO A LA DIVINA MISERICORDIA

Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre. Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza. Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén.



## LAS LLAGAS DE JESÚS

---

A lo largo de su pasión, Jesús sufrió muchos golpes que le hicieron numerosas llagas, a veces profundas y dolorosas, en diversas partes del cuerpo. Recordemos, sobre todo, las de sus pies y manos, y la de su costado, cuando ya había muerto. Pero recordemos también las de los crueles azotes en su flagelación, las de las espinas en su coronación, las posibles heridas en las caídas bajo la cruz en su camino al Calvario, etc. Algunas almas místicas hablan, en sus revelaciones, de una gran llaga en el hombro producida por el peso y los golpes de la cruz por el camino.

En su correspondencia de dirección espiritual, san Pablo de la Cruz fomenta mucho la devoción a las llagas del Señor. Lo hace por tres razones principales: ellas son las puertas divinas que conducen a la contemplación; de ellas brota el agua saludable de la gracia; de ellas proviene la sangre con la cual el alma es purificada del pecado y puede medicar sus propias llagas.

El santo fundador de la Familia Pasionista practica su devoción y su afecto de gratitud a las llagas del Salvador en la modalidad fundamental del beso e invita a los demás a hacer lo mismo, es decir, a besar con frecuencia las llagas del Crucificado, con impulsos de amor para expresar su propio afecto. También para librarse de las tentaciones y buscar en ellas refugio en todas las contingencias de la vida.

En el Antiguo Testamento, el texto fundamental sobre las llagas del Mesías lo encontramos en el profeta Isaías (cf. Is 53, 1-5). El segundo texto fundamental nos lo ofrece el profeta Zacarías (12, 9-11).

En el Nuevo Testamento, el tema de las llagas se presenta como la demostración más clara de la resurrección del Mesías Jesús y, por ende, de la motivación definitiva de nuestra fe.

La piedad popular y la teología distinguen en Jesús dos clases de llagas, o mejor, las mismas llagas pero en dos fases o estados bien diferentes. A unas las llama "dolorosas", son las que sufrió en vida, y a las otras "gloriosas", que son las que lleva en su cuerpo ya resucitado y glorioso.

También en el cristiano podemos distinguir estas mismas clases de llagas: las "dolorosas" que tenemos acá en la tierra y que nos hacen sufrir, a veces tanto, y las "gloriosas", que serán muestra gloria y orgullo en el cielo por toda la eternidad.

## ROSARIO DE LAS CINCO LLAGAS<sup>1</sup>

---

V/. Dios mío, ven en mi ayuda.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

*Madre llena de aflicción,  
las Llagas de Jesucristo  
graba en mi corazón.*

I

Jesús mío Crucificado,  
adoro devotamente la llaga dolorosa  
de tu *pie izquierdo*.  
Por el dolor que en ella sentiste  
y por la sangre que derramaste,  
*concédeme la gracia*  
*de huir de las ocasiones de pecar*

---

<sup>1</sup> Como esta oración ha de ir siempre acompañada y animada por la meditación, para rezar con más fruto el *Rosario de las Cinco Llagas*, conviene que te pongas delante de algún crucifijo que te inspire más devoción, o que lo tengas en las manos, lo contemples y beses cada vez la llaga correspondiente.

*y de no caminar por las vías del mal,  
que me conducirían a mi perdición.*

(Cinco *Glorias*, un *Ave María* y *Madre llena de aflicción* ... Lo mismo después de las oraciones de las otras llagas).

II

Jesús mío Crucificado,  
adoro devotamente la llaga dolorosa  
de tu *pie derecho*.  
Por el dolor que en ella sentiste  
y por la sangre que derramaste,  
*concédeme la gracia*  
*de seguir constantemente la senda*  
*de las virtudes cristianas*  
*hasta la entrada en el paraíso.*

III

Jesús mío Crucificado,  
adoro devotamente la llaga dolorosa  
de tu *mano izquierda*.  
Por el dolor que en ella sentiste  
y por la sangre que derramaste,  
*no permitas*  
*que me encuentre a tu izquierda con los réprobos*  
*en el día del juicio final.*

IV

Jesús mío Crucificado,  
adoro devotamente la llaga dolorosa  
de tu *mano derecha*.

Por el dolor que en ella sentiste  
y por la sangre que derramaste,  
*bendice mi alma*  
y *condúcela a tu reino.*

V

Jesús mío Crucificado,  
adoro devotamente la llaga  
de tu costado.  
Por la sangre que derramó,  
*enciende en mi corazón el fuego de tu amor,*  
*y concédeme la gracia*  
*de amarte por toda la eternidad.*

A LA MADRE DOLOROSA

Oh Madre afligida,  
oh corazón virginal desgarrado  
por las llagas de tu Hijo,  
dígnate admitir este pequeño recuerdo  
de sus sufrimientos,  
en unión con los que tú misma has padecido.  
Ofrece este homenaje a Jesús,  
y, por tu santa intercesión,  
haz que reciba mis oraciones.

(Tres Avemarías)

OTRAS INTENCIONES PARA CADA LLAGA

I

- 1ª ...te pido por los que viven en pecado y lejos de Dios, para que se conviertan y se salven.
- 2ª ...te pido por los buenos, por los que viven en la gracia y amistad con Dios, para que perseveren.
- 3ª ...te pido por los que viven en especiales peligros y tentaciones, para que no caigan.
- 4ª ...te pido por nuestros difuntos, para que les concedas el premio y la felicidad eterna.
- 5ª ...te pido por la unión de todos los cristianos en la fe y el amor.

II

- 1ª ...te pido por los pueblos en vías de desarrollo, menos favorecidos en bienes materiales y en beneficios sociales, y que normalmente tienen que sufrir más.
- 2ª ...te pido por las naciones industrializadas y avanzadas en el progreso y bienes materiales, para que no caigan en el peligro de olvidarse de Dios y de los bienes espirituales.

- 3ª ...te pido por los pueblos que sufren víctimas de dictaduras y opresiones, a los que se les niegan a veces los derechos más fundamentales del hombre.
- 4ª ...te pido por las grandes potencias, para que sientan la responsabilidad de fomentar la paz y de ayudar a los demás pueblos.
- 5ª ...te pido que la humanidad se convierta en la gran familia de Dios, en la que todos nos amemos como hermanos.



En el santuario de Ntra. Sra. del Villar (Corella, Navarra), al entrar te encuentras a la izquierda con un devoto crucifijo grande de madera, ante el cual hay un reclinatorio, y en el muro esta inscripción:

#### AMIGO

Cuando entres, mírame,  
contempla bien mis llagas  
y verás qué mal me pagas  
la sangre que derramé.

¡Hombre!, pídemme perdón  
pues aunque me has puesto así,  
yo no quiero más de ti  
que un contrito corazón.

(Autor desconocido)

## EPÍLOGO

Es interesante constatar que ninguno de los Evangelios termina con la muerte de Jesús. El de Mateo finaliza con una triunfante proclamación de su resurrección (28, 1-15) y el de Marcos con las apariciones del Resucitado, el mandato misionero, la ascensión de Jesús y la dispersión de los apóstoles para predicar por todo el mundo (16, 1-20). Algo parecido podríamos decir de Lucas y de Juan.

Pues como el tema de este libro es *La Pasión de Jesús en nuestro siglo XXI*, tampoco yo quisiera terminarlo dejando a Jesús en la cruz o en el sepulcro, sino más bien con la afirmación de que su muerte en la cruz ha sido el mayor triunfo de Jesús. Y que lo mismo sucederá a la Iglesia, su cuerpo místico, en nuestro siglo XXI.

Es interesante recordar que, aunque san Pablo dice, en su primera Carta a los Corintios (15, 3), que "Cristo murió por nuestros pecados", y lo que tantas veces se cuestiona, si el culpable fue Pilato o fueron los judíos, lo cierto es que la causa pri-

mera y más profunda de toda su pasión y, por lo tanto, de su muerte en la cruz, fue el amor inmenso que Dios nos ha tenido y nos tiene. *"Tanto amó Dios al mundo –dice Juan en su Evangelio– que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él [...] tenga vida eterna"* (Jn 3, 16).

Es también importante recordar que Jesús no quedó para siempre en la cruz. Le bajaron, le dieron sepultura, resucitó y ahora vive para siempre. Lo que sí quedó en la cruz es aquel título que el gobernador romano mandó poner sobre el Crucificado, a pesar de las protestas de sus enemigos. Gran importancia tuvo que tener este letrero para la primitiva Iglesia, pues los cuatro evangelistas lo consignan: *"Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos."*

Esta inscripción revela claramente el desenlace de todo el proceso de Jesús. Juan precisa, en su Evangelio, que muchos judíos pudieron leerla, ya que estaba escrita en hebreo, en latín y en griego. *El hebreo* era la lengua nacional de los judíos; *el latín*, la lengua administrativa del imperio romano; y *el griego*, la lengua internacional de aquella época. Así, todos los judíos que había en Jerusalén para la fiesta, también los de la diáspora, pudieron leer la inscripción de Pilato. En ella había ya una alusión clara a la universalidad de la salvación que Jesús está a punto de conseguir por su pasión. Sobre la cruz, el Nazareno llega a ser el Rey de la Gloria, el Rey de todas las naciones, pueblos y razas de la tierra y de todos los tiempos de la historia.

El Crucificado, Jesús, es rey y reina, precisamente y para siempre, desde la cruz.

Y es el Hijo de Dios.

*"El centurión..., que había presenciado todo, al verle expirar de aquella manera, no pudo contenerse y exclamó: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"* (Mt 27, 54; Lc, 23, 47).

*"Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"* (Rm 5, 20). Pero hay un superávit en la victoria sobre la derrota, en la resurrección sobre la crucifixión, en la gracia sobre el pecado y en el gozo sobre el dolor.

El Viernes Santo es el epicentro del mundo, pero la mañana de la Pascua es el alba de la llegada más importante de Dios a este mundo, el amanecer de la nueva vida y el comienzo de la futura. Como canta la liturgia pascual ortodoxa, *"ahora todo está lleno de luz: el cielo, la tierra y el reino de los muertos. La creación toda se regocija por la resurrección de Cristo... Abracémonos unos a otros... Proclamemos: ¡Cristo ha resucitado de entre los muertos!*